



Seix Barral

Pablo Gutiérrez

Cabezas cortadas



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cabezas cortadas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

María se marcha al extranjero escapando de la mediocridad y el aburrimiento. Un cuaderno, un sueldo precario y un techo son todo lo que necesita. A su alrededor, brigadas de voluntarios persiguen a los inmigrantes, hay redadas nocturnas y suburbios donde no se adentra el hombre blanco. Atraída fatalmente por un deseo de destrucción, se guarece en el pasado y se adentra en una espiral de mentiras y autoengaños mientras vuelca sus recuerdos en unas páginas que pueden convertirse en un arma para cortar cabezas.

Cabezas cortadas es una novela sobre una generación perpleja y vapuleada por la crisis, y sobre la ira y el desconcierto que sobrevienen cuando la juventud se agota y los sueños se desvanecen.



Seix Barral Biblioteca Breve

Pablo Gutiérrez
Cabezas cortadas

1. Escribo la primera frase y escribo que escribo la primera frase, si supiera dibujar no escribiría nada, dibujaría la mano que dibuja y luego la muñeca, el brazo, las rodillas que me sirven de escritorio, las mamparas de cristal reforzado, las calles de la ciudad automática. Mi cabeza es una jaula de grillos, una jaula de pensamientos-insecto, observo a los hombres oscuros e imagino sus conversaciones piadosas, hablan de Dios, hablan de dinero y hablan de mí, ninguno se sienta a mi lado porque el cuaderno de los cincuenta peniques es un puesto fronterizo, de dónde salió esa hembra tan extraña.

Cincuenta peniques: dos raciones de supervivencia, una lata de alubias y un sobre de sopa deshidratada, el cuaderno se arrojó a mis brazos buscando cobijo y yo lo apreté contra mi pecho como un pájaro herido, y ahora qué poema futurista, qué versos de enamorada me quitarán el hambre. Ningún verso: recién escribo media página y recién escribo que he escrito media página, y siento el alivio del enfermo cuando el calmante entra en la sangre, la sedación, el silencio de una habitación de hospital, escribo para oír el curso del bolígrafo sobre la hoja, el cuaderno es una celda de aislamiento y el autobús una lanzadera que atraviesa la galaxia mientras escribo que el autobús es una lanzadera que.

En el reflejo de la mampara puedo verme como en el agua de un arroyo: las mejillas encarnadas, la visera de los Knicks. Hay algo bueno en ti, chica sureña, hay algo jugoso que los años no borraron, podría besarte sobre el cristal como si fuera tu novio de una noche y sentiría un gramo de placer en la punta de la lengua, un gramo puro y sin cortar. Allá en el malpaís nunca

fuiste capaz de quedarte sentadita como los escritores de la lite autodestructiva (una mesa, una silla, el tiempo), cualquier excusa servía para languidecer y abandonarlo todo, y en cambio mírate ahora, tan disciplinada, tan obediente, la caligrafía perfecta y la hoja limpia, tu rutina de escritura en la secuencia casa-trabajo-casa, los pasajeros dormitan en un viaje sideral y tú velas sus sueños y te guareces y escribes, escribir es un exorcismo y un cálculo de probabilidades, conjuro protector basado en matemáticas predictivas, si escribes que ocurre algo terrible entonces tal vez no ocurra, prométeme que seguirás haciéndolo aunque haya evacuaciones y alertas prioritarias, las bestias se amontonan en la orilla de la calzada, es un colapso formidable, los furgones de la policía se deslizan, los helicópteros zumban, los pasajeros miran las pantallas de sus dispositivos y aguardan a que los tiradores acierten para poder volver a casa, cuando los *cops* cierran la ciudad ya no hay obligaciones, no hay horarios ni cuadrantes, en el trabajo no te preguntarán qué pasó, dónde estuviste, será un día blanco y sin sueldo pero blanco al fin y al cabo, un día disponible para desperdiciarlo dentro de tu cuarto-fortaleza, escribo para nadie y eso me hace tan feliz que quiero gritar como una lunática a bordo de esta cápsula perdida en la Vía Láctea, las tribus ya cruzaron el río y yo escribo que las tribus ya cruzaron el río y que escribo que las tribus.

2. Ding-ding, el conductor hace sonar el timbre y anuncia que el servicio ha sido cancelado, tengo que volver a pie, son doce manzanas, amanece y el frío punza en los ojos, las tiendas de granel levantan las persianas metálicas, el día comienza, huele a jengibre y a cuero como en un bazar, los bulbos de jengibre son mandrágoras, los padres llevan a sus hijos al colegio, las mandrágoras aúllan, los chicos de la esquina ocupan la marca, y de pronto, lo inesperado: documentación, tarjeta de residencia, registros aleatorios, un *checkpoint* cierra la entrada del barrio, detectores de explosivos, los agentes me miran desconcertados, qué hace aquí una mujer joven y blanca, me dan el alto y yo contesto a sus preguntas sonriendo, no entienden nada, uno de ellos me acompaña hasta el final de la calle, lleva el fusil prendido del chaleco de

kevlar y apoya los dedos en él como un *cowboy*, vaya con cuidado, señorita, llámenos si ve algo sospechoso, se despide de mí tocándose el casco en un gesto tan cinematográfico que tengo que morderme los labios para contener la risa.

Señorita. Si veo algo. Podría decirle que anoche asistí a un episodio de la caza del zorro. Un apartamento tomado al asalto, una orden judicial, un coche sin insignias donde los asistentes sociales procuran calmar a los niños. De madrugada. Enfrente de la habitación donde no duermo. Pensé que se trataba de leyendas eurófobas, falsas noticias, ahora sé que es cierto. Alguien intentó saltar por una ventana, bridas en las manos, la cara contra la piedra, la bota en la nuca, ese clasicismo. Los asistentes usaban guantes de plástico. Una contingencia. Una fatalidad. No se culpe a nadie. Ni a los que huyen ni a los que persiguen. Si no me protegiera un pasaporte franco yo podría ser la siguiente víctima: llevo cuatro años en este país, hablo mal el idioma, no tengo amigos autóctonos y no siento ni odio ni indignación, nada. Guantes esterilizados como si fuera cirugía, guantes que toman a esos niños de la mano. Estoy exhausta, estoy saciada de dramas y escándalos, mis pequeñas tragedias son anécdotas comparadas con la verdadera sangre y las verdaderas lágrimas de las familias oscuras, no quiero volver a oír la historia del padre que vio morir a su esposa y consiguió mantener a flote a su bebé hasta que apareció la lancha de salvamento, no quiero saber nada de las familias blancas y burguesas que acogen en sus casas a los refugiados de cualquier guerra civil, *refugees welcome*, familias que extienden sábanas limpias, que aprenden a cocinar comida *halal* y son respetuosas con las costumbres de los invitados. Tanta heroicidad y tanta bondad me empequeñecen, tanta negrura me hace morir de tristeza, a su lado mi melancolía es una migraña, soy una emigrante ridícula que proviene de un país vagamente próspero, debería darme vergüenza, el catolicismo me enseñó a compadecerme de los que sufren y a comparar mi dolor con el suyo, pero a voluntad me convertí en una mujer infame que se lamenta de que no sirve, de que su trabajo es un cepo, de que la juventud se le escapa entre los dedos.

Nadie me acuse: son los extranjeros sufrientes, son ellos quienes me hacen sentir tan miserable, ningún desierto, ninguna guerra, ninguna

biografía dramática, nada. Quiero que desaparezcan, quiero que me dejen en paz con mi propia tristeza, mi tristeza mediocre y occidental pero tan verdadera como la suya.

3. Barrios indios, chinos, tunecinos, carnicerías tremendistas, locutorios, oficinas de MoneyGram, mezquitas de distintas facciones como baluartes de una guerra posicional que antecederá a la gran guerra contra el hombre blanco. Los observo como a ratones en un terrario, ratones que se odian con fiereza y se despedazan y arruinan la investigación, mauritanos que no soportan a los argelinos, turcos que desean la extinción de los kurdos, marroquíes que persiguen a los senegaleses, todos se odian entre ellos, todos, y todos me odian a mí, odian el cuaderno donde escribo, odian el tirante de mi sujetador cuando ya casi es verano.

Soy la perla blanca del barrio, soy la perra blanca de un barrio purificado donde las mujeres más atrevidas llevan *hiyab* y a las más cumplidoras no les distingo los ojos. Rostro pálido, qué haces aquí, se preguntaban los agentes de la brigada, también yo quiero saberlo, qué hago en el peor distrito del peor de los anillos, por qué decidí vivir entre adoradores de corderos, entre vendedores de hachís y golpeadores de sus mujeres, por qué me abarato de esta manera.

Expatriada, eso nos une: nos unen la extranjería y el dinero que nos falta, soy una quintacolumnista a quien el ojo del CCTV observa con recelo en sus *minimarkets*, la agente doble que el sábado recuenta el dinero que le sobra y compra un paquete de *baklavas* crujientes como conchas marinas. Una mujer cubierta hasta los párpados envuelve los pastelillos, las puntas de sus dedos se mueven tan rápido como si circuncidara a un bebé.

Chica del reflejo en el arroyo, a ti puedo contártelo: sueño con amantes de miembros circuncisos que se ciñan a mí como una espada, en el autobús escondo los rizos pero al llegar al barrio me descubro, dejo que la maleza se expanda y sostengo la mirada cuando me cruzo con cualquiera de ellos. Ellos, que juegan a darme miedo, y yo, que juego a que no lo consiguen, se echarían a temblar si supieran cuánto deseo que vengan y griten en tres idiomas y me

castiguen como se castiga a los homosexuales y a las mujeres impuras, los golpes sólo harían daño al principio, sería muy capaz de soportarlo si al menos se atenuara ese intenso, ese magmático olor a curri de la ropa, de las sábanas, de las paredes, de los periódicos gratuitos, de cada partícula que respiro en este barrio de mierda donde ni siquiera la polución hace bien su trabajo.

Vaya con cuidado, señorita. Seguro, señor agente, iré con mucho cuidado, yo sé lo que hago y sé las mentiras que me cuento, sujetaré el corazón negro de todos esos chicos que nunca se enamorarán de nadie.

4. Es tierno escribir a mano, un pellizco poético en el corazón de la ciudad electrónica, aprieto tanto el bolígrafo que las letras se graban en el envés de la página, soy un pintor impresionista que dibuja bocetos en su cartera, sauce, fuente, goleta en el muelle, París desde Montmartre, los niños a los que una asistente tan joven introduce en el coche como pequeños delincuentes.

Guantes de plástico: no se puede escribir ni dibujar con guantes de plástico, papel, piel y bolígrafo, igual que no se puede follar con preservativo, es inhumano, es una pesadilla de ciencia ficción.

Sus rostros de desamparo desde mi ventana. Anoche. Siete, ocho años. La asistente sonreía, ¿entendéis mi idioma?, no tengáis miedo, vais a volver a casa. A casa. Oh dioses, es una guerra racial, una guerra episódica: en Woolwich un veterano de Afganistán fue degollado con palas de carnicero, en la estación de Leytonstone tres pasajeros fueron acuchillados por un hombre oscuro que recitaba los noventa y nueve nombres, en el intercambiador de King's Cross cuatro chicas de raza blanca fueron apuñaladas por un puritano que no soportaba sus gritos. Y lo mismo ocurre en las filas de los contrarios, la barbarie es unánime. Ealing: un reservista irrumpe en una madrasa del quinto anillo y vacía su automática contra los estudiantes. Hoxton: la policía detiene a un chico de la esquina en un control rutinario, lo aplastan contra el suelo y le revientan el esfínter con una defensa extensible. Golders Green: un estudiante de medicina apuñala a siete oscuros que azarosamente encuentra en su camino, el agresor elige a sus víctimas,

entra en un Safeway, los empleados se refugian en las cámaras frigoríficas, cuando la policía llega el agresor arroja el arma, se abraza a ellos y les da las gracias, soy de los vuestros, dice.

Los hombres oscuros. Los hombres y los chicos de corazones oscuros. Me pregunto cómo pueden enfrentarse al dolor ordinario de las licorerías polacas, de las cabinas sicalípticas, de los colegios rodeados de espinos, de los ambulatorios donde se infiltran agentes de aduanas en busca de polizones, me pregunto cómo logran mantener la calma cuando les restregamos nuestros excesos, cuando nos ven borrachas, cuando nos ven besándonos en la boca, cuando ven el cuenco de una chica que pierde una moneda y se arrodilla para recuperarla. Resisten, *tasbihs* enrollados en sus muñecas, rezan sus oraciones y resisten, pero a veces pierden la calma, oh dioses, pierden la calma y sobrevienen esos episodios fugaces de los que hablan las noticias. Y luego la conmoción, los portavoces compungidos, la justificación de cuantas medidas sean necesarias para garantizar la integridad nacional, armamento de combate en las calles, decretos restrictivos en el parlamento, la cotización al alza de las empresas de seguridad y el silencio de los defensores de los derechos humanos, nada volverá a ser lo mismo. Andad con cuidado, guionistas de la aguja hipodérmica, porque los espectadores ya mordieron el anzuelo y reclamarán un desenlace a la altura de las expectativas, el colapso definitivo, el día en el que la guerra comience a librarse a cuchilladas y haya saqueos y pequeños Guy Fawkes a la medida de cada barrio, quién no quiere eso, también los brigadistas están deseándolo, llame al teléfono de emergencias si ve algo, señorita, cualquier cosa, dijo aquel policía voluntario. Descuide, lo haré. Guantes esterilizados. Me pregunto de qué hablarían después de arrojar al chico al calabozo, quién redactaría el primer informe —el detenido se resistió, el detenido siempre se resiste—, me pregunto quién sería el encargado de limpiar de sangre y heces los instrumentos.

Hombres oscuros, chicos de la esquina: libios, egipcios, afganos, iraquíes, indonesios, razas de *Warhammer* que cruzaron el río en busca de un nuevo territorio, chacras donde engordar a sus crías monstruosas. Sufro una nostalgia letal, añoro cuanto no sea este cuarto, este barrio, esta ciudad, añoro la simplicidad de mis quince años, el tiempo en el que bastaba un libro de

sociales para comprender lo que ocurría, mapas ilustrados, cuadros sinópticos, el dibujo de una espiga y una fábrica, así era el mundo cuando nada se movía de su sitio. Yugoslavia, la URSS, el Pacto de Varsovia, la Comunidad del Carbón y del Acero. La infancia y sus parcelas, países con fronteras inexpugnables que servían para competir en los mundiales de fútbol y para distinguir sus banderas en el anexo de un diccionario. Los pobres eran pobres para siempre. Etiopía, 1984. Y los enemigos eran indudables. El capitalista despiadado. Patrick Bateman, de *American Psycho*. El terrorista sin sentimientos. Abdel al-Megrahi, de *El avión de Lockerbie*. Pasamontañas, Parabellum, bomba adhesiva. Traje de tres piezas, gel fijador, cocaína. Y de vez en cuando, una ruptura del orden: Ali Ağca dispara el cargador de una Browning en la plaza de San Pedro, las manos milagrosas del Espíritu Santo detienen la hemorragia, el papa está fuera de peligro, quiere conocerlo, lo visita en su celda y perdona sus pecados, pero cuando Ağca sale de la cárcel hincha su pecho como una paloma y proclama que sólo existe un dios, que su nombre es Alá y que todo será destruido: eso dijo el viejo lobo gris de la conspiración turca después de estar encerrado durante treinta años, treinta, y yo siento que se me encoge el corazón y pienso que ojalá mis convicciones fueran tan férreas, ojalá pudiera albergar un mismo pensamiento durante tanto tiempo, un pensamiento fortalecido por el odio y el rencor espiritual, pensamiento-mamífero, pero sólo soy una niñita asustada que escribe con buena letra y que cambia de idea en cada párrafo, niñita vieja que se muere de nostalgia porque el nuevo mundo es complejo y las fronteras son agujeros de gusano, y la niñita no entiende nada, la niñita quiere volver a su libro de sociales, la niñita no puede evitar que el *muyahidin* que se hace volar en un restaurante provoque en ella cierto arrobó, la lúgubre excitación de una mujer que se engolosina imaginando un cuerpo roto en pedazos como una vidriera.

Qué hice mal, qué mal hicieron conmigo, qué pieza no funciona dentro de mi cabeza-jaula-de-grillos. Guardo todo mi desprecio para los hombres comunes, para los *commuters* que se dejan arrastrar al trabajo o al nadaquehacer sin oponer resistencia, sus pequeños sueldos, sus pólizas contra incendios, sus cuotas de la seguridad social. Mi verdadera acción subversiva fue convertirme en la perla blanca de un gueto purificado, mi rebelión fue

mudarme a esta ciénaga sin que nada justifique qué hago tan lejos de mi casa, tan lejos de mis padres y de mi país, como si hubiera ocurrido algo muy severo e irremediable que me impidiera regresar.

Chica del reflejo, escúchame: tus padres, ellos fueron los culpables de todo, los culpables de que te convirtieras en una mujer que piensa demasiado y se lamenta de que está sola y echaría a patadas a quien intentara acercarse, *it's always been the same old story*, acabé tan cansada de sus consejos y sus opiniones sentenciosas, *from the moment I could talk I was ordered to listen*, mis padres infalibles, *now there's a way and I know that I have to go away*, mis padres y Cat Stevens y la anacronía, mirad qué escoria, mirad qué hembra rara y mestiza se asoma a la mampara del autobús, habría que arrancarle ese cuaderno de las manos.

5. Algo muy severo e irremediable: es el cantar del destierro, qué hago tan lejos de casa, tan lejos de papá y mamá. Nadie quiere a nadie como tú en ningún despacho, ninguna cuenta bancaria, tu oficio ni siquiera existe en el país del cortocircuito económico, ¿no cumpliste con lo que te dijeron, no fuiste obediente, no demostraste tu creatividad y tus conocimientos sin intentar parecer la primera de la clase? La pulcritud de tus apuntes, la delicadeza con la que escribías tu nombre en las solicitudes de admisión de los cursos de posgrado, dos años de tregua y excusa antes de enfrentarte al duelo de los adultos, cuántas horas tecleando tus ensayos, tus ponencias de estudiante aventajada, tus cartas rogatorias detrás de una beca en aquella institución, aquel museo, nada. Había otros como yo, había muchos, en cada conversación nos convencíamos de lo mismo, éramos las víctimas del talento y de la ferocidad de un malpaís que te decía es mejor que te vayas, como un padre borracho que te echa a golpes de tu propia casa, qué otra cosa nos queda sino Europa. Europa. Mis padres (no-borrachos, no-brutales) jamás habrían aceptado que su hijita trabajara en tiendas de ropa o en cafeterías, su hijita de tanto esfuerzo y tan buenas notas, les dije que quería aprender el idioma, cambiar de aires.

Fue la felicidad de la extranjería y de los compatriotas, los alquileres

compartidos, las fiestas precarias, la pequeñez que sentíamos frente a la ciudad inmensa y brillante, así fue al principio. Una noche me vi sentada en el suelo bebiendo y hablando con chicos de tres nacionalidades, todos más jóvenes que yo, y pensé que estaba bien, que sería nuestra pequeña contienda generacional, una Gran Depresión a escala reducida, música británica y sexo europeo. Ser pobre en un país verde y utilitarista no parecía lo mismo que serlo en el viejo país-cuadra, en el país del páramo, la meseta y las áreas de servicio a pie de carretera. Meses de expansión y de amor fugaz, fui amable, recibí algunas caricias y muchas invitaciones, no todas aceptadas. Recuerdo una fiesta prohibida a la que me llevaron de la mano, para despistar a la policía debíamos seguir unas complicadas instrucciones, nos dijeron que buscáramos la pegatina de un cuervo en una cabina de teléfono, junto a la pegatina aparecería un número que conectaba con un contestador automático donde escucharíamos las indicaciones para llegar a un viejo edificio de oficinas. Bajamos por la rampa de lo que debió de ser un garaje para ejecutivos, en los extremos había un mercadeo de mesas plegables donde nos ofrecieron MDMA con descaro, la música sacudía, los haces de luz cortaban en dos nuestros cuerpos, vi cosas extraordinarias, vi a una chica muy hermosa vestida de agente de las SS, vi a parejas amándose en los despachos devastados de las plantas superiores, vi a un chico negro cubierto de sudor como un purasangre, y fui feliz en medio de aquella locura *hardcore* que no me pertenecía, feliz de formar parte de un submundo intenso y ajeno, como una niña de excursión que juega a los aventureros y se relame de sentimientos épicos, no vas a creer lo que me ha pasado.

Pero todo cambió, todo es distinto ahora, la juventud se extingue como una llamita que sostengo entre las manos, las fiestas precarias no volvieron, y el país verde y utilitarista se convirtió en otro páramo, un páramo de avenidas radiales y horrible periferia pero no tan diferente del malpaís que nos hubo expulsado. Los *commuters*. Al principio los observaba en el metro y me compadecía de sus ojos cansados, la mirada fija en los anuncios de Kuoni, los trajes y las corbatas compradas en French Connection, las mochilas escolares al hombro, imaginaba sus largas jornadas en las oficinas de una aseguradora o en el estamento más humilde de una agencia de inversiones, quería

acercarme a ellos y llorar a su lado y convertirme en su novia y decirles que algún día viajaríamos juntos al paraíso tropical de Kuoni, las grandes panorámicas exhibidas en todas las estaciones del metro, un lugar maravilloso con arena dorada y aguas transparentes, atolones de coral, cascadas que desembocan en un océano púrpura, tan lejos del frío y la grisura de Europa. Cero en geografía. Kuoni no era ningún archipiélago de las Islas Vírgenes sino una agencia de viajes, y yo tan estúpida que ni siquiera entendía el doble sentido de un anuncio para analfabetos.

Sureñita del reflejo, éste es mi cantar del destierro, algunos tendrán historias nobles de persecuciones, verdaderos exilios, verdaderas guerras civiles y condenas a muerte, pero yo no vine huyendo de ninguna cosa, ninguna, lo hice porque pasaban los años y nada ocurría, ni trabajo ni aventura, nada, y quise volver atrás, quise fingir que el siglo no había concluido y tampoco mis veinte años. El invierno ya dura demasiado, el largo invierno del final de la juventud donde todo se postergaba, los días son cada vez más largos, los osos polares comienzan a despertarse, y lo harán hambrientos.

No soy yo quien escribe, médium: los dedos se mueven solos, veo con otros ojos, alguien arrancó los míos e insertó unos nuevos, y son esos ojos los que obligan a mi mano, y es mi mano la que se resiente.

Duele. Duelen los dedos y duele el recuerdo, qué cosa soy, si alienígena o comadreja, una chica que piensa a borbotones y habla muy poco, en el trabajo me dicen *little dumb girl*, la mudita, y yo sonrío porque no saben nada de mí, si se asomaran a lo que pienso correrían despavoridos. En este idioma bárbaro no soy capaz de decir más que frases ejemplares, saludo, sonrío, deseo que todo el mundo tenga un buen día y me despido, y cuando el autobús arranca y comienzo a escribir siento que el dique se rompe, y las palabras se vuelcan como una pequeñita Ana Frank que inventara un escenario donde sufrir mucho y tener excusas para garabatear medio cuaderno, y luego caminar y sentir envidia de la felicidad y de la belleza de los otros, y no ser capaz de soportar que cada brizna siga en el mismo sitio cuando cierres el punto de esta frase, no ser capaz de soportarlo.

Hace tres años que no leo ninguna cosa, ni poema ni novela, nada.

Limpia, estoy limpia y rehabilitada también de eso. Cuando recién llegué quise leer en la lengua del hombre blanco, busqué en las librerías de usados a mis autores favoritos, saldos de exquisita lite en cajones de frutas. Compré las mejores novelas con entusiasmo pero al volver la página me di cuenta de que no era capaz de beber dos párrafos sin que me estallara la cabeza, nunca he sido buena en los idiomas. Las novelas, las gigantescas novelas que había amado fueron escritas para los lectores blancos que conversan en el mostrador haciendo que yo parezca negra e ignorante, en qué me convertiré sin libros en las manos, siempre los tuve, uno sucedía al otro, no había nada tan triste como terminar una novela y que la siguiente no estuviera esperando como un soldado de reemplazo. Leer era una deuda contraída con la especie, la condición humana, una exigencia que me transmitió mi padre y que yo mastiqué como una idiota, fue así incluso durante los años duros, en el tiempo de Marieta y de la adolescencia, el tiempo de los novios y de las borracheras infantiles.

Terapia sustitutiva: mi única lectura es el periódico gratuito que reparten en el intercambiador de autobuses, diez páginas, tres de deportes, una princesa en bikini. Pero los libros siguen ahí como sombras indeseables, sombras que me acompañan y me reprimen, ojalá nunca hubiera leído ninguna cosa, ojalá hubiera tenido unos padres convencionales que hubieran hecho de mí una chica como las demás, como las bobas del instituto, como las pretenciosas de la universidad, como Marieta-niñata, que ya se habrá divorciado y buscará sexo hostil de treinta años y contratará a una canguro para salir esta noche y follará en la furgoneta de un surfista como si el tiempo no hubiera pasado, exacto, como si no hubiera pasado el tiempo salvo por la cicatriz de la cesárea y el llanto de un niño que te despierta poco después de que te hayas metido en la cama oliendo a sudor de otro.

En el periódico-pasto, un artículo sobre la linda Marion Maréchal, la nueva estatuilla del neofascismo francés: rubita, más o menos de mi edad, esa expresión severa de las chicas de clase alta, la nariz en ángulo, el cabello de artificio, blusa de oficinista, la delicadeza con la que dice que los extranjeros son bienvenidos si traen talento y riqueza, no es una cacería contra los musulmanes, dice, tampoco serán bienvenidos los católicos que no puedan

mantenerse a sí mismos, y yo leo sus palabras y siento que la bella Marion habla de mí y me anuncia que ya es hora de regresar. Regresar adónde, pregunto. A casa, diría ella. Y yo volvería a preguntar adónde, y sentiría el tacto de sus guantes de plástico sobre mis muñecas. Francesa y católica, siento un pellizco en el lugar inapropiado. La rubita tiene razón: debería encerrarme en mi cuarto y dejarme morir de aburrimiento, ya no sería un estorbo ni un gasto para nadie, ni siquiera sería necesario que repatriaran mi cadáver, podrían trocearme y hacer conmigo un curri benéfico, los chicos se encargarían de repartir las raciones.

Todo, los hombres oscuros lo estropearon todo, los hombres de corazón negro que comparten conmigo su rencor religioso, los que no aprecian la armonía de los jardines continentales, la programación de invierno del teatro nacional, los restaurantes vegetarianos, los que desean cuevas, ranchos y patios enlosados, los que no se compadecen de las niñas que sufren pequeñas angustias indefinibles, ni de las mujeres misántropas, ni de las chicas invisibles guarecidas debajo de viseras de los Knicks. Pienso en Marion, no puedo quitármela de la cabeza, pienso en lo que diría de mí si me conociera, ¿veis a esta pobre chica?, no necesitó atravesar ninguna frontera clandestina, creyó que Europa era un pastel del que podría comer con las manos y luego se dio cuenta de que apenas servía para limpiar mesas y servir cafés, una esclava del sur, una mujercita con ansias de cosmopolitismo que debió quedarse donde estaba y venir de visita cuando pudiera pagar un hotel y una cena en un restaurante. Al menos haces bien, me diría tomando mi barbilla con sus dedos de seda, haces bien viviendo en el barrio de mierda en el que vives, así sabremos dónde encontrarte cuando comience la evacuación. Y las dos rezaríamos un avemaría por la salvación de mi alma. Con verdadera fe y solidaridad interracial.

Marion odia intensamente a los hombres oscuros, y yo quiero fingir que pertenecemos a la misma raza y por eso finjo que también los odio, que los odio tanto como los amo, y alimento mi cuaderno como una pequeña mascota y salgo del barrio-pudridero y subo al autobús y viajo al centro de la ciudad para recuperar esas moléculas de belleza blanca y metropolitana, esa belleza estrangulada por las *hariras* y los *keftas* servidos en bandejas de aluminio, la

belleza de una ciudad europea que huele a diésel pero no a curtiduría. Lo hago por ti, linda Marion, la expedición de esta noche es un juramento de vasallaje.

6. El autobús avanza en las avenidas del desamparo y yo escribo que el autobús avanza en las avenidas del desamparo, suenan las campanitas de un trineo, levanto el bolígrafo y observo: tres chicas hermosas como modelos de alta costura, tres chicas que suben a la plataforma dando saltos de conejo, bromean, se acarician el pelo, hablan con la limpia entonación de los barrios residenciales, faldas, sandalias, medias que aprisionan sus dedos vulnerables, Marion las adoraría, una membrana de vitalidad las separa de nosotros. De los trabajadores que acuden a su turno de noche en restaurantes de comida rápida o en lavanderías de viejos hoteles. De las cuadrillas de limpieza que osmotizan las cocinas de los restaurantes. De mí. No es un lugar seguro, juegan a la ruleta rusa, se arriesgan a Woolwich, se arriesgan a convertirse en las adolescentes del vagón de metro, y entonces miro a través de la mampara y descubro que ya hemos llegado al primer anillo, y comprendo que esas muñequitas apenas subieron para no caminar media manzana, les pareció tan gracioso tomar el autobús, se reían, se retorcían, no saben nada de lo que ocurre extramuros, no conocen ni los barrios furiosos ni los barrios moriscos, no conocen ni el quinto ni el sexto círculo, son celestiales.

Fin del trayecto, el conductor apaga el piloto de emergencia y la megalópolis enciende sus luces de *music hall*. Taxis, *rickshaws*, risas, palmadas, fotografías de turistas, *cops* apostados en lugares tan discretos que parecen efigies. Cuando recién llegué, la ciudad era esto: la felicidad de un viernes por la noche con muy poco dinero en el bolsillo, la ciudad monumental de los pórticos de los museos y de las fiestas privadas en un apartamento con balcones abiertos, la ciudad donde unos enamorados beben vino en copas de plástico y celebran su compromiso sobre la hierba de un parquecillo urbano, el amor próspero de raza blanca, las tiendas de juguetes eróticos, los libertinos que mapean los rincones donde se practica *cruising* de clase alta, la gran raza que se ríe con estruendo mientras fuma un cigarrillo en

la puerta de los bares de cóctel, las damitas japonesas que se exhiben en la terraza de una brasería, la felicidad de las primeras galaxias, un viernes, un viernes.

Malvivir en la primera y la segunda galaxia, la tercera: no bastaba con estabularse en un piso multitudinario, había que compartir habitación como en un camarote de tercera clase, los colchones se tiran al suelo y las camas se hacen y deshacen a diario, es una caravana de circo, por la mañana suena el timbre y la cuadrilla de labranza se pone en marcha de camino a sus empleos demoledores, por la noche se convive como en un campamento, siempre hay bromas, latas de cerveza, bandejas con la comida sobrante del *bistrot*, mapas de transporte y planes para ir a un concierto gratuito que apenas está a diez paradas de aquí. Viví en pisos-patera durante los primeros años, en el tiempo de las fiestas precarias y el último salvajismo, y al principio fue lúbrico y divertido, pero al cabo ya no pude soportarlo, necesitaba estar sola, necesitaba que nadie quisiera hablar conmigo a cada momento y me propusiera ir a ninguna parte.

Les dije que me marchaba y preguntaron adónde (la inquietud letal de si volvía al país-cuadra), yo señalé en el plano del metro una estación prohibida y entonces oh sus caras, oh sus intentos para convencerme de que no era una buena idea, pero ¿tú sabes lo que estás diciendo, desgraciada? No escuché sus advertencias, yo quería cerrar una puerta y languidecer al volver del trabajo sin mirar a nadie, una puerta propia que pudiera golpear con los puños o sobre la que deslizarme de espaldas como en una novela sentimental, y si para alcanzar ese privilegio tenía que renunciar al cosmopolitismo y mudarme a un lugar inhóspito, a un lugar donde el alquiler se hubiera desplomado después de las redadas intensivas, estaba dispuesta a hacerlo, como el dandi que huye al Congo porque ya no soporta el silbido de las máquinas de vapor.

Una señora de Bloomsbury clamó por una habitación propia y unos miles de libras; yo me conformo con menos, no me importa si detrás de la puerta hay una cámara enmoquetada o una despensa, sería capaz de vivir dentro de una caja antes que hacerlo rodeada de compatriotas que secan su ropa en los radiadores y cuentan las monedas con avaricia para comprar *breezers* y

vodka.

No volvimos a vernos, yo era un caso perdido, la maniática que se marchó al gueto para que las brigadas le pegaran un tiro o para que los *muyahidines* le cortaran el cuello, la loca que se inmoló en la cloaca del urbanismo segregacionista. Sólo el chico-músico siguió haciéndome caso, y se lo agradecí con sexo furtivo porque incluso una misántropa como yo tiene debilidades, y siente frío y necesita un arrullo y una balada. Mi chico-músico. Mi enamorado metropolitano.

Muy poco dinero, y una soledad perseguida pero tan dolorosa como si no lo fuera.

La soledad de una vieja escribiendo la lista de la compra.

La soledad de un anciano fumando cigarrillos en la mesa de la cocina.

La soledad de un libro de Paul Auster encontrado en una caja de frutas, un libro que no vas a leer porque no lo entenderías y porque al fin descubriste que no hay fortuna, que no hay magia ni romance contingente en ninguna cafetería de Battery Park.

Paul Auster es un fraude ontológico.

Un fraude. Deberían advertirlo en la contra de sus libros.

Los novelistas del XIX tenían razón: todo es causa y consecuencia, desencadenante-desarrollo-desenlace. El determinismo es la única ley de los hombres, no el azar, no la serendipia ni el amor inesperado. El determinismo, y quizá algunos principios de la física, A golpea a B, B no se detiene si nada confronta su movimiento, incluso yo puedo entender eso. La continuidad del espacio y del tiempo.

Sola como una comadreja en un dormitorio.

Sola y vulnerable como un conejo en una autopista.

No puedo permitirme una licencia de TV, una noche de borrachera, un cofre de libros incomprensibles, un viaje de fin de semana, un hijo sin padre, el salvoconducto de la banda ancha.

Ni siquiera el recurso de volver a casa.

Bolsillos vacíos.

Pero bastó media moneda (lata de alubias, sobre de sopa) para redactar mi Marsellesa privada, media moneda y un abono de transporte.

Marsellesa y manifiesto contra Paul Auster.

Como un diario de primera comunión, candadito de plata y llave escondida, cuaderno-salvavidas, cuaderno contra la compasión y los recuerdos vivificados, cuaderno-pájaro-herido.

Doce años. Cuando cumplí doce años mi padre me hizo un regalo solemne, rito de paso. Estaba envuelto en el papel indistinto y adulto de El Corte Inglés, lo abrí y apareció en mis manos el *Diario* de Ana Frank. Mi padre sonrió con complacencia, le brillaban los ojos, cuenta la historia, dijo, de una niña de tu edad, no leas el prólogo, insistió, promételo.

Lo acabé en dos o tres tardes como si fueran deberes escolares, y luego me senté a su lado y dejé que me hablara de la huida de Alemania, la ocupación de Holanda, los brazaletes estrellados, la ferocidad del ser humano que caza lobos como un lobo, lobos o conejos, algo parecido dijo, y los campos de concentración, la rutina científica del exterminio, las terribles palabras que sonaban como un hechizo: Bergen-Belsen.

En el momento oportuno dejé escapar algunas lágrimas, verdaderas lágrimas no novelescas, y mi padre me abrazó y representamos una escena de gran sensibilidad y pedagogía. Luego dijo que los libros más hermosos a veces también son los más tristes. Ese tipo de frases que solía decir. Claro que leí el prólogo, y claro que había oído hablar de Ana Frank (en la biblioteca del colegio había varios ejemplares), pero quién era yo para arruinar un cuadro tan conmovedor. Tristes. Qué hijo de puta. No tenía ni idea de la verdadera lite, mi padre, puede que leyera con la voracidad del gusano papirófago pero sólo lo hacía para presumir de ello, los libros descansaban en las estanterías de casa como cadáveres, era un lector-notario, un juez de turno que expedía certificados de defunción con cada vuelta de página, la lite autodestructiva no le conmovía, no le robaba el alma.

A mí sí.

A mí me la robó cuando recién despertaba.

Ana Frank me cayó mal desde el principio, me pareció una niña redicha y presumida, tan preocupada por su aspecto y sus zapatos como si viviera en la Francia libre y no en la Holanda ocupada, sólo tenía doce años y se comportaba como una *cocotte* infantil con aquel pobre chico, Peter, aquel

chico del que decía cosas repulsivas, «creo que le gusto más de lo que él piensa», decía, frases inconcebibles mientras la Gestapo husmea detrás de la puerta, «el idealismo ha sido aniquilado», decía, «los hombres dejan traslucir sus peores cualidades», una aberración intelectual. Ana y su padre falsario. Años después supe que había muerto de tifus y no en las cámaras de gas, y que es muy probable que Otto Frank, su padre, escribiera la mayoría de las páginas del diario. La sagacidad y la madurez de la pequeña Ana fueron la recreación de un padre afligido que necesita recuperar la memoria de su hija, o tal vez algo menos desinteresado, quién puede saberlo. Siento tanta lástima del mío que me gustaría acurrucarme a su lado, acurrucarme junto a su viejo cuerpo indudablemente honesto y católico, y pedirle que vuelva a contarme la historia de aquella niña judía que vivió escondida para que no la devoraran los lobos.

Los lobos a los que llamo a gritos para que me hagan pedazos.

Los llamo y no vienen, aúllo como la mandrágora y nadie parece escucharme.

Soy una niña perdida en el gueto de los *muyahidines*, bocado sin hueso, mujercita *harbiyun* en el suburbio de la ciudad infinita. El cuaderno llegó a mis manos como un emisario, no habrá sitio para la mentira ni para la vieja lite satánica, me desharé de él cuando escriba la última frase, lo arrojaré al río si el autobús se detiene en la orilla, un final propicio.

Propicio. Me conjuro contra Paul Auster, contra Cat Stevens y contra los bárbaros oscuros, me conjuro contra el azar, contra Ana Frank y contra el sentimentalismo, hago un pacto de sangre conmigo, prometo perseguirme y degollarme si no cuento cada cosa que no soy capaz de decir ni siquiera cuando la pienso, si no cuento de dónde provengo, qué especie invasora, cuál es el origen de este rencor y de esta estupidez que acabarán conmigo, prometo poner la mía junto al resto de cabezas cortadas.

7. *Crossover* de la chica-comadreja: el origen. Todo comienza en mi cuarto, tengo trece años y soy una niña católica que sueña con Cat Stevens, sus poemas susurrados en mi oído, sus dedos enredados en el elástico de mis

braguitas, *Tea for the Tillerman* provoca en mí revelaciones evangélicas, recuerdo el calor radiactivo de la habitación infantil, recuerdo la fricción de los muslos, la humedad de unas manos que se posan como mariposas donde no se debe, Cat Stevens es un Cristo que resucita cada noche, un Cristo con camisas de lino que se martiriza tomando drogas y follando *groupies* para salvarme del aburrimiento contemporáneo. Fue el primero de mis amantes inventados, el primero y el más hermoso, escuchaba sus canciones y percibía su presencia en mi cama como si fuera santa Teresa, santa Teresita en éxtasis licuándose de idolatría. Me sentí trastornada cuando supe que se había convertido al Islam, que había renunciado a su propio nombre, que su esposa llevaba *niqab* y que ya no amaba a ninguna mujer prófuga en las habitaciones de ningún hotel. California: mi príncipe nadaba en las aguas púrpuras de Santa Mónica cuando una corriente feroz quiso llevárselo consigo, vio los ojos profundos de la muerte, se creyó perdido y en el último instante imploró como nunca había hecho, y prometió que si una mano mágica salvaba su vida se convertiría a la verdadera fe religiosa, cualquiera que fuese, ya se encargaría después de decidirlo. *Morning has broken, like the first morning. Blackbird has spoken, like the first bird.* Fue entonces cuando la mano mágica protegió su cuerpo de las olas, cuando la boca mágica insufló oxígeno y carisma en sus pulmones, y cuando el hombre antes conocido como Cat Stevens alcanzó la orilla, abrazó las rocas, rezó una plegaria de agradecimiento y recordó las *suras* que había oído recitar durante un viaje a Marrakech en el que fumó tanto hachís que pensó que su cerebro acabaría convertido en salsa *harissa*. El mundo había cambiado, las revistas ilustradas ya eran motivos arqueológicos, pero ¿qué ha ocurrido, qué has hecho, poeta infiel, enemigo de los cristianos? *Praise for the singing, praise for the morning. Praise for the springing fresh from the world.*

No, la metamorfosis de Cat Stevens en Yusuf Islam no fue un accidente sino un oráculo que señaló mi destino como las brujas de *Macbeth*, un oráculo que predijo que yo habría de redimirme en un gueto musulmán donde los hombres oscuros y los chicos de la esquina me señalarían con el dedo, y me darían caza y se burlarían y caminarían sobre mis huesos. Alá los proteja. Alá los guarde. Alá los aleje de una mujer tan abominable como yo, una

mujer que pudre todo lo que toca.

Novios. A los trece y a los catorce años la chica-comadreja necesitaba novios que se pudrieran en mis manos, novios de quienes enamorarme sin interrupción, igual que un niño necesita juguetes para no volverse loco.

El hueco de Cat Stevens lo ocupó Toni Kukoc: la camiseta amarilla de la Jugoplastika, dos metros y once centímetros de delgadez, imaginarlo en mi cama sería como si un tigre de Bengala se aparease con un gatito. Kukoc era el bastión de la civilización europea, el matagigantes que se enfrentaba con las manos desnudas a los colosos soviéticos, y yo me moría de amor al ver su fotografía en la doble página de las revistas deportivas y grababa en mi piel el emblema de nuestro amor disgráfico (TK-TK), mis antebrazos eran un lienzo donde había sitio para Jim Morrison, para Tom Curren, y en la esquina más íntima un centímetro reservado para Ray Loriga.

Ray Loriga: cuánto amor sentí, verdadero amor, amor que sólo una vez se conoce, Ray Loriga no era un espectro del pasado ni una figura del básquet y la geopolítica sino apenas un chico guapo y *grunge* que pertenecía al microuniverso donde yo habitaba, sería posible acudir a una lectura pública y seducirlo con mi procacidad preuniversitaria. Lo descubrí en el suplemento de un periódico y quedé cautivada por su vanidad y por su americanismo, habría sido capaz de arrastrarme a su lado y pedirle que me narcotizara, me escupiera y me vejara como a Samantha Geimer en un apartamento de Madrid mientras lo grababa todo con una Handycam para pavonearse de su triunfo delante de sus amigos. Nunca llegué a leer ninguna novela suya, me bastaba con el cromo del reportaje y temía que cualquier simplicidad pudiera defraudarme, pero le consagué ciertos roces, ciertas sábanas, ciertos tubos de desodorante en el cantón de mi cuarto de baño.

Pívots, escritores y surfistas, una liga de hombres perversos que merodeaban como chacales alrededor de la niña-comadreja, un bocado de carne católica e hipersexualizada que arderá en el infierno por pensar lo que piensa y por hacer lo que hace. Ucronía, mis amantes no existían ni en el tiempo ni en el espacio, yo vivía en la corte de Versalles y mis compañeritas del colegio en una *banlieue*, esclavas del amor de sus futbolistas y sus cantantes de la MTV, la vulgaridad del amor de clase media, sólo alguna

lograba empatarme si ocasionalmente amaba a Kurt Cobain, tan semejante a Cat Stevens. Kurt estaba en todas partes, hiriéndonos, muriéndose cada miércoles para nosotras, *Rape Me* era un himno tan certero que desmontaba todas mis piezas y me dejaba en ridículo, yo no podía ser como esas chicas que llevaban camisetas con la portada de sus discos y lloraban en el aniversario de su muerte, dónde queda la aristocracia si todos almorzamos lo mismo, llegué a odiar *Come As You Are* de tanto como me gustaba, *No, I don't have a gun*, si hubiera tenido una a mano yo también me habría volado la cabeza, con catorce años la imitación de lo que amas es lo único que tiene sentido.

Y todo por culpa de mis padres chiflados, mis padres y su coleccionismo fatalista, mis padres, que en las estanterías del pasillo almacenaban cientos de revistas ilustradas, largas series reunidas desde los años setenta, semanarios, fascículos, ediciones conmemorativas, cada ejemplar dentro de un sobre de plástico y cada sobre en una carpeta de abogacía. No tiraban ni una hoja esos cabrones-Diógenes aunque de vez en cuando se escandalizaran de su propia excentricidad y decidieran arrojarlo todo a la basura, y enseguida se arrepentían convenciéndose de que aquellos números acartonados de *El viejo topo* o de *Camp de l'Arpa* serían objetos muy valiosos con el paso del tiempo, es una inversión, me decían, como si fueran sellos o monedas antiguas. Putos locos.

Los niños se merecen padres normales.

Padres aburridos e indiferentes.

Padres que los abracen y los castiguen y que no les transmitan costumbres maníacas, ni bibliofílias, ni grandes esperanzas.

Esa psicodelia embalsamada, esa morgue de las revistas.

Acabé convirtiéndome en una chica propensa a la analepsis por culpa del aburrimiento de las tardes de verano y la TV proscrita.

Una chica inquietante que se conformaba con una habitación cerrada, unos padres distraídos y una novela impropia para mi edad.

Porque el exilio ya comenzó entonces, exilio de rarezas y tiempos pasados.

Que no existan los niños raros, primera norma de mi república.

Que no existan niños raros ni padres estridentes.

Que los padres sean afectuosos y aburridos, y que los niños sean mediocres e iguales. Sin ambiciones. Sin asombro.

Me han llamado *rara* tantas veces, lo he escuchado tanto de boca de mis amigos, de mis primos, de mis novios, tantas veces que dejó de significar ninguna cosa, pero a los catorce la palabra punzaba como un dardo. Tuve suerte de encontrarme con Marieta en el instituto, Marieta-espécimen, juntas comenzamos el primer curso siendo *raras* y terminamos siendo *putas*, y esa palabra-dardo tenía otra dignidad, otra consideración, una envergadura adulta.

En aquellas revistas yo no buscaba ni entretenimiento ni huida. Buscaba chicos, fotografías de chicos de los que enamorarme, chicos-moldes con los que comparar a mis amantes reales cuando la infancia concluyera al fin, la larga infancia de la hija única, la pequeña ciudad, los padres altisonantes y las aspiraciones infinitas.

Me perforaron la cabeza, me volvieron imbécil, intrigante y obsesiva, con qué criterio almacenaban mis padres esa mierda, crónicas de la NBA al lado de ufologías y técnicas de arreglo floral, un infierno de *Casa y Jardín*, *Gigantes* y *Más allá de la ciencia*. Cuando llegó el canibalismo de la adolescencia, reto-recompensa, yo ya estaba perdida para la vida mediana. Culpables: no me dieron una bofetada a tiempo, no me prohibieron que hurgara en sus cosas y dejaron que una niña (mi pequeña niña, mi bebé) se consumiera leyendo lo que nadie debe, tocando lo que nadie toca.

A veces he pensado (en serio lo he pensado) que experimentaron conmigo, que tenían cámaras y sensores ocultos y que todo era un montaje absurdo, una parafernalia con la que observar el comportamiento errático de una niña adorable, una niñita expuesta a los residuos de la sociedad occidental y a las grandes novelas inmortales, ¿qué ocurrirá en su cabezatabula-rasa?, ¿elegirá el bien y leerá a Huysmans o bien se transformará en una niñita homicida, en Mary Bell, en Morgan Geysler, en Beth Thomas, en cualquiera de las estrellas del panteón psicopático? El resultado del experimento fue el autoexilio y la huida, y el cuaderno de los cincuenta peniques como refugio. Deberían sentirse orgullosos mis padrescabrones, mis

padres-Mengele, mis padres que nunca se tiraron al suelo a jugar conmigo porque eso era cosa de niños.

8. Cosa de niños: cuando llegué creía ver a Jon Venables y a Robert Thompson en todos los adolescentes que gritaban en el metro, los muchachos que se saltaban el tornó, pateaban las papeleras y se encaraban con los guardias, esos muchachos lechosos que ni siquiera tienen la coartada de la discriminación racial y a quienes enseguida se les encienden las mejillas cuando alguien los zarandea, los que me señalaban con el dedo y hablaban veloces en un idioma que no podía ser el mismo que yo había estudiado en la academia y que sólo servía para decir obscenidades y repetirme que me fuera a mi país, vándalos que corrían encapuchados por los andenes y que al día siguiente saldrían en las noticias locales, la policía los habrá identificado y hará que sus padres corran con los gastos, los especialistas hablarán de las carencias del sistema educativo, de las viviendas sociales, de aquella violencia repentina e injustificable.

Es decir, de Jon y Robert. Su historia aparecía en el reportaje de una revista que ni siquiera era demasiado lúgubre, la leí mil veces, me aprendí de memoria los detalles escabrosos, cómo lo permitieron mis padres, cómo no arrancaron la hoja antes de guardarla en el sobre de plástico, aquella pieza tan obscena y tan magnética no debería estar al alcance de una niña.

Robaron un bote de pintura para maquetas, un muñequito Wishnik de pelo rosa, una bolsa de caramelos Skittles y un estuche de pilas alcalinas en un centro comercial de Liverpool. Al salir vieron a un niño extraviado, James Bulger, que no lloraba ni llamaba la atención de nadie, como si supiera que su mamá iba a aparecer en cualquier momento. Le dieron la mano. En la grabación de las cámaras de seguridad se les ve alejarse del foco y tomar las escaleras mecánicas. James debía de ser un niño fuerte y valiente, caminó más de cuatro kilómetros junto a ellos. Cuando llegaron al canal de Leeds and Liverpool, Robert lo arrojó violentamente contra el suelo. James comenzó a sangrar, Jon quiso lanzarlo al agua pero Robert se opuso, y siguieron caminando hasta la estación abandonada de Walton. Tuvieron que

turnarse para llevarlo en brazos. Allí lo desnudaron, le desprendieron el prepucio, le llenaron la boca de Skittles, lo patearon, le arrojaron piedras y ladrillos, le rompieron las manos y le golpearon la cabeza con una barra de hierro. Probablemente ya estaba muerto cuando Robert lo arrastró hasta las vías. Entre los dos lo cubrieron de escombros. Poco después un tren cortó su cuerpo por la mitad pero ya no pudieron verlo porque tenían once años, estaban asustados y querían volver a casa.

Desdoblamiento: cierro los ojos y puedo verme sentada en el pasillo, la falda del uniforme abierta sobre las rodillas, el reportaje palpitando en mis manos, mis padres tomando café en la mesa de la cocina, cierro los ojos y todo regresa. Fueron perseguidos, capturados y juzgados como adultos, recuerdo las fotografías de su ficha policial, el metro dibujado en la pared (pies y pulgadas), una pizarra blanca con su nombre escrito a rotulador. Fue Robert quien actuó con mayor violencia durante las dos horas que duró la tortura, pero en la secuencia grabada por las cámaras de seguridad es Jon quien toma la iniciativa y sujeta a James de la mano. El día anterior habían intentado secuestrar a otro niño, y no lo consiguieron, Jon dijo que él se encargaría, que había que ser un poco más delicado en esas cosas. Los dos faltaban a clase con frecuencia, se burlaban de quien se les interpusiera, robaban y conseguían que los echaran de cualquier parte, de clase, del cine, de una tienda, de una cancha, de casa. Nadie quería tenerlos cerca, eran amigos desde que entraron en el colegio, vivían en un barrio donde habían visto demasiados golpes y borracheras. Ninguno había tomado drogas ni había bebido cerveza ni había jugado a videojuegos ultraviolentos. Ocurrió, sin más. Hicieron lo que habían planeado, lo que dijeron que harían, lo que se retaron. Pensamiento-insecto: todavía puedo escuchar el tintineo de la cuchara de mi padre removiendo el azúcar mientras leo el reportaje, y siento estupor y nace en mí un sentimiento que no soy capaz de nombrar porque no creo que exista ninguna palabra.

Tuve pesadillas, no podía borrar de mi mente la cara rosada de Robert (el pelo muy corto, los ojos pequeños), la mirada severa de Jon (su flequillo de niño mayor, su boca roja). A Jon no se le veía asustado, Robert se encogía. Sentí una atracción tan intensa hacia ellos que ni siquiera reparé en el dolor

del pequeño James, lo torturaron como si fuera un gato con el que se entretienen los chicos perversos, James nunca existió, fue un muñeco, un instrumento con el que jugaron al crimen, no creo que le preguntaran cómo te llamas, ven con nosotros, no intentaron convencerlo de que lo llevarían a jugar a un sitio muy divertido y que su mamá llegaría enseguida, no mataron a un niño de dos años, nunca llegaron a verlo, vieron el atrevimiento, los golpes, la sangre, vieron los ojos de un rival que dice que te apartes, me toca, y un bulto que no se defiende, que no es nadie y que no va a castigarte.

Psicopatías infantiles: tendría que haber enviado al cuerno la filología y la filomierda y el estudio de la lite extinguida, tendría que haberme sepultado debajo de manuales de psiquiatría y recopilar casos, formar un archivo, buscar pautas comunes, desarrollar una teoría libertaria sobre la ira de los adolescentes, escribir un libro, eso es, escribir un libro y dar conferencias y abrir un gabinete donde encontrarán refugio esos niños que aterrorizan a sus padres, niños feroces como Jon y Robert. O como Iria y Raquel, las chicas que convencieron a su amiga Clara para que las acompañara al descampado donde la apuñalaron. Se abre un abismo a mis pies cuando pienso en ellos, algo me dice que les pertenezco, niña-ninfa rodeada de esos monstruos del *offset*, de esa plaga de reportajes gráficos conservados como reliquias que transmitían un mensaje indiscutido: las mejores cosas se escriben, las mejores cosas se fotografían y se editan, el mundo no impreso es vulgar y se parece demasiado a tu propio mundo, un mundo donde el hombre blanco es capaz de las peores perversiones.

También los niños, también los chicos.

José mató a toda su familia con una espada samurái que estuvo afilando durante muchas noches.

Andrés disparó a su padre con una ballesta y lo remató en el suelo volteando el cuerpo y apuntando a la nuca.

Sergio degolló a su novia de catorce años con un cúter de bricolaje.

Tiemblo al pensar en ellos, deseo abrazarlos, quiero que me cuenten por qué lo hicieron, qué pensaban, en qué puedo ayudarte, confía en mí, no voy a juzgarte, sé cuánto has sufrido.

Pero las cosas han cambiado, ya todo es distinto, los chicos malos no

necesitan la ultraviolencia ni el satanismo, no necesitan los juegos de rol, la ropa oscura, la ouija, no hace falta que se rebelen contra un padre severo e ignorante, ni que odien a sus maestros ni que deseen la muerte de sus compañeros de clase. Basta con jurar una fe invisible, volar a Oriente Medio, exhibir sus armas en un canal encriptado y vestir uniformes de camuflaje como figuritas de acción. Encontraron una causa elevada, un motivo sagrado, y también camaradería y masculinidad, la *yihad* es ecuménica, no entiende de raza ni de origen, ni siquiera la religión importa demasiado, es un mundo nuevo y antiguo donde los hombres vuelven a ser hombres y lo demuestran del modo en que lo hicieron durante centurias. Nadie parece entenderlo, quizá haya que vivir donde yo vivo para ver sus ojos, para ver el modo en que me miran cuando camino a su lado, la manera en la que deciden que hoy no me pasará nada, las calles son suyas y yo no soy más que una putita blanca en el lugar equivocado. No es el credo. No es la doctrina ni el rigor ni la fe en la piedra sagrada. Es ver qué ocurre si lo haces. Como Jon y Robert. Como Iria y Raquel. Como Andrés, como José, como Sergio, como todos los que no encontraron una escapatoria tan abrigada y tuvieron que hacerlo por su cuenta, perdiendo cada cosa y arrepintiéndose antes de cerrar la mano.

9. Siempre quise tener novio, novios formales como Cat Stevens y novios indecentes como Ray Loriga, y luego novios de carne y hueso, y por mi mala cabeza encontré a los peores, a los más estúpidos, con ninguno podía hablar de libros autodestructivos ni de fiebres psicopáticas, si me atrevía a decir alguna cosa la palabra *rara* se les dibujaba en la frente, habrían preferido que fuera tan mudita como ahora, tan mudita como una figura de porcelana que pudieran conservar en una vitrina. Novios. Un millón de veces he pensado que me habría ido mejor con las mujeres, y las veo lindas cuando caminan por la calle e incluso apetecibles cuando se sientan en el *bistrot* con las piernas cruzadas, pero no se me hace la boca agua ni quiero meter mi nariz dentro de ellas para ver si sus paredes vaginales son suaves como el lomo de un pez o suaves como una gamuza o suaves como masa de carne picada, o bien son vainas de semillas o sacos de arpillera, ni siquiera el porno enseña

eso, y me fijo en sus medias y en sus zapatos cuando entra alguna de esas chicas que parece recién salida de la ducha, el pelo recogido en una goma, las uñas tecleando sobre el artilugio que despliega en la mesa, un café que pide con elegancia y bebe a sorbos sonoros, la serenidad de esas mujeres ejecutivas o auxiliares que son amables conmigo a pesar de que nos separe una estirpe, un universo socioeconómico, mujeres a quienes debería seducir con mi disponibilidad y mi exotismo pero para quienes no me alcanza el deseo, no se me eriza el vello de la nuca al imaginarme sus manos sujetando mis mejillas, ven, dame un beso, lo intento y procuro, pero nada.

Hay una de ellas, una que no lleva zapatos de tacón sino bailarinas, que me sonrío de un modo distinto y habla en mi idioma y me da las gracias con entonación de cascabel. Le gusto. Ana Frank diría que le gusto más de lo que ella piensa, leyó mi nombre en la pletina y lo pronuncia con exactitud, no desperdicia los minutos de su pequeño descanso hormigueando sobre ningún teclado, se sienta cerca de las vidrieras y mira el tráfico o lee un periódico doblado en cuatro porciones como en otro tiempo. Le gusto mucho, y yo la aprecio por su atrevimiento, por sus modales y por su sonrisa de buenos días, y porque durante una semana devoró un libro de bolsillo del que no logré adivinar el título. Dama de Papel, Dama del Siglo Pasado: son los nombres que me invento para ella, me pregunto si sobre la mesa de su oficina tendrá sellos de caucho y almohadillas para humedecer la solapa de los sobres. Haríamos buena pareja, la chica-comadreja también es un vestigio de otro tiempo, pertenecemos a especies en distintos estadios de evolución, hay algo cretácico y duro en mí, hay algo esponjoso y fresco en las demás, también en las veteranas que ya no alcanzan la belleza de las recién llegadas, esas jovencitas audaces que apenas tienen tiempo de mirarme a los ojos cuando recogen su pedido, no les guardo ningún rencor, sé cuál es mi sitio, si me lo permitieran yo podría cuidar de sus hijos, podría vivir discretamente en sus casas y cantarles canciones de Cat Stevens, fabricaría castillos de Escher con sus piezas de construcción, les mentiría diciendo qué afortunado eres, en mi país nadie tiene tantos juguetes, somos pobres en mi país, y al día siguiente la mamá me pediría con diplomacia que no exagere ni les cuente historias tan tristes, querida, su mundo no será el tuyo.

Mi mundo no será el suyo, el mundo de mis padres tampoco será el mío, el mundo de las revistas ilustradas, el mundo de Ray Loriga y sus amantes pop, el mundo de Toni Kukoc y las animadoras acróbatas, el mundo de Paul Auster y el azar de artificio. Vivo en una casa de siete habitaciones para siete tortugas solitarias, apenas conozco a los demás inquilinos, la mayoría es basura blanca como yo, pero en el cuarto de al lado duerme una de las chicas atrevidas del *hiyab*. Se llama Azra, hola, Azra, le digo cuando nos encontramos, quiero que sea mi mejor amiga y que me ayude a comprender cuanto no comprendo, verdaderas amigas de novela juvenil y confianza, no la dejaré escapar. Me pregunto quién sería su Cat Stevens de los catorce años, cuando sintiera el agujón de las primeras menstruaciones vergonzosas y el tránsito entre el juguete y el fetiche, la primera vez que los bracitos de plástico de la muñeca se ofrecieron para eso, en quién pensaría, qué cantante de folk nacional, qué centrocampista del Galatasaray, qué actor de películas bizarras cuyo cromó arrancarían de una revista y esconderían dentro de los libros de matemáticas, y después sus pesadillas, sus rubores, sus no-debería-hacerlo. Cuando está a solas se quita el velo, enciende la TV y sufre, su vida es un infierno no demasiado diferente del mío, apenas tiene veinte años y sus padres, que yo imagino moderados y europeizantes, la enviaron acá conociendo los riesgos, le buscaron una residencia para musulmanas humanizadas, le dijeron que estudiara mucho, que no perdiera el tiempo en tonterías, mi pequeña Azra, cuando vuelvas a Turquía serás una ingeniera de sofisticados sistemas informáticos o una especialista en algoritmos aplicados a fondos de inversión, predicciones meteorológicas, casas de apuestas, no te olvides de visitar de vez en cuando a tu tía Enise, que vive cerca del aeropuerto con tus primos, te hiciste mayor sin que yo me diera cuenta, mi pequeña Azra volando hacia la capital del mundo, en la despedida hubo abrazos y besos casi europeos. Luego las cosas no transcurrieron como el viejo *baba* las imaginaba, la residencia era sucia y hostil, las clases resultaron demasiado difíciles, la tarjeta de transporte consumía la mitad de los gastos mensuales, y la pequeña Azra tuvo que convertirse en la mentirosa y autoculpable Azra, una renegada que buscó cobijo en un condominio habitado por chicas brunas, promiscuas, taradas: yo.

Somos las únicas que salimos de la madriguera para preparar nuestra propia comida, las demás se alimentan de grasa y azúcar precocinadas que abrasan en el horno y degluten en sus cuartos con el egoísmo de los roedores. Sonríe cuando coincidimos en la cocina y a veces me atrevo a pedirle una cucharada de su sopa *çorba*, y es entonces cuando pienso que muy pronto seremos amigas y que la próxima vez que oiga un llanto al otro lado del tabique acudiré en su ayuda y le diré no llores, Azra, todo se solucionará pronto, pagaré por ti la renta de este mes para que puedas decirle al viejo *baba* que no necesitas más dinero, tú sabes los esfuerzos que hace para que la primogénita, el orgullo de la familia, pueda estudiar en la metrópoli. Imagino una fotografía de los tres sentados en un velador, muy sonrientes, delante de grandes copas de helado con sirope y nata montada, la madre diciendo mejor volvemos a casa, ya es tarde, el padre diciendo mujer, un día es un día, tu hijita se marcha a la capital del mundo, diría él a carcajadas, la madre calcularía a cuántas liras ascenderá aquel arrebató de amor familiar y confianza en el futuro. Y luego pienso en mis padres y siento hacia ellos la misma compasión, el mismo calibre de culpa y remordimiento.

Los álbumes familiares, las fotografías envejecidas en las que soy una niña subida a una barca o haciendo castillos en la playa o disfrazada de comanche en una fiesta, fotografías de hace veinte años donde mis padres son jóvenes, hermosos y sensibles, la vanguardia de sus generaciones, tan hábiles que sus hijos siempre parecerán retrasados: yo. Cuando los mayores hablan, los niños se callan. Y escuchan. Y aprenden que nunca tendrán la honestidad de sus convicciones morales, que no habrán leído los libros oportunos (los serios, los verdaderos libros), que no alcanzarán una visión cenital de las cosas, que no sabrán invertir su dinero con la prudencia y la ambición necesarias. Mis padres chiflados, sus revistas y sus manías de viejos prematuros pero tan sabios, tan agudos, tan superiores a mí en cada cosa.

Una de esas fotografías cumple el mismo cometido que mi cuaderno de los cincuenta peniques: no miente. Fue tomada de improviso en el interior de un bar o de una caseta de verano, le fallan la luz y el encuadre, en primer plano hay una mesa de tabla donde se adivina el final de una comida bulliciosa, ceniceros, manteles de papel, platos sucios, vasos, raspas de

pescado. Detrás están ellos: mi madre con el pelo muy corto mirando hacia el suelo, la boca entreabierta, una blusa verde desabrochada, cierto atractivo y cierta tristeza; mi padre con el codo apoyado sobre la rodilla, la mano flotando en el aire en un gesto femenino, el pelo largo y desordenado, guapo, la actitud de quien piensa que la mujer que está a su lado no lo merece. Son más jóvenes que yo y sin embargo se sienten seguros y convencidos de cada cosa cuando yo apenas lo estoy de ninguna, y esa seguridad, esa confianza de los veinte años es lo que me abruma y me hace reír al mismo tiempo. Pobres. La mitad de sus afirmaciones es una mentira, la mitad de sus fortalezas morales es la repetición de un discurso conveniente, lo único que los hace mejores que yo es el hecho de que se creyeran su propio cuento y todo les resultara favorable, alisios en la popa: un país a medio construir, un enemigo histórico y reciente, una universidad holgazana, la ignorancia del subdesarrollo. Soy un alma bondadosa, siento hacia ellos la misma compasión que hacia los padres de Azra delante de sus copas de helado, y me convengo de que la próxima vez que hablemos por teléfono les mentiré diciendo que cambié de trabajo, que al fin dejé la cafetería, que supe de un pequeño puesto como profesora auxiliar, que he pensado reunir un poco de dinero para retomar los estudios, que tengo tantas ganas de veros, iré pronto, en primavera, sueño con los días azules y el sol de la infancia, con esa dulzura de mentira y esos versos de exiliado ilustre sueño.

Mis padres. Qué pensarían de mí si supieran cuánto odio y cuánto deseo a los hombres oscuros del barrio, de dónde sacaste esos prejuicios, me dirían. Prejuicios: colgada del pecho llevo una cruz de plata que, ¿recordáis?, me regalasteis cuando terminé la licenciatura, cristianos de escasa liturgia pero al cabo cristianos que si tienen que elegir entre la cruz y el vacío eligen la cruz, no para quemar en ella a nadie pero cruz debajo del jersey, cruz pegada a la carne, rozando la trabilla del sujetador. Es un atavismo, tengo amantes que me piden que me la quite pero a mí me gusta follarse con ella, y si me voltean ocurre que la cadenita oscila como un péndulo de Foucault, y siento que también te están follando a ti, papá, y a ti, mamá, en cada embestida, dónde quedan ahora mis prejuicios, dónde vuestras frases exquisitas.

Patrimonio, cuentas de ahorro, escrituras de propiedad, biblioteca

ampliada, estudios superiores y opiniones sentenciosas: qué pequeña me hicisteis sentir cualquier mañana de domingo cuando tomabais un campari y poníais un disco de música francesa mientras yo intentaba hablaros de un hallazgo (un libro, una película, un novio). Desde el cristal de la copa blandíais una sonrisa de conmiseración porque a fin de cuentas yo no era culpable de mi propia estupidez, ni de adorar a un director norteamericano, ni de seguir leyendo esas bobadas, ni de amar a alguien tan simple. No, yo no era culpable de ninguna cosa, la culpa es un gas noble que se eleva hacia el poder establecido, estructuras, gobiernos en la sombra, un estrato de la realidad que el resto no puede percibir, sólo los sabios, los perspicaces, los que se lamentan de que en casa haya demasiados libros, habría que desprenderse de ellos, decíais, donarlos a la biblioteca municipal o abandonarlos en cajas como cachorros, son tantos. Pero los libros seguían ahí, inmóviles como montañas sagradas, y las revistas permanecían en los ficheros como golosinas con las que envenenar a los niños.

Padres idiotas: os moriríais de vergüenza si pudierais asomaros dentro de mí, formularíais una teoría que sostuviera que las chicas del XXI acabaron convencidas de que la disponibilidad es una ventaja evolutiva, eso diríais para no pensar que vuestra hijita se convirtió en una puta interracial. No hables así, sólo fuiste una víctima, diríais, una víctima de la propaganda extensiva del ultraporno. Idiotas: seguís siendo los chicos de la fotografía, los locos coleccionistas, los que observaban la vulgaridad de un país renacido, a tu edad ya teníamos un trabajo, una casa, unos hijos. A mi edad. A mi edad vuestro mundo ya era viejo, y el mío es un limbo de antimateria, muchas pretensiones, ningún acierto, viajes, escapismos, una licenciatura débil, un oficio que no existe, la pobreza, la veleidad de un bachiller de treinta años que vive su fantasía escolar extendida en el tiempo. Estudiar hacia dónde. El hundimiento de la economía nacional es la excusa que me cuento para esconder mi responsabilidad en este drama, la diáspora, una diáspora remilgada, no fueron el pan y el plato de sopa de las generaciones venerables lo que nos llevó al autoexilio sino otros factores más sutiles y sentimentales: la certidumbre de un fracaso, la orfandad de una pregunta tan simple, qué vas a hacer ahora, qué coño vas a hacer ahora, ¿llorar y lamentarte de que

estudiaste tanto para nada? El mundo es ancho, busca un sitio, inténtalo.

A veces imagino que mis padres mueren repentinamente y que yo regreso, heredo sus cuentas, sus libros, su colección de revistas ilustradas, y decido administrar cada cosa con tacañería para vivir de las sobras, una docena de números correlativos de *El viejo topo* se venderá a buen precio en las páginas de subastas, no hay sentimientos, no hay dolor ni duelo, todo es pasado. Otras veces me digo que jamás tendré hijos, pequeños mocosos que me angustien y me persigan, que me derroten con la simplicidad de sus afectos y las largas noches de la fiebre y las indigestiones, y me imagino vieja y sola con sesenta años, arrinconada en una casa donde el teléfono nunca interrumpe, y por egoísmo me convengo de que debo quedarme embarazada y cuidar de mis crías con avaricia para que ellas cuiden de mí cuando ya nadie me quiera. Supongo que así sobrevive la especie.

Tristeza es: tengo veinte años y coreo un disco a voz en grito, vosotros pasáis a mi lado diciendo que esa canción se parece demasiado a una de Patti Smith. *Demasiado*. En ese momento yo habría dado cualquier cosa por tener unos padres que no supieran quién era Patti Smith, padres de cuello azul y facturas impagadas, padres que abofetean a sus hijas al descubrir qué cosas hacen con sus novios en los portales, padres torpes e ignorantes o bien padres que colman a sus hijos con un amor servil, arrastrándose a sus deseos de pequeños tiranos. Yo envidiaba a mis amigas cuando me decían que estaban castigadas por lo de la otra noche, las envidiaba porque cualquier castigo habría sido mejor que sostener vuestra mirada diciendo tú sabrás lo que has hecho, o bien sufrir la humillación de los consejos sobre la profilaxis, los métodos anticonceptivos, las toxicomanías, la visita anual al ginecólogo en la que decíais con misteriosa satisfacción sí, mi hija ya tiene relaciones sexuales.

María es distinta, anunciabais cuando almorzábamos con unos amigos y yo prefería quedarme sentada a la mesa de los mayores, ¿por qué no vas a jugar con los niños?, me preguntaban, y entonces vosotros salíais en mi defensa, déjala, ella está bien aquí, María es distinta, decíais como si no estuviera delante, y yo sentía un orgullo inmenso porque vosotros también erais raros y de alguna forma yo habría heredado esa rareza, un campo de

fuerza y de antipatía a mi alrededor, no te acerques demasiado, perro peligroso, pero entonces por qué elegisteis un nombre tan común para mí, un nombre tan desgastado por los millardos de marías que poblaban el mundo, no hay nada más vacío ni más vago ni impreciso que el nombre de María, la virgen y la madrecita sufriente, la cancioncita que dice el nombre de María que cinco letras tiene, la eme, la a... pero qué androide, qué hija sin sustancia queríais que fuera, habría preferido Angustias, Dolores, Inmaculada, Regla, Subterráneo, cualquier advocación humillante de la reina de los reyes, cualquiera antes que María, ese nombre hueco.

Porque el nombre inviste de identidad a quien lo lleva. No es lo mismo llamarte Agripa que Marco Aurelio, no es lo mismo Sánchez que Lagomazzini. María no dice nada, María es una vasija, un recipiente donde el Espíritu Santo pudo volcar al Mesías o bien pudo ensuciarse. Diana, Sofía, Esther, Sara. Incluso Galilea, Elisabeth, Liliana. Habría sido suficiente con mirar la fecha en el santoral de casa, 8 de octubre, Benedicta, Brígida, Pelagia, Polena, Susana de Blois, santa Valeria de Limoges. Valeria: un nombre sexi, nombre de pornoestrella, Valeria Visconti, Valeria Blue, Valeria Pierrevert. Valérie. Todo habría sido distinto si al entrar en una fiesta llena de desconocidos alguien dijera mira, ha llegado Valeria, y oh sus ojos de fascinación, oh sus bocas repitiendo las sílabas.

Valeria, mártir. Una doncella de familia noble fue comprada por el duque de Limoges, quien prometió que la desposaría cuando regresara de la batalla contra las tribus del Loira. La campaña se demoró y la joven conoció a un fraile piadoso llamado Marcial. El fraile le habló de Cristo con hermosas palabras, y Valeria, conmovida por la belleza del Evangelio, donó a la Iglesia todas sus riquezas y se consagró a la oración. Cuando el duque fue a buscar a su prometida la encontró maloliente y desgredada, rezando en una capilla para pobres, y le preguntó si era verdad que había abandonado a su familia, que había regalado sus joyas y que amaba a otro hombre. Valeria asintió y le dijo que un Señor más poderoso que todos los duques de Francia la había tomado por esposa. Enfurecido, el duque desenvainó su espada y la decapitó sin dejar que terminara de hablar. El cuerpo quedó en pie, las manos de Valeria recuperaron su propia cabeza, arrepíentete de lo que has hecho, dijo

aquella boca sin garganta, porque el Señor a quien amo te perseguirá y se vengará de ti y te dará tormento eterno. El duque arrojó la espada y huyó horrorizado. A san Marcial y a santa Valeria se les reza para combatir las migrañas. Mártires cefalóforos: los santos decapitados que sostienen su cabeza en las manos.

Claro que yo os adoraba. Os adoraba cuando bailabais como Jean Rochefort en *El marido de la peluquera*, cuando os besabais en la boca de ese modo que asusta a los niños, cuando subíais a la azotea a leer suplementos dominicales sentados sobre las baldosas, descalzos y sonrientes a pesar del neocolonialismo, la amenaza nuclear, los paramilitares colombianos, el hundimiento del *Exxon Valdez* pero el cálido sol del invierno. También mis amigas te amaban a ti, un papá joven y divertido que te deja hacer lo que quieras si eres capaz de soportar las consecuencias de tus travesuras, un papá que no te educa en el miedo ni en la culpa sino en un hondo sentido de la responsabilidad. Humanismo cristiano. Fuera chamanes, ritos, supersticiones. Fuera catedrales salvo para los libros de historia y el argumento de alguna novela. Fuera humillaciones y feudalismos, fuera las reliquias y la devoción popular. Vuestro credo era el de Spinoza y Tolstói, y pensabais que así se limpiaba la vergüenza de que dos intelectuales de clase media, dos lectores-de-todos-los-libros, acabaran creyendo en las mismas cosas que las viejas del rosario y la novena. El ateísmo os parecía algo del pasado, una enfermedad de la primera mitad del siglo XX, Jesús era un buen tipo, quién podría discutirlo, el gran moralista, el pensador oriental (sus enseñanzas provenían de India, se sabe que leía el sánscrito) y el modernizador de los valores y de las formas de un gobierno suave, yo no sé si existe un más allá después de esto, me decíais para convenceros a vosotros mismos, pero aunque sólo sea por tantos poetas y tantos filósofos que sí lo creyeron quizá deberíamos concederle a ese más allá cierta posibilidad de existencia, ¿no te parece?, y así justificabais que unos padres como vosotros mandaran a su hija a estudiar a un colegio católico y tradicionalista. No caísteis en la cuenta de que allí me enseñarían la fe de las vírgenes, la fe de los santos y los cristos sangrantes, esa fe inferior tan distinta de la vuestra, copa de campari, música francesa, los libros ya leídos (todos) reposando en las estanterías como en un osario.

Cuando terminara la infancia y llegara la rebeldía, pensabais, yo aprendería a separar la cáscara de las verdaderas ideas, a separar las bienaventuranzas de los gozos de la Virgen, pero ocurrió justo lo contrario, y ya no creo nada de vuestro humanismo ni de las putas enseñanzas de Tolstói, esa ética superior del sabio que no come carne para no dañar a los animalitos pero entierra a su mujer con trece embarazos, no creo en nada de eso y sin embargo pervive en mí el fetiche de la capilla y las advocaciones, pervive y se fortalece con el tiempo, soy una comadreja idólatra.

A veces, para vaciar mi nostalgia, entro en la iglesia de un barrio blanco que hay a tres paradas de aquí. Todo es racional, escasamente dramático. En la puerta no encuentro a los mendigos institucionalizados de las parroquias del malpaís sino tablonos de anuncios, láminas informativas que te animan a llevar a tus hijos a la escuela de los domingos o que anuncian un cambio de hora en las reuniones de los jueves. La nave central está enmoquetada, los bancos tienen respaldos mullidos, hay misales de préstamo, las figuras de las capillas son nuevas, policromadas con tintas tan brillantes como si fueran juguetes, Jesucristo no es ningún héroe mítico sino un tipo que se metió donde no debía. Extintores, aseos, un cuarto de limpieza, salidas de emergencia. En el patio trasero me parece ver unos columpios, y me enternezco porque yo también albergo sentimientos humanos. Las iglesias del malpaís conservan la huella de los siglos trágicos, la muerte, las persecuciones, Jesucristo es un guerrero cansado, el chico de la película que recibió un balazo y aprieta los dientes para no delatar su posición, nuestro valiente Jesucristo de quien todas estamos secretamente enamoradas, y nos disolvemos como en un caldo, y besamos sus manos y sus pies en nuestras liturgias, el beso sobre el pie nudoso que nos estremece, y sentimos cómo nos tiemblan las piernas igual que a las actrices del gonzo cuando sus amantes las hacen morir de amor. He pasado mucho tiempo sentada en esos templos y nunca ocurrió que alguien me preguntara si necesitaba alguna cosa (las beatas me miraban con recelo, los curas no intentaban seducirme), pero en estas iglesias norteñas siempre hubo una mujer bondadosa que dijo buenos días, ¿es la primera vez que vienes?, puedes tomar una taza de té en los salones parroquiales, sonrisas de complicidad y captación benevolente. Pienso que el

catolicismo mediterráneo se construyó sobre la sospecha, incluso cuando el sacerdote invita a daros fraternalmente la paz las manos apenas se extienden lo justo para rozar la palma del prójimo con un movimiento elástico. Siempre me dieron miedo los curas, las monjas, cualquier figura que se protegiera detrás de un hábito. Imaginaba sus dedos acolchados como si dentro no hubiera más que cartílagos, podía verlos sentados en el borde de la cama, sosteniendo sus gafas por la montura y depositándolas sobre la mesilla para lanzarse sin obstáculos contra el chico o la chica-yo. Supongo que tuve suerte, nunca sucedió que ninguno de los que impartían la catequesis o ninguna de las que nos hablaban del hambre en el mundo viniera a mí con esas intenciones, pero los relatos que contaban otros estudiantes y las frases escritas en las paredes del baño bastaban para que sintiera escalofríos, a la hermana Ángela le gustan los totos, como si ya hubiera ocurrido, como si cada vez que la señorita me pedía que leyera en voz alta ya todos supieran por qué era yo su preferida.

Sentada en un banco de aquellas iglesias católicas, estirando el pensamiento mágico de la infancia: misas de colegio, funciones, oficios, la eucaristía de algunos domingos con mis padres, no demasiados. Luego me endurecí y aprendí que amar al prójimo es más sencillo que rezar ninguna plegaria, y que follar con el prójimo es otra especie de misericordia, he aquí al esclava del Señor, y ahora soy cartesiana y sólo creo en las cosas demostrables, las cosas que veo y toco, y por eso no puedo creer en ningún dios ultraterreno pero sí en los templos y en Jesucristo, no necesito ninguna clase de fe elevada para eso, la fe es algo tan estúpido como el romanticismo de Cat Stevens o como el azar de las novelas de Paul Auster. Jesucristo está ahí, en el altar, crucificado o fustigado o atado de manos, es imposible especular si existe cuando lo veo con mis propios ojos, cuando veo su sangre pintada, las heridas en su cuerpo fuerte y masculino. El catecismo habla del misterio de la transustanciación pero yo no encuentro nada misterioso en todo ese proceso, Cristo permanece en el altar o en la capilla, puedo tocarlo si me dejan. Magia me parecen las creencias de los espiritistas del barrio purificado, que no permiten ninguna reproducción de su dios y que se ofenden hasta el degüello si alguien se atreve a ensayarlo, su dios es una letra

sin dibujos sobre un libro sin dibujos y una fe sin dibujos donde nada puede sujetarse de ningún asidero, y por tanto nada existe de ninguna forma, ni en el pensamiento ni en la madera ni en la piedra. La piedra vieja de los templos paganos: *haraam*. La desprecian, quisieran demolerla y convertirla en los cimientos de sus almacenes *import-export*, son la vanguardia futurista del nuevo siglo, sueñan con dinamitar todas las esculturas y rajar todos los lienzos, sueñan con convertir las iglesias católicas en pabellones de baloncesto. Sus mezquitas son hangares, naves industriales con alfombras y grafitas en las paredes, y hay algo perverso en esa ligereza, en esa falta de preocupación estética, hay algo muy perverso en el hecho de que los hombres piadosos del gueto se adornen con limpísimas *taqiyah* de hilo blanco mientras sus mezquitas chorrean de mugre y decadencia.

10. El apéndice de un manual de psiquiatría me describe, yo que me creía tan peculiar y no soy más que un caso clínico, deberían utilizarme como modelo para una asignatura que se llamara *Psicopatías y fobias sociales*.

Quiero acariciarme y lamerme la herida y decirme que no fue mi culpa.

Lo malo, lo feo y lo brutal provienen de los hombres y no de las comadreas que no saben quedarse quietas. Es mi herida portuguesa, y es una canción tan triste como la balada de un coyote.

Mi madre amaba aquellas verduras, a mi padre le encantaba comer en Casa Gomes cuando los turistas ya se habían marchado y el sol almohadillaba los adoquines de la plaza, las *cenouras* parecían de dibujos animados, la *abóbora* era casi fluorescente, en las hojas de la *alface* siempre encontrábamos caracoles intrusos y el arroz de marisco llegaba a la mesa en una olla de lata: qué familia de chiflados, quién pasaría la frontera sólo para comprar hortalizas y almorzar al aire libre, quién sino nosotros, los coleccionistas obsesivos, los lectores universales, los lusófilos disparatados. Aún había aduanas y garitas con *guardinhas*, casas de cambio, escudos que pesaban como monedas medievales. Cruzábamos el río a bordo de un pequeño ferry, era hipnótico contemplar el tránsito de las medusas sobre las aguas del estuario, decenas de medusas en trance, medusas gigantescas como

neumáticos, papá me aupaba y las señalaba con el dedo para que no me perdiera ninguna, llevan bebés de un lado a otro, me decía en un susurro, las medusas son las cigüeñas de Portugal. Medusas-cigüeñas, arroz de marisco y tarta de galleta: eran estímulos suficientes para una niña de ocho años, pero cuando cumplí esa edad en la que ya no sirven los sobornos mis padres tenían que arrastrarme como a una esclava, nada importaban mis llantos ni mis protestas, me sentía secuestrada por unos padres borrachos y fanáticos de sus costumbres singulares, era tan injusto, soy la única normal de esta familia de locos.

Aquella vez, que fue la última, fui de buen grado. Recuerdo las bromas en el coche, la música del casete y una canción de The Animals que me aterrorizaba como si fuera un cuento de fantasmas, *There is a house in New Orleans*, no, párala, ésa no, *they call The Rising Sun*, párala, por favor, los primeros acordes me estremecían como las grabaciones de aullidos y susurros que emitían en los programas de radio de madrugada, mamá pondría otra cinta y sonaría *The Sound of Silence*, y las dos la cantaríamos a gritos con la letra del padrenuestro de nuestras comunidades católicas, *Padre Nuestro, tú que estás en los que aman la verdad*, pobres Simon y Garfunkel, *haz que el reino que por ti se fue*, el folclore del catolicismo todo lo romaniza, *llegue pronto a nuestro corazón*, todo lo bendice, y *el amor que tu Hijo nos dejó... el amor... habite en nosotros*, Beatles, Dylan, un disparate familiar.

El pan y la mantequilla. El sol de un otoño cálido. Las canciones del colegio. La lectura reciente de *Buenos días, tristeza*, el atrevimiento de Cécile, el beso salino de Cyrill. Una blusa ligera de florecitas inglesas, botas de niña mayor y unos vaqueros tan ajustados que me hacían sentir como una actriz de cine: de pronto ya no me sujetaba el pelo con horquillas ni sabía nada de las *Torres de Malory*, de pronto leía a Sagan, leía *El astrágalo*, leía *Delta de Venus* y caminaba del brazo de mi madre como si fuéramos una familia francesa. Nos detuvimos en un puestecito de artesanía mientras papá se sentaba a leer el periódico y beber cerveza Sagres, yo quería una pulsera de cuero, un collar y unos pendientes. Mi madre bromeó diciendo es muy guapo el chico de aquel tenderete, fijate, tan joven como tú y vendiendo en la calle, qué lástima, deberíamos comprarle alguna cosa, papá apareció detrás de

nosotras un poco borracho, sacudió su periódico sobre el trasero de mi madre y las dos nos reímos como si nos hubieran sorprendido en un episodio pecaminoso, porque lo cierto es que el chico era muy guapo, tan moreno y tostado como imaginaba que sería el Cyrill de Françoise Sagan, tenía los ojos oscuros y no dejó de mirarme, yo agarré a mi padre del brazo y le di un beso en la frente como había leído que hacían esas chicas a las que les parece divertido besar a un señor que comienza a decir charadas.

El almuerzo fue lento y abundante, a la manera portuguesa, mis padres se rieron y se besaron como solían hacer delante de mí, querían tomar café y *amarguinha* y yo comencé a aburrirme de la estampa de la familia soñada, así que les pedí algo de dinero y les dije que volvería enseguida. Mamá se rio con complicidad tendiéndome un billete, mira a ver si encuentras algo bonito, y yo sentí una pizca de rubor al levantarme de la mesa porque en cuanto me diera la vuelta ella diría mírala, tu hija ya es una mujercita, y él protestaría diciendo no me cuentes esas cosas, no quiero saberlo.

Me vi reflejada en los cristales de una tienda de cerámicas, las botas tenían una pequeña alzada que me obligaba a moverme de un modo diferente, no como una niña que corre en la plaza con los brazos abiertos sino como una mujer que no puede evitar que los hombres la miren, me sentí excitada, era imposible que hubiera en ningún lugar una niña-ninfa como yo, cuándo, qué día, qué mañana dejé de ser una mocosa para convertirme en esto, aquí nadie me conoce, quién pensaría al verme que tengo catorce años, sólo de sentir el roce de mis bragas ya comienzo a deshacerme igual que cuando Cat Stevens juega conmigo en la cama, se acabaron los juegos de niños, se acabaron las cocinitas, los indios y los soldados, se acabó el conejo de la suerte si los besos no se dan a oscuras y con las manos atadas a la espalda.

El tenderete del chico guapo seguía abierto. Di algunos rodeos para no parecer tan franca, merodeé y saludé con media voz sin levantar la vista hasta que el chico me dijo si me gustaba algo de lo que veía, y yo temblé preguntando cuánto cuesta esto o bien lo otro, el precio no será un problema, dijo con esa pronunciación tan delicada que tienen los portugueses cuando hablan en mi idioma, y me ofreció unos pendientes de color hueso, y mientras me los probaba me tomó de la mano y me abrochó una pulserita de cuero, es

un regalo, me dijo, yo le sonreí y le di las gracias con una coquetería tan evidente, él se demoró atando el nudo y acariciándome la muñeca, y en ese momento tendría que haberme marchado, tendría que haberle devuelto la pulsera, ¿qué estaba haciendo? Después me acusaría de haber sido tan tonta y tan frívola, cómo pude quedarme allí plantada dejando que sus dedos subieran por mi antebrazo, cómo pude decirle que el color hueso me parecía un poco triste y que me gustaría que fueran rojos o tal vez azules, cómo permití que dijera que detrás de la plaza tenía un almacén para guardar la mercancía, y que si yo lo acompañaba seguro que encontraría unos pendientes azules para mí, ven conmigo, y me tomó de la mano como si fuéramos novios, y así cruzamos el Largo do Comércio y ni siquiera me resultó extraño que dejara el puesto abandonado, mi mano le pertenecía, no había vuelta atrás, me habría dado vergüenza decirle suéltame, no quiero ir contigo, eso nunca lo habría dicho Cécile, no lo dirían ni Babette ni Albertine ni Anaïs, no era un gesto europeo, no era un gesto *literario*. Zigzagueamos por un panel de calles pequeñas, recuerdo de un modo muy vivo cada detalle de aquellos pasos, recuerdo la luz de la media tarde, los azulejos de las fachadas, los adoquines gastados, tan distintos de los que rodeaban la plaza de abastos, recuerdo abandonar una calle mayor para escondernos en otra donde apenas cabría un coche, y recuerdo haberme fijado en una plaqueta de mármol que decía Rua Rodrigues Lobo. Rodrigues Lobo: puede que sea un fotograma inventado y no un recuerdo, es posible que ni siquiera llegara a ver esa plaqueta sino que el nombre viniera a mí como esas imágenes subliminales que se reflejan en el hipotálamo, imágenes que regresaron durante las noches siguientes (tantas) en las que reproduje lo que ocurrió dentro de una casa que en absoluto era un almacén de artesanía, una casa en cuya puerta ni siquiera había pomo ni cerraduras y en el interior sólo escoria y muebles reventados. Y junto al fotograma de Rodrigues Lobo, los dedos del chico oscuro, sus dedos desabrochando el botón de mis vaqueros. Antes de cruzar el umbral quiso saber si me atrevería al resto y me besó en los labios. También por culpa de la vergüenza (¿cómo decirle para, no lo hagas?), yo le devolví el beso, que era el primero de toda mi vida aunque suene un poco tonto decirlo, el primer beso en los labios, su lengua era la cola de un lagarto,

yo una fulanita y él un vaquero que me tomaba por la cintura, y al ver que la fulanita no protestaba el vaquero empujó la puerta del *saloon* y me llevó adentro, y allí ya no importaron tanto los besos como las manos, las suyas abriendo mi blusa de florecitas inglesas y al mismo tiempo, como si fueran tres hombres en lugar de uno, forzar mis vaqueros. Sus manos se desplegaron como las garras de un gorila para abarcar mi culo y mi coño, y también para dirigir las mías hacia su polla, una polla cubierta de pelo de mono, una polla que, como el beso en los labios, también sería la primera de mi vida. Fue entonces cuando pensé que no era un chico sino un orangután, como aquellos con los que los nazis obligaban a follar a las mujeres judías para crear una raza de supersoldados según leí en las revistas de la galería de los horrores. No, el chico no era nadie que pudiera besar a nadie, se había transformado al entrar en la estancia diabólica de los muebles reventados, había olvidado mi idioma y ya sólo hablaba en el suyo, dos dedos se hundieron en mi vagina y yo sentí un dolor tan intenso que comencé a sacudir los brazos como una niña a la que ponen la vacuna y ni siquiera arranca a llorar cuando le clavan la aguja. Una de las garras seguía apretando mi pecho dentro del sujetador infantil que había comprado mi madre, esos sujetadores que se regalan a las niñas cuando todavía no les hacen falta, pero lo soltó porque necesitaba las dos manos para bajar mis vaqueros, tan defensivos, y así darme la vuelta y hacer que rodaran mis bragas y que su polla de mono ocupara el hueco de los dedos. Sentí un frío tan agudo como cuando un cuchillo corta la carne y no ha brotado la sangre pero ya la piel se abre. Debió de ser por el dolor, también por el miedo: lo cierto es que desperté del trance de medusa y grité con todas mis fuerzas como la víctima de una película de terror, la chica que sabe que va a morir en los pasillos de un hotel abandonado y aúlla desesperada. Ni siquiera se resistió cuando lo empujé contra los muebles, cayó al suelo, me insultó en su idioma pero yo no oí ninguna cosa porque ya había conseguido vestirme y batir la puerta con el hombro para correr lejos de Rua Rodrigues Lobo, correr tanto como permitieran mis vaqueros-defensa y mis botas con alzada, pensar en mis padres y en que tengo catorce años y que un chico me ha besado y quiso obligarme y yo no sé si lo que ocurrió significa que lo ha conseguido y que por tanto mi virginidad ya reside para siempre en aquella

casa-escoria, y entonces sería la protagonista desdichada de una novela irlandesa o la víctima de la deshonra en una comedia de capa y espada, pero no, no había sangre en mis vaqueros, el frío y el dolor habían desaparecido, no sabía cuánto tiempo había pasado y temía que mis padres y la *guardinha* anduvieran buscándome enloquecidos como en *Twin Peaks*. Comprobé que no faltaba ninguno de los botones, seguí trotando, me miré los brazos, busqué marcas o heridas, me arranqué la pulsera de cuero, me ordené el pelo con los dedos, comencé a caminar despacio para recuperar el aliento y entendí que todo había ocurrido en apenas diez minutos, mis padres seguían en la terraza de Casa Gomes como si no hubiera pasado nada, las tazas de café aún calientes. Me senté a su lado, mi madre me buscó la mirada con complicidad, son bonitos esos pendientes, dijo sonriendo, y caí en la cuenta de que aún los llevaba puestos.

Por el mismo sentimiento de vergüenza que me impidió retirar la mano y rechazar el beso, supe que no me desprendería de ellos, los conservé durante muchos años hasta que debí de perderlos en una mudanza. También supe que nunca le contaría nada a nadie y que sería capaz de no llorar, no arrepentirme, no convertirme en una niña dolorida y abusada que repite incesante su historia de oprobio y resentimiento. Quiero irme a casa, les dije, estoy cansada, y con esa frase comenzó el drama costumbrista: mi padre había bebido mucho, a mi madre le asustaba conducir, discutieron, siempre haces lo mismo, bebes como un animal, mi padre dijo que podía llevar el coche sin ningún problema, mi madre le quitó las llaves, ni se te ocurra, él pagó la cuenta, ella tiró de mí diciendo ya lo echó todo a perder. Durante el trayecto guardamos silencio. Mi padre roncaba, mi madre arañaba el volante y yo sólo veía las imágenes repetidas de Rodrigues Lobo.

Aquella noche temblé de excitación y de verdadero miedo en mi cuarto. El chico oscuro había despertado una célula durmiente, un sistema en letargo que románticamente fue diseñado por Cat Stevens, pero que vino a encarnarse en Rodrigues Lobo como el hijo de Dios en el cuerpo de Jesús de Nazaret. Durante mucho tiempo temí que me besaran y me tocaran pero también deseaba que lo hicieran pronto, como si esa presencia sólo pudiera desaparecer con besos consentidos. Al menos era muy guapo, pensaba, y el

pellizco del placer y de la culpabilidad hacía que me volviera loca de autocompasión. Para aquella niña de catorce años el chico Rodrigues Lobo fue su primer novio de carne y hueso, un novio de diez minutos, pero tan real como cualquier otro. Luego pasó el tiempo, nuevos novios me besaron, me tocaron el culo y quisieron abrirse paso en un territorio quemado. Hallazgos de primerizos: eran unos críos, me cuidaban, me hacían regalos y sufrían por mis desprecios, y eso me reportaba una triste veteranía de mujer en uso.

La causa y la consecuencia, el ovillo de la chica-comadreja. Quiero acunarme y besarme y decirme que no fue mi culpa, es una ley universal. Si no tuvieran miedo de la policía, de la cárcel, de sus padres, de sus esposas, del estigma, del castigo de los dioses, si durante veinticuatro horas no hubiera represalias ni memoria en el mundo, no habría un solo hombre que no se lanzara a la calle para capturar niñas-ninfas y hundirlas y montarlas y reventarlas a golpes y romperles la columna vertebral como si fueran figuras de videojuegos. Todas las mujeres de Budapest fueron violadas cuando los soldados rusos entraron en la ciudad, niñas de ocho años y ancianas de ochenta, todas, y lo mismo hicieron los americanos y los ingleses en el frente del oeste, y los japoneses en el Pacífico, y cualquier hombre que se haya sentido dueño de un territorio. Un día yo haré lo mismo, y ellos serán mis mujercitas, un día formaré una hermosa colección de cabezas cortadas, un *tasbih* de carne y cartílago para no olvidar los noventa y nueve nombres de Dios, y ese día no está muy lejos, debo estar preparada.

Por eso me mudé a este barrio.

Para aprender de ellos.

11. Observo con interés antropológico a los hombres de las casacas de lino, hombres oscuros que se saludan con ceremonia, las manos sostenidas mientras conversan, hombres espirituales que se dirigen cumplidos, la paz sea contigo, contigo sea la paz, no tienen prisa, se detienen en la calle y hablan amistosamente. Amo en secreto a uno de ellos, un varón ocre y delgado, la nuez se mueve en su garganta con vida propia, debajo de sus pantalones puedo radiografiar una formidable herramienta árabe. Capo del barrio,

argelino o libio, mujer e hijos con toda probabilidad, imagino la lencería sexi que ella viste debajo del *niqab*, el maquillaje, las medias de nailon con las que hará revivir al monstruo, deseando que los niños se acuesten para lanzarse sobre el privilegio de su marido y ofrecerle mucosas y argumentos que hagan que se olvide de mí cuando paso a su lado y accidentalmente —las aceras son tan estrechas— mis rizos rozan la manga de su casaca como pavesas diabólicas. Hoy me ha mirado con largura, sus ojos hacían pinza sobre mis pechos, era tan evidente. Lo llamaré Suad, ni siquiera sé si es un nombre árabe o si acabo de inventarlo pero me he imaginado susurrando esa sílaba en su oído como hacía conmigo Cat Stevens, los demás lo conocerán como el Emir, lo tratarán con respeto y miedo venerable, yo me convertiré en su amante blanca, una perra que lame las huellas de su amo. Suad, ladraré, y él me verá cuando quiera, cuando le venga en gana.

Mi barrio es Damasco, es Riad, es Argel, el autobús que me lleva al trabajo es un Boeing 747 que cruza dos continentes. Cuando recién llegué aún había tiendas europeas, pero al cabo cada comercio de la calle principal fue purificado por la hermandad de las casacas de lino. Aparecieron dispensarios de *shawarma* y otras ricuras mediorientales, bazares de telefonía, tiendas de textiles en cuyos escaparates se exhiben *niqabs* de una manera tan ridícula que me haría sonreír si no fuera espeluznante. Me parece oír la voz de mi papá diciendo vigila tus prejuicios, niña, y la voz de los catequistas diciendo no juzgues y no serás juzgada, corderita. Cretinos. No son mis prejuicios: son mis manos, mis pies y mis monedas, las monedas que ellos aceptan con reparo, aguardando a que las deposite sobre el mostrador o sobre una pequeña bandeja para que ni siquiera por accidente puedan rozarme una yema. Me pregunto si las esterilizan después, o si ante su dios el dinero de los gentiles sirve para la misma cosa.

Al llegar al intercambiador de autobuses la negrura del barrio comienza a disolverse: hay niños blancos como en una reserva genética, hay universitarios que teclean en sus pantallas privadas, hay ejecutivos pálidos que llevan mochilas al hombro como si fueran estudiantes en lugar de agentes de seguros o corredores de bolsa, cualquiera de esas profesiones que permiten tener casas, coches, hijos que crecerán en barrios pacificados, caminar detrás

de ellos es un estudio de etnografía. Ejecutivos *junior* de vuestras pequeñas empresas, escuchadme: quizá yo no sea tan lumpen como pensáis ni vosotros tan burgueses como yo imagino, el sistema, cualquier cosa que sea, nos permite jugar en el mismo tablero y se fortalece con nuestra diferencia, el sistema dice que yo no debería desear que vuestras cabezas acaben clavadas en una pica, que no debería soñar con revoluciones y hogueras ardiendo porque vosotros sois los clientes naturales del *bristot* y yo os sirvo esos ridículos menús vegetarianos y recibo a cambio mi sueldo de supervivencia, os necesito tanto como el buey al picabueyes, y vosotros me necesitáis para que blanda una sonrisa y os desee que tengáis un buen día, y pensaréis en mí durante algunos minutos, y os preguntaréis de dónde habrá salido esa chica tan extraña.

Pasan junto a la bandeja de los periódicos gratuitos y los atrapan a ciegas. En la portada hay una fotografía tan espeluznante como la carátula de un VHS de los años ochenta, una fotografía de grano disperso donde aparece una figura vestida con *niqab* y guantes. En la mano izquierda sostiene un objeto esférico que pudiera ser el bolso de una señorita que acude a un baile. Policías armados con fusiles de asalto. Una calle comercial, tiendas con carteles en alfabeto cirílico. Es Moscú. En el centro de la escena, una mujer grita Alá es grande. No es un bolso de carey sino la cabeza de una niña de cuatro años. Los policías la encañonan, temiendo que esconda el elemental cinturón de explosivos. Se supo que se trataba de la niñera de unos empresarios uzbekos, se supo que ese día realizó abluciones rituales en el baño cuando los padres ya se habían marchado, se supo que buscó entre los cuchillos de la cocina, que encendió la TV, que decapitó a la niña mientras veía dibujos animados. Esforzado trabajo: separar la cabeza del cuerpo, incluso aunque la víctima sea una niña pequeña con huesos y vasos blandos, el cuchillo cortará la aorta con facilidad y la niña morirá desangrada en unos instantes, pero luego queda hundir la hoja y aserrar las piezas, romper los tejidos, las vértebras, y mientras tanto en qué piensas, qué escuchas si acaso la TV sigue encendida, si rezas o si procuras no oír los gritos de pánico del hermanito que te observa, tal vez deberías probar con un cuchillo de sierra, ya casi lo consigues, sólo tienes que pisar el pecho de la niña que cruje bajo tus

suelas y al fin tirar con las dos manos para desmembrarla, y ahora decides si bajarás a la calle por las escaleras (son cuatro pisos) o por el ascensor, y te preguntas si podrás soportar tu imagen en el espejo con eso en las manos, tus ropas cuajadas de sangre tan caliente como si aún estuviera dentro de su cuerpo. Tomaste drogas, tu marido te había repudiado, necesitabas ayuda psiquiátrica urgente, los padres te pidieron que no volvieras la próxima semana, te pagarían una pequeña indemnización, tu comportamiento en los últimos días era tan irascible que los niños estaban asustados, no es preciso que en casa vayas vestida de esa forma, bastaría con un *chador*, los niños necesitan verte la cara para saber si les riñes o si sonríes cuando hacen alguna trastada, ese consejo fue una ofensa, una provocación, un menosprecio de tus convicciones religiosas, yo no soy una puta rusa, señor, yo no iré vestida con un *chador* para que se te ponga dura al verme, la civilización europea se extinguirá cuando todas las niñeras decidan acabar con los hijos de sus patronos, la tristeza hundirá el continente, un ejército de niñeras que actuaran al unísono sería suficiente para derribar a la vieja vaca Europa, degollada en el altar de los sacrificios del verdadero dios que todo lo puede, el dios que te convence de que es justo y prudente caminar por las calles de Moscú sosteniendo la cabeza de una niña de cuatro años.

Cabezas cortadas. Hace mucho de esto, cuando internet era un territorio salvaje sin temor a la vigilancia cibernética, antes de las encriptaciones y las brigadas antiterroristas, antes de que surgieran las redes sociales donde cualquier exceso sería denunciado, mucho antes de que fuera necesaria la existencia de la *deep web* y de que yo pudiera imaginar que acabaría viviendo rodeada de los futuros moradores de Dar as-Salam. Y apenas un poco después de que la galería de los horrores de mis padres despertara en mí el deseo de ver lo que no se debe. Internet apareció en los comienzos de mi licenciatura suicida, los motores de búsqueda eran muy lentos pero yo tenía todo el tiempo del mundo y en la biblioteca de la facultad pusieron un par de ordenadores con libre acceso. Cada tarde, después de las clases inanes, apuntaba mi nombre en la hoja del registro y me desgastaba delante de la pantalla leyendo artículos nauseabundos sobre cualquiera de mis obsesiones. Sentía una fascinación sin límites por aquel nuevo cosmos y pude convencer

a mis padres para que contrataran una línea doméstica que terminaría por convertirme en yonqui. Yonqui de cam4, de *fanfics*, de *creepypastas*, de los relatos sobre la muerte de Kurt Cobain, de la francmasonería, de automutilaciones y autofagias, de prolapsos, de Slenderman, de Ted Hughes y Sylvia Plath, yonqui de todo cuanto se hubiera escrito sobre Jon Venables y Robert Thompson, el audio de su confesión en aquella comisaría de Liverpool, sus voces infantiles, el llanto mucoso de Robert y la severidad de Jon, los asesinos-niños, sus imitadores y sus precursores, y Charles Manson, y Eddie Gein, y el resto de las celebridades del comité. Mis padres pensaban que me encerraba para estudiar duro, era el tiempo en el que accedías con un clic a las plataformas de intercambio de archivos donde se computaban las barbaries de la especie humana, bizarrías, constelaciones de atrocidades, malformaciones, ejecuciones, parafilias catalogadas con rigor enciclopédico, *splatstick*, *mondo*, *torture porn*. Y yo gozaba mordiéndome el labio mientras transcurría la descarga, escondida en mi cuarto y dudando de si esta vez me atrevería a mirar la pantalla. Tenía veinte años, y a esa edad la culpabilidad debería mitigarse en todos los casos, la culpabilidad y el pecado, el pecado y el castigo que cada vídeo me infligía, el castigo olímpico de no poder olvidar una porción de imágenes que guardo en un registro indeleble.

Hubo una pequeña pieza que aún me persigue: dos guerrilleros chechenos y un soldado ruso de rodillas, el de la izquierda tiene la barba pelirroja como un pirata de cuento, el de la derecha sujeta la cabeza del soldado jovencísimo mientras blande un cuchillo de monte, hablan con furia, quitándose la palabra de la boca hasta que comienzan a gritar oraciones o arengas, derriban al soldado que parece recién salido del instituto, la cámara enfoca su rostro de puro pánico, una bota militar pisa su frente como un cerrojo, interviene el cuchillo, curvo y con dientes, la punta se hunde en la tráquea, la hoja se desliza separando el músculo, los dientes seccionan el tubo como en un dibujo de anatomía, la sangre forma burbujas jabonosas, los versículos siguen sonando mientras el chico se desangra y yo me arrepiento de haberme atrevido a mirar porque ya no seré capaz de cerrar los ojos y ver nada distinto de los suyos, la suela, el cuchillo de monte, el crujido vegetal de la tráquea de un niño uniformado que me perseguirá como un ánima romántica, me

persigue, aún me persigue por mis pecados, se arrastra junto a mí con la boca ensangrentada y la garganta rota, a veces lo veo sentado en el autobús y me mira con los ojos vacíos, me gustaría darle consuelo, besar su herida, decirle que ya terminó todo, que ni su dios ni el tuyo importan demasiado.

Ese soldado ruso vive en una cápsula indestructible dentro de mí, una cápsula donde habitan Jon Venables, Robert Thompson, Iria, Raquel. Lo que yo nunca haría por miedo y por asco ya lo hicieron ellos en mi lugar, son los personajes de un videojuego privado. Me asustan los cuchillos y las agujas, sufrí náuseas cada vez que tuve que sacarme sangre, nunca fui capaz de afeitarme el pubis y sin embargo siento una atracción delicuescente hacia sus historias y sus hazañas, cómo pudo hacerlo Raquel, cómo sus brazos de dieciséis años empuñaron la navaja con tanta fuerza para atravesar el abrigo de Clara, la lana del jersey, la camisa, la piel, los órganos vitales. Iria sujetó fuerte a la víctima, era eso lo que habían acordado, pero una cuchillada perdida alcanzó su muñeca y aflojó la presa, Clara intentó escapar, nadie escucharía los gritos de auxilio en aquel descampado de San Fernando, tuvieron tiempo para derribarla y terminar con todo, Raquel hizo el trabajo bárbaro mientras Iria aplaudía entusiasmada. Sobre un ladrillo habían dejado una botella de cerveza de la que bebían a medias, cuando terminó todo volvieron a beber de ella, no tenían demasiada prisa en marcharse, eran dos chicas muy listas y sabían que las atraparían, fueron a algunos bares, se dejaron ver, no se separaron hasta que llegó la hora de volver a casa.

Lo bueno de ser pobre es que no puedo pagar un recibo de ADSL, lo malo de tener memoria es que sigo siendo culpable de cuanto vi y cuanto pensé, culpable de mis propias pesadillas autoproducidas. Nunca le hice verdadero daño a nadie, pero cometí tantos pecados con los ojos que harían falta siete infiernos para mí, siete casas vacías sin luz ni agua ni juguetes ni distracciones. Así imagino mi condena: abro la puerta para escapar y al otro lado encuentro una casa idéntica sin muebles ni cuadernos, paredes empapeladas con vinilos, lámparas de cristal, ventanas cegadas, yo necesitaba imaginar un castigo semejante porque sólo así volvería a creer en la justicia del viejo dios de los libros de texto.

Una noche, muy tarde, después de ver una porción de cosas que nadie

debería ver, escribí un *creepypasta* sobre la leyenda de Slenderman. La mayor parte del argumento lo copié de los sacos de mierda donde solía hurgar, y el resto lo escribí en apnea, cuatro o cinco páginas con largos párrafos y adjetivos estridentes. Testimonial, primera persona. Descripción de la casa y del cuarto, fingida intensidad, un pastiche vivencial. «La nueva casa estaba rodeada de árboles. No vivíamos en ninguna montaña solitaria ni en ningún bosque encantado sino en un condominio burgués donde se aburrían otras familias como la nuestra», y así seguía. Condominio, me gustaba incluir palabras de ese tipo en un *creepy* para analfabetos, condominio, vestigio, duplicidad, yo era una chica muy soberbia. La separación de mis padres, mi hermanito pequeño y tan querido, mi hermanito-mascota, oír que mi madre lloraba en la cocina, fingir que no pasaba nada, jugar con mi hermano en su cuarto para que no sepa lo que ocurre. Me levanté en sueños una noche y caminé sonámbula hasta el escritorio. Sonámbula. Desperté con el recuerdo de que algo había ocurrido, y allí mismo, sobre la mesa donde hacía mis deberes escolares, encontré treinta páginas arrancadas de un cuaderno, y en cada página la imagen de un círculo atravesado por un aspa. Comencé a oír voces dentro de mi cabeza, voces que hablaban en un idioma que no entendía. A veces sentía un frío repentino, las uñas se me amorataban, de mi boca salían nubes de vaho. El dibujo del círculo y del aspa aparecía en cualquier parte, creía verlo en las etiquetas, en los anuncios de TV, en la disposición de las estrellas en el cielo. Pensé que me estaba volviendo loca, busqué su significado en la red y fue entonces cuando pude ponerle un nombre a lo que me sucedía: el círculo y el aspa significaban algo atroz, significaban Slenderman. Sigo siendo incapaz de contarle a nadie quién era y qué hacía dentro de mi cabeza, y por eso lo escribo. Tiré todos los dibujos, intenté pensar en otras cosas pero las noches de sonambulismo se repetían sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Desperté con un intenso dolor en el brazo, a la altura del hombro. Encontré una herida superficial pero aún sangrante. Junto a la cama había unas tijeras abiertas. Pude limpiarlo todo antes de que me descubrieran. Me moría de miedo cuando llegaba la hora de acostarme, mi madre notaba que algo sucedía, supongo que pensaría que mis llantinas y mi nerviosismo eran culpa de la separación, de la mudanza, cambios tan

bruscos y traumáticos para una adolescente demasiado silenciosa y demasiado infantil para su edad, fíjate, sigue jugando a las muñecas. Todo concluyó cuando sufrí el último episodio, el más severo. Aún dormida, bajé a la cocina, tomé un cuchillo, volví a subir las escaleras, abrí la puerta del cuarto de mi hermano, me acerqué a su cama, lo destapé, levanté su pequeña camiseta, y justo antes de que hiciera algo irremediable hubo un resorte dentro de mí que consiguió despertarme del trance. El cuchillo cayó al suelo con el estrépito de una espada. Mi pequeño y tierno hermanito. Imaginé su perfecta piel y su cuerpo mullido atravesados por la hoja. Volví a mi cuarto en silencio, abrí la ventana, era madrugada, quise respirar aire fresco y fue entonces cuando detrás de los árboles del condominio (árboles podados civilizadamente, sin fronda) pude divisar la figura de un hombre demasiado alto para parecer humano, un hombre sin rostro, sin ojos, sin boca, sin nariz, apenas una máscara blanca e inexpresiva que pareció mirarme durante un instante antes de desaparecer en la oscuridad. Quiero pensar, escribí en las últimas líneas del relato, quiero pensar que ese hombre era Slenderman y que se despedía de mí, que se marchaba para siempre reconociendo su derrota, pero lo cierto es que aún siento el pellizco del miedo cuando cierro los ojos, y me pregunto si no volverá a ocurrir, si regresarán los sueños, las voces incomprensibles, las incursiones, y entonces me agarro muy fuerte a mi marido, que cuida de mí como un perro guardián, y le pido que no se aleje, que no me deje sola, que no permita que nadie le haga daño al bebé que duerme a nuestro lado.

Cerré el documento y subí el texto a una plataforma de intercambio de archivos, madrugada, me sentía exhausta como si hubiera escrito un gran tratado, un relato magistral. Claro que era una verdadera mierda, parodia antiliteraria para cerebros reblandecidos por la luz de la pantalla, pero era una mierda muy efectista y muy *creepy*, y también era una obra cerrada, principio y fin, mis obras completas.

Lo que ocurrió después hizo que me arrepintiera hasta las lágrimas.

A la mañana siguiente, apenas seis o siete horas después de que el relato estuviera disponible, aparecieron en mi bandeja los comentarios, las menciones y los elogios habituales de una comunidad amistosa. Poco después

recibí algo muy diferente. Era una nota perturbadora que parecía escrita por alguien que no conocía bien el idioma, he leído tu relato con asombro, busco una explicación para las cosas que ocurren en mi cabeza, yo también oigo voces que no entiendo, yo también hago dibujos sin pensar que los hago, guardo los lápices y los bolígrafos, los escondo, también los cuadernos, y vuelven a aparecer en la mesa, mis dibujos son diferentes a los tuyos, apareció una herida rara en mi vientre, pienso que he sido yo misma, estoy asustada, no quiero contar nada a nadie, no puedo hablar con nadie de esto, mi marido ya no vive conmigo, dice que no va a volver, llevo tres días sin dormir porque tengo miedo de que cuando duerma no pueda evitarlo, tres días sin dormir es mucho tiempo, ojalá fuera tan valiente como tú, las voces son fuertes, mi bebé tiene cinco meses, mi bebé, mi pequeño bebé precioso, sólo hay una manera de que no le haga daño, sólo hay una manera, gracias por tu relato, has sido un ángel para mí.

Escribí de vuelta enseguida, le dije que todo era una invención, que había copiado párrafos enteros de otras páginas, que no existía ningún bebé, ningún hermanito, que nunca había oído ninguna voz, que todo era falso, le rogué que me contestara diciéndome que aquello era una broma, otro *creepypasta* privado y en cadena, no podría cargar con el peso de la culpa, por favor, contéstame, supliqué.

Pasaron las horas, los días. No recibí ninguna respuesta.

Ninguna.

Si alguna vez Slenderman o cualquier otra criatura debiera haberme castigado, si alguna vez un dios o lo que fuera tuviera cuentas pendientes conmigo, si merecí un castigo fue entonces, fue ese día, esa madrugada, y fueron las siguientes, y también las siguientes a las siguientes.

Escribir sólo sirve si nadie va a leerlo, todo se vuelve estúpido y trágico cuando esperas la alabanza de alguien, la aprobación de alguien. Por eso este cuaderno desaparecerá en cuanto trace la última palabra sobre la última página, y sabiéndolo escribo de otro modo, y me siento ligera y agramatical cuando lo hago, todo ocurrió hace demasiado tiempo y quizá fue mentira, quizá no hubo bebé ni voces ni heridas ni cuchillos en ninguno de los dos relatos, y tampoco los habrá en las hojas de este cuaderno, un cuaderno que

no sirve para ninguna cosa salvo para entretener un pensamiento ocioso y tal vez enfermo, o tal vez demasiado cansado, cansado de residir dentro de la misma cabeza cortada, cabeza cortada a golpes con una herramienta sin filo, dime a quién no le pasa.

12. A veces el miedo es una cuerda que nadie sostiene, un terror invisible e infantil, el miedo a una habitación vacía y a un pasillo oscuro, el miedo a la respiración de las casas por la noche, miedo inconsistente y ligero que desaparece si alguien está contigo. Pero otras veces tiene verdaderos rostros, rostros no fantasmales: ocurrió al comienzo de las redadas migratorias, después de la última cadena de atentados, los periódicos no hablaban de otra cosa, el gobierno había aprobado leyes que restringieron los visados y eliminaron las concesiones de asilo, hubo tímidas protestas, manifestaciones, recogida de firmas, mesas petitorias, grupos de solidaridad que desaparecieron abrumados por el dolor de los ataques terroristas y por la certeza de que sólo un puñado de compatriotas pensaba como ellos, el humanismo languidecía, la mayoría estaba convencida de que había que combatir a los extranjeros con todas las medidas posibles, en todos los frentes. Al fin y al cabo, los atacantes siempre eran musulmanes, musulmanes que quizá habían nacido en el propio país pero cuyas familias procedían de otro lugar, y entonces qué más da dónde se ponga el arranque de la historia cuando lo cierto es que nunca debimos dejarlos entrar, ni a ellos ni a sus padres ni a sus abuelos, a quien trajera la semilla negra al país blanco.

Me había bajado del autobús en el límite del segundo círculo, cuando de pronto me soliviantó la voz de una chica que me llamaba con la perfecta entonación que sólo se oye en los informativos. Me detuve. Dos jóvenes, ella de ojos claros, confiada, él alto y robusto, un guapo de viñeta. Los dos me parecieron muy atractivos. *Ojosclaros* me enseñó veloz una placa donde pude ver el emblema de la brigada migratoria. Me permite su pasaporte, dijo sin ninguna interrogación en la melodía. Y al oírlo fue como si me abrieran el pecho con los dedos.

El pasaporte. Las tarjetas identificativas ya no tenían ningún valor, todo

dependía de ese antiguo librito tan siglo XIX, como el salvoconducto de una película clásica, y puede parecer una estupidez pero se convirtió en un objeto tan valioso que parecía irresponsable caminar con él de un lado a otro. Fue la última vez que cometí ese error, ahora siempre lo llevo escondido en una faltriquera, pegado a mi piel debajo de las blusas y los abrigos. Si dejara de percibir su contacto creo que volvería a sentir la misma desolación que cuando aquella pareja de agentes disfrazados de novios saludables me dio el alto en mitad de la calle.

Guapodeviñeta me tomó del brazo con una ligera presión y me pidió que los acompañara a un lugar discreto, donde tendrían que hacerme unas preguntas. Intenté mantener la serenidad diciéndome que no había nada que temer, que me precedían mis derechos, caminar sin el pasaporte no podía ser algo tan grave en un país civilizado, pensé que me llevarían a la comisaría o a un furgón de atestados y que todo acabaría con una amonestación, pero en lugar de eso me condujeron al soportal de un pub para turistas que a esa hora aún estaba cerrado. Un sótano, me obligaron a bajar una escalera de metal hasta un sótano que parecía la entrada de un montacargas, sillas de terraza y barriles de cerveza, olía a grasa, a neumático y a trabajo mecánico. De dónde eres, dónde vives, cuánto tiempo llevas en este país, tienes condenas anteriores, has sido detenida o juzgada, por qué andas por ahí sin documentación, conoces las normativas específicas para los extranjeros, un extranjero que transite en un lugar público sin documentación está cometiendo un delito contra la seguridad nacional, conoces esas normativas, entiendes bien mi idioma, dime, las conoces, dónde está tu pasaporte, lo has olvidado o lo has perdido o lo has vendido o nunca lo tuviste.

Ojosclaros hacía todas las preguntas y yo intentaba responderlas con exactitud pero a veces me trababa, maldiciéndome por cada error como si fuera un examen de ingreso. Apellidos, domicilio, lugar de trabajo, dijeron, y entonces, sin saber por qué lo hacía, les di una dirección falsa, como una niña sorprendida en el pasillo cuando tendría que estar en clase y dice voy al despacho de la directora, y el profesor se ofrece a acompañarte y por el camino te preguntas por qué has dicho eso, por qué no confesaste el pequeño desliz de haberte entretenido en el patio, qué cara pondrás cuando te obligue a

llamar educadamente a la puerta y oigas adelante, pasa.

Guapodeviñeta sacó del bolsillo un dispositivo y registró los datos, ahora sí que estoy perdida, me dije, descubrirán el engaño y me llevarán a un centro de detención, me subirán a rastras a un avión militar y me expatriarán a un país intermediario de los que se hacen cargo de los intrusos a cambio de beneficios comerciales. De dónde dices que eres, volvió a preguntarme *Ojosclaros*. Contesté. No te creo, dijo, sé reconocer los acentos, y tu cara y tu acento me dicen que eres de un poco más abajo. Le prometí que decía la verdad, y cómo puedo creerte si no tienes pasaporte, ésa es la única verdad que existe, nadie puede caminar sin pasaporte, sólo los ciudadanos nacionales, lo sabes, conoces la normativa, todos la conocen, y tú no eres una ciudadana nacional, ¿verdad que no lo eres?, ¿verdad que vienes de muy lejos? ¿Cómo de lejos? ¿Muy muy al sur, o muy muy al este?

En el trabajo, dije, en el trabajo tienen mis datos, y mi número de la seguridad social, tartamudeé. Mira, yo no voy a ir a tu trabajo, interrumpió *Guapo*, abrupto, no voy a perder toda la mañana contigo, ya comienzas a cansarme. Hasta ese momento habían sido amables salvo por esa pinza ejercida en el codo para hacerme bajar la escalera. *Guapo* se desabrochó la chaqueta, pude ver unos guantes de cuero prendidos de su cinturón. *Ojosclaros* intervino. Vamos a calmarnos, dijo. Habla un poco, ya te he dicho que soy buena con los acentos, habla a ver si descubro el tuyo.

Habla.

Y yo sentí que había olvidado el idioma, no era capaz de elaborar ninguna cosa.

Habla.

Una nube en mi mente, no encontraba las palabras, confundía las inflexiones.

Habla.

Delante de cualquier hablante nativo me atenazaba la inseguridad.

Habla de una vez, gritó.

Y entonces comencé a hablar sin saber lo que decía, le hablé de mi familia, de mi país, de por qué decidí marcharme, por qué vivo en el barrio donde vivo, le hablé de Azra y de nuestra casita de refugiadas, le dije que

todos tenían razón, el gobierno, los diputados, los contribuyentes, los votantes blancos, Marion Maréchal, todos tienen razón cuando dicen que cada uno debe quedarse en su país y no moverse demasiado porque no es cierto que te esperen grandes oportunidades en ninguna parte, volveré a casa, lo prometo, volveré a casa porque nada de lo que hago aquí sirve de mucho, lo siento, ha sido un gran error, dije, incluso estuve a punto de arrojarme a sus pies y lamer sus tobillos, no soy fea, podéis hacer conmigo lo que os apetezca, también puedo daros dinero, un poco de dinero, lo siento mucho, mucho, perdonadme.

Se rieron de mí. Se rieron a carcajadas. Para ya, gitanita, ya basta. Escucha, tu nombre y tus datos ya están registrados en el sistema, si te vuelven a detener sin documentación se aplicará el procedimiento. Mira a esta cámara, vamos a grabar tu conformidad. ¿Has entendido los términos de la amonestación? ¿Estás de acuerdo? Contesta sí a todas las preguntas y terminaremos enseguida. Basta. Y ahora márchate.

Me fui dando tumbos por la escalera mientras oía sus risas a mi espalda. Lloré de rabia y de terror injustificado como si hubiera sido víctima de un verdadero asalto de la Gestapo, fui incapaz de soportar un leve zarandeo, si formara parte de una organización clandestina habría delatado a todos mis camaradas. Tiritaba, corría por la acera y sólo me detuve cuando recordé que mi turno estaba a punto de comenzar. Me temblaban las manos, un sudor helado se deslizaba por mi espalda, no podía sostener ni un vaso de café, ocho horas difíciles, no me atreví a contarle nada a nadie, ¿de veras parecía tan sureña?, ¿de veras se notaba de un vistazo el cargo de miseria que llevaba auestas? Gitanita, dijeron. Yo creía que no era muy diferente de cualquier mujer europea y resultó que ese par de agentes enseguida me distinguió en mitad del bullicio de la mañana, gitanita, como si encima de mí titilara un rótulo con mi edad, mi peso, mi altura, mi origen racial, mi nivel de peligrosidad. Tal vez ni siquiera fueran verdaderos agentes sino unos pirados supremacistas, matones que se entretenían abusando de corderitos. Gitanita, dijeron. La ciudad palpitaba después de los atentados, hubo disturbios islamófobos, pillajes, saqueos, aquellos dos falsos agentes parecían tan hermosos y sonrosados como los hijos de las buenas familias conservadoras,

quizá todo había sido una trampa. Jugaron conmigo, sólo pretendían asustarme un poco. Al fin y al cabo había tenido suerte, yo no era musulmana, me dejaron ir, pensé en los chicos eritreos a los que continuamente atosigaban en la calle, esos chicos flacos que mendigaban y hurtaban y que corrían como gamos cuando veían una patrulla, esos chicos que vivían amontonados en un garaje y que antes o después caían en la trampa de las brigadas, y esta vez sí padecí una rara solidaridad racial que habría hecho que mis padres se sintieran orgullosos de mis principios morales, y pensé que la pobreza es una casa de inquilinos con muchas habitaciones, y crees que tu cuarto es el más angosto y húmedo hasta que un día, al cruzar el pasillo, se abre la puerta de una habitación y miras y ves las sábanas hechas un ovillo, restos de comida en una bandeja de aluminio, una bolsa de plástico llena de ropa, un armario desvencijado, una mesa con dos sillas desparejas, y ese olor a cepo, a forajido, a cárcel abierta.

A veces sueño con la inmolación definitiva, sueño que camino por cualquier calle y sin pensarlo me detengo, hurgo debajo de la ropa, abro la faltriquera, saco el pasaporte y lo arrojó a las cloacas o la boca de un contenedor subterráneo. Qué ocurriría, qué sería de mí. No podría renovar el permiso de trabajo ni el abono de transporte, no podría comprar billetes de vuelta, perdería mi contrato, mi identidad, mi teléfono, no tendría ninguna defensa frente a las brigadas, abandonarí mi cuarto, me despediría de Azra para siempre, buscaría el amor de un chico eritreo, un chico delgado como una mangosta que me permitiera dormir a su lado en el garaje, me alimentaría de las sobras de los que se alimentan de sobras y ofrecería a cambio mi único patrimonio, y cuando al fin quedara embarazada desearía mi muerte e incitaría a los demás huéspedes del garaje y conseguiría que se abalanzaran sobre mí y golpearan mi cabeza contra el cemento. A veces sueño con esas cosas, y me asusta pensar que un día pueda llegar a hacerlo, como si esa criatura llamada Slenderman sostuviera tensas las riendas y azuzara con las espuelas. No hay nada que me resulte más atractivo que la desaparición. He adorado las películas apocalípticas, las novelas distópicas, los cómics donde la especie humana se extingue y otros seres pisan nuestras huellas y se lamentan de nuestra fiebre autodestructiva. Durar, perdurar es tan estúpido

como escribir yo estuve aquí en la puerta del baño, mi cuaderno es un *shuriken* que lanzaré muy lejos al doblar la última página.

13. Lejos mis padres, lejos mis amigos y mis compatriotas, lejos la fiera Marieta de los dieciséis años, perdida ya en el túnel del tiempo: a quién tengo, quién sigue a mi lado. Pienso en el chico-músico que dice que tanto me ama, y pienso en la trémula Azra, que tiene dientes de princesa, puedo oír el motorcillo de su cepillo eléctrico detrás de la puerta del baño, es cuidadosa con sus uñas, con sus zapatos, con su ropa, el *hiyab* no deja ver el nacimiento de sus cabellos pero tampoco es el manto de una viuda, a veces lleva gasas translúcidas de distintos colores que alterna con coquetería, otras veces se perfila los ojos de un modo vagamente egipcio, Azra es un caramelo islámico, una *chebakia* de almendras muy apetecible. Pequeña y delgada como una niña de doce años, siento deseos de abrazarla cuando entra en la cocina, conozco muy bien sus horarios, sé cuándo almuerza en casa y cuándo llega demasiado tarde, sé cuándo no desea ser molestada porque apenas tiene tiempo para preparar alguna cosa que pueda comer de camino, nuestros encuentros son citas imaginadas que yo planifico con habilidades estratégicas.

El trabajo. Me mintió. Azra-traidora me mintió igual que mintió a sus padres diciendo que continuaría con aquella ingeniería imposible, aseguró que este curso había elegido menos asignaturas, que no volvería a ocurrir lo mismo que el año pasado, cuando sufrió aquellos ataques de ansiedad y me pidió que la acompañara a un hospital porque estaba sola y tenía tanto miedo, el pecho le latía como un tambor, en la sala de espera fui tan amable con ella como lo sería una hermanita, una amiga de todos los años, aguardé a que le hiciera efecto la medicación y volvimos a casa en autobús, fraternales y silenciosas, me dio las gracias, yo sonreí sin decir nada, nos sentamos en la cocina y preparé té para las dos, no hice ninguna pregunta indebida, me sentí orgullosa de ser tan discreta, tan prudente, la satisfacción de ayudar a quien lo necesita, de disfrutar de su padecimiento. Así es el catolicismo.

Pobrecita, un alma solitaria, una oveja perdida, los estudios eran

demasiado caros y demasiado difíciles pero cómo contárselo a sus padres, lo dejó todo, mantuvo el engaño y la ciudad mecánica acabó devorándola. Hace tiempo descubrí que trabaja en un Cash Converters (¡jella, la prometidora ingeniera!), pude ver una arista de su uniforme debajo del abrigo y quise decirle que no era necesario que mantuviera la comedia, que lavara su uniforme en el baño y lo pusiera a secar sobre el radiador de su cuarto, que dijera que ya vuelven los exámenes, que tiene pendiente la entrega de un proyecto, que no puede entretenerse. Debería confiar en mí, soy lo único que le queda, me duele imaginar su figura frágil detrás del mostrador, explicando las cláusulas de compra-venta con su acento limpio y efectivo, un acento neutral que resultará tan confiable para los clientes extranjeros, clientes que necesitan dinero de inmediato o que buscan alguna cosa que no podrían pagar en otro sitio, Azra les dirá que el dispositivo ha sido revisado por los técnicos y que funciona correctamente, si firma en esta casilla asume que la mercancía le fue entregada en perfectas condiciones, su suavidad ya los habrá embaucado, quién podría decirle que no a sus ojillos bizantinos, ocurren todo tipo de cosas en esos lugares adonde sólo acuden los desesperados, a veces tendrá que enfrentarse a algún comprador enfurecido y en esos casos la trémula Azra temblará debajo de su velito islámico, supongo que tengo suerte de trabajar en un cafetería donde la mayoría de los clientes son blancos y ricos, esclavistas de las finanzas pero todo cortesía y sonrisas, tal vez por eso me paguen tan poco, porque debería conformarme con la higiene de sus manos y sus buenos modales.

Azra ya estaba aquí cuando yo llegué, ocupaba una de las habitaciones desde hacía algunos meses y al verme se sintió aliviada porque era evidente que yo no sería una de esas chicas borrachas y pálidas que buscaban refugio como en un albergue de acogida. Azra las odiaba, las consideraba una especie subhumana que no merecía nada, mujeres simiescas que mendigaban amor a cambio de una cerveza, odiaba a esas chicas y odiaba esta casa, sigue haciéndolo, dice que se marchará muy pronto pero yo sé que nunca lo hará porque hace acopio de sus billetes con el mismo celo que yo, y porque no sería capaz de asumir el tamaño de su fracaso. Pasará el tiempo y seguirá engañando a sus padres, les dirá que terminó los estudios, que obtuvo una

beca en una pequeña fundación. Azra lee las noticias sobre las nuevas leyes migratorias y su corazoncito turco se encoge, los días están contados, pronto cancelarán su número de la seguridad social y el gerente del Cash le dirá, sinceramente conmovido, que no puede hacer nada, que las inspecciones son cada vez más severas, que la fiesta de la extranjería terminó para siempre. Su pasaporte vale menos que el mío, es una carta que dirige a la salida del tablero, y una vez que esté fuera del país ya no podrá regresar, fin de la historia, nos separaremos para siempre y yo me moriré de dolor. Mi soledad y su indignación política son nuestra argamasa, y también la pobreza, de eso hablamos cada noche sentadas en la cocina, acabaremos siendo grandes amigas porque cuando todo se vuelva complicado estaremos las dos solas, no tendremos a nadie más, y nos abrazaremos como en un naufragio.

Hace unos días, no sé por qué, le pregunté si no le molestaba llevarlo puesto todo el rato.

Llevar qué, dijo.

El velo.

Por qué iba a molestarme.

Parece incómodo.

Ah, tú piensas como todas las chicas *harbiyun*, piensas que somos idiotas por someternos a esta especie de tortura.

No he dicho eso.

No es ninguna tortura, nadie me obliga, no tengo marido ni padre que me persigan. Es una decisión propia, y eso es lo que no entendéis.

Es difícil de entender, dije. Aunque no era cierto: sus *hiyabs* me parecían lindos, no tenían nada que ver con los pavorosos *khimares*, con la espeluznante exhibición del *chador*, no había mucha diferencia entre ellos y mi visera de los Knicks, pero Azra hablaba con tanta vehemencia y tanta precisión que resultaba un placer escuchar su discurso, yo no quería que se detuviera, la pequeña Azra debería dedicarse a eso, pensé, debería dedicarse a convencer a las muchachas infieles de que nuestros pensamientos preconcebidos son tan obtusos, se expresaba como una abogada que expusiera su alegato delante de la corte de jueces, pronunciaba las palabras con una exactitud silábica que me cautivaba. De verdad, no logro entenderlo,

le dije, provocándola.

No debería ser tan difícil para ti, contestó, tú no eres como las otras chicas, e hizo un gesto de desprecio dirigido hacia las inquilinas, esa basura que sale medio desnuda incluso en invierno, chicas de cerveza enlatada que no tienen ningún respeto hacia los hombres ni hacia los niños ni hacia el resto de las mujeres, continuó, sentirán tanto miedo en el trabajo, en el metro, en los baños públicos.

También hay violaciones en los países musulmanes, me atreví.

Sí, también las hay, dijo, las hay porque el deseo de los hombres es un demonio, pero el *hiyab* te recuerda que debes respetarme, debes tratarme con la misma cortesía con la que tratas a tu madre y a tu esposa, soy tu hermana en el Islam y hay una ley más poderosa que tus instintos, ninguna de nosotras está libre de cruzarse con una fiera en un lugar en el que no debería haber estado, pero el problema no son las violaciones fortuitas, el problema es la violación diaria y consentida de una chica que piensa que es eso lo que se espera de ella. Lo dicen las películas, los anuncios, la música, la ropa de las grandes cadenas comerciales.

Las revistas, añadí, también lo dicen las revistas.

Son catálogos de *harbiyun*.

Nos reímos, y yo asentí fingiendo aprobación para que siguiera catequizándome. Sus palabras sonaban tan solemnes y tan amistosas en aquella cocina compartida. Nuestra taza de té. El tiempo disponible para nosotras.

Azra miró mi cuaderno. ¿Has vuelto a estudiar?, preguntó maternalmente.

No, dije, un poco avergonzada, es otra cosa. Pude haberla engañado con cualquier patraña pero es una de las ventajas de no conocer bien el idioma: que eres honesta, que no puedes mentir porque una mentira ya es un relato y un relato no puede contarse con las palabras tan escasas que yo utilizaba en nuestras conversaciones de cocina, hablar en un idioma impropio es una forma de guardar silencio y también una forma de liberación, como si la ignorancia nos obligara a eliminar lo que sobra y a decir lo que sirve.

Un diario, dije. Es un diario.

Abrió los ojos, muy sorprendida. Yo también tuve uno. Cuando era niña.

No te imagino escribiendo un diario.

¿No te imaginas a una chica primitiva y musulmana escribiendo?

No he dicho esto.

No lo has dicho.

Pero sí, tal vez un diario sea algo demasiado europeo para una chica musulmana, dije. Discúlpame, son mis prejuicios.

Sonreímos.

Pequeños prejuicios, dijo. No era un verdadero diario, tenía diez o doce años y apuntaba canciones, poemas, el título de alguna película que mis padres no me dejaban ver. Y también escribía cartas a los ángeles.

¿A los ángeles?

Sí, se rio, en el cielo de los musulmanes hay ángeles muy hermosos, como los que pintan los cristianos en sus cuadros. Yo me los imaginaba como mascotas que podían abrazarte, les decía que era una niña muy buena y les pedía que vinieran a buscarme enseguida cuando muriera, porque me daba mucho miedo pensar que mi espíritu pudiera quedarse dentro de mi cuerpo, como un fantasma.

También tenéis historias de fantasmas.

También. Los cristianos pensáis que el Islam es un desierto con mujeres flageladas y hombres perezosos, pero tenemos nuestras leyendas y nuestros mitos, y algunos son anteriores al Islam.

Creía que las supersticiones estaban prohibidas.

Hay cosas que están prohibidas pero que no desaparecen. De pequeña me contaron muchas veces el cuento del espíritu que se queda preso dentro del cuerpo porque no puede salir ni por la nariz ni por la boca, no encuentra el camino, la familia lo lleva al cementerio y le da sepultura, el espíritu grita pero nadie lo oye, las piedras lo cubren todo, y el espíritu, que es eterno, queda encerrado para siempre.

Tu cuento me va a quitar el sueño esta noche.

Nos reímos. Azra es una mujercita formidable, escucha mis preguntas estereotipadas y apenas siente una leve molestia, me mira con sus ojos oscuros y guarda dentro de sí un sentimiento de compasión tan semejante al mío que me hace morir de ternura. La dulce Azra. Sin ella y sin el chico-

músico, esta ciudad del exilio sería una pesadilla, el cuento del espíritu y las piedras, el espíritu consciente atrapado para la eternidad en una vasija, las horas, los días, los siglos.

14. Ya sé que la soledad me hace daño, y sé que fui yo quien eligió ese camino, el chico-músico querría ser mi novio y yo le digo que no tengo edad de noviazgos sino de exmaridos y de juicios por la custodia, pero me enternezco y lo dejo hacer por culpa de la nostalgia, que toma por mí todas las decisiones, la nostalgia que me conduce y me habla de mi único novio verdadero, al único que quise, mi novio de los primeros años de la facultad. Sabía escribir y dibujar, tenía talento, follábamos como lobos, le gustaba bailar y beber en la calle, no languidecía como los intelectuales de cuello de cisne que se retuercen de hipersensibilidad, habría sido un compañero tierno e inteligente, habríamos viajado sin dinero, habríamos dormido en albergues y estaciones, habríamos horneado nuestra mendicidad en un infiernillo de gas mientras juntábamos los pies y recordábamos el verso de un poeta mexicano, él me haría un retrato en una hoja arrancada, yo lo llevaría en el bolsillo como un exvoto, nuestro anillo de compromiso. No me atosigaba con sus poemas ni me sacudía para que leyera el último cuento que había escrito, tampoco me encerró en ningún almuerzo de domingo y comprendió que de vez en cuando necesitaba tomar una bocanada de aire, como las ballenas, pero yo, que soy capaz de arruinarlo todo, le mentí y le dije que amaba a otro. Se deshizo en teléfonos y atenciones, lloró como una niña, suplicó, me esperaba en la puerta como el perrillo que no se resigna a que su dueño lo haya echado a patadas, y yo me mantuve firme y me convencí de que le haría bien sufrir un poco, los soldados se endurecen en cada derrota y los poetas escriben mejor cuando están tristes, no es bueno entrar en las habitaciones de tus amantes con el corazón abierto por siete puertas. Dejamos de vernos, se marchó a otra ciudad, supe que había escrito una novela sentimental y que logró publicarla con cierto éxito, escuché su voz en una entrevista, vi su nombre en los escaparates de las librerías, oí que recibió un premio nacional, su novela sería traducida a otros idiomas, resplandeciente triunfo. No quise leerla. Si hubiera

hablado de mí, habría sentido una cólera implacable. Me habría dolido demasiado si no lo hubiera hecho.

Igual que ese novio, el chico-músico tuvo mala suerte conmigo: tendría que haber caído en los brazos de una mujer que no escondiera dentro de sí un lagarto como el que yo alimento con ratones e islamistas. Nos conocimos recién llegados, las aventuras metropolitanas, la felicidad irresponsable, la pobreza, la extranjería, el hallazgo de un cafetín con suelos de madera donde puedes tomar algo caliente por setenta peniques. A todos les pasa lo mismo: al principio es el entusiasmo y el desconcierto, pero al cabo el dinero desaparece y la angustia se hace un hueco dentro de ti, cómo vas a salir de ésta. La mayoría se rinde y decide volver a casa. Yo no lo hice porque tengo podrida el alma, y Músico no lo hizo porque no quiso alejarse de mí. Ahora descubro que él es un duende y yo una bruja, un duende que me lame con paciencia, la lengua extendida como una espátula, pero yo lo arranco brusco para acabar del modo de siempre, no soy capaz de demorar las cosas ni en la cama ni en el cuaderno, no sé demorar los afectos ni las frases que se convierten en hormigas.

Tiene un trabajo hermoso y mal pagado, un trabajo anticapitalista, toca la guitarra para unos micos de preescolar que aprenden a silabear sus primeras palabras, inventa canciones para ellos, sabe fabricar ranas de papel, barcos, pajaritos, globos-espadas, me lo imagino rodeado de una banda de monos que tiran de sus pantalones y buscan tesoros en sus bolsillos. Sonríe, es demasiado tierno y demasiado bueno para mí, quizá también lo sea un país donde los niños de guardería asisten a conciertos privados. Me gustaría observarlos sin que nadie me viese, me gustaría esconderme y ver cómo se sientan en corro, diminuta asamblea. Cuando yo iba a párvulos no hacíamos otra cosa que aplastar bolas de plastilina y dejar que los mocos cayeran sobre el babi, soy una crononauta que atravesó el túnel del tiempo y que inopinadamente apareció en un mundo extraño donde los niños son dioses y las cámaras del circuito cerrado mueven el cuello para seguir tus pasos.

Vive en un cuarto compartido, en ese estrato de la pobreza del que conseguí escapar al mudarme al barrio purificado, es un artista y por tanto perezoso e improductivo, no soportaría una jornada de ocho horas limpiando

o sirviendo, se conforma con sus pequeños espectáculos infantiles casi altruistas y sobrevive repartiendo hojas de publicidad en la boca del metro, también robando en los supermercados como hicimos todos al principio. Mil veces me ha pedido que vivamos juntos utilizando argumentos románticos y pragmáticos, si tengo que compartir dormitorio con alguien por qué no hacerlo contigo, mil veces me he negado porque sé que sería capaz de convertirlo en el padre de una prole a la que detesta y que lo exprime. Es tierno: lleva en la ciudad tanto tiempo como yo pero sube a los vagones con su guitarra cruzada en la espalda como un sable samurái y no parece derrotado, tal vez sea el talento, que funciona como una armadura, si viviéramos juntos yo devoraría su energía y su felicidad, no se lo merece, no puedo hacerlo.

Por eso le digo que no se engañe, le digo que no soy su novia y que tengo otros amantes más fieros y oscuros, y él me mira con ojos de amor desesperado y dice que un día escribirá una canción vengativa dedicada a mí, yo lo fulmino, le digo que ni se le ocurra, pero luego me enternezco y le pido que toque *Father and Son*, cantamos a dos voces, hacemos todo el teatro, siempre deja que haga la voz del hijo, no entiende cómo puede gustarme esa canción, dice que soy demasiado dura para Cat Stevens y entonces comprendo que no alcanzó a verme, que no sabe nada de mí, que somos dos intrusos, no podría explicarle que una vez hubo un pasillo donde las viejas revistas me llamaban a gritos para hablarme de un pasado donde todo fue distinto.

A veces caminamos por los parques de esta ciudad antitética, nos sentamos en un banco y nos besamos como chiquillos, él busca dentro de mi ropa, yo actúo como una dama recatada y le digo no, no, aquí no, por favor. Pero otras veces, sin ninguna explicación, lo arrastro hasta las frondas de los pequeños bosquecillos que circundan el parque y le pido que me folle muy rápido y muy fuerte, desde nuestro escondite se escuchan los pasos de los corredores y el rumor de los coches detrás de la valla de hierro, somos conejos, yo apoyo las palmas en mis rodillas y me humedezco con saliva, debemos de cobrar un aspecto ridículo.

Sufre. Me dice que así no, me pide que vayamos a casa, yo le recuerdo

que no quiero que nadie entre en mi cuarto, que mi cuarto es mi laboratorio y mi mazmorra y que allí tengo embalsamados los cadáveres de mis antiguos amantes. Presumo de liberalismo femenino para no confesar que temo que Azra se sienta ofendida si me ve aparecer con un hombre. Alguna noche he dormido en su dormitorio-choza cuando su compañero-lumpen no estaba, y siempre ocurrió que a la mañana siguiente tuve que mentirle diciendo que perdí el último metro, que dormí en casa de una amiga, mi cara de niña embustera bebiendo una taza de té en la cocina. Azra se ha convertido en la mamá para la que invento excusas y desórdenes, le miento como mentía a mis padres, me desgasto en los parques como lo hacía en la vulgaridad del país-páramo, escondida al resguardo de las casas abandonadas, en el refugio de los portales, de los cuartos de contadores, de la caja de un camión de reparto, los baños de una estación de cercanías. Un día iré a buscarlo al colegio y puede que me atreva a apoderarme de él en una calle de revuelta, al abrigo de una tapia. Mi chico protesta, no entiende nada, mi chico es un novio conservador que quiere TV y gato compartido, al principio le excitaba la idea y se venía enseguida, casi siempre en mis manos, pero ahora es un centinela que teme ser sorprendido y que no deja de mirar a un lado y al otro, nuestra aventura urbana comenzó a parecerse demasiado a un clip de pesadilla. Anda buscando un lugar donde podamos vivir juntos como pajaritos inseparables, pronto lo encontrará y me lo ofrecerá como unas capitulaciones, y es posible que se atreva a jugar conmigo al todo o nada, es posible que no atienda a razones y que llore como una niña, como un niño, pero ya tengo preparada una respuesta para cuando llegue ese día, mi respuesta será: el zorro.

El zorro: ocurrió en un parque de la periferia, un parque inmenso como un pequeño condado que linda con las pistas de aterrizaje del aeropuerto, un parque descomunal que alberga un jardín botánico, varias salas de exposiciones, restaurantes, bosques, lagos, canales artificiales y una pradera donde pasta una manada de ciervos dóciles que mastican las sobras de los turistas y que una vez al año braman como si recuperasen su naturaleza cérvida y copulan y engendran una prole de cervatillos endógamos. Mi chico y yo vamos allí los días de descanso para amortizar el abono de transporte y

entristecemos si es otoño, caminamos por los senderos como excursionistas, subimos a las lomas, nos fotografiamos cerca de la manada y a veces nos escabullimos detrás de una fronda y hacemos como los ciervos. No somos los únicos, hay ciertas esquinas ocultas de los caminos que son conocidas por otras alimañas, hay parejas que te invitan a unirte a ellas, hay curiosos que se conforman con mirar de cerca, a mí no me importa que lo hagan pero mi chico es tímido y por eso nos adentramos en los arbustos y escapamos de las miradas de los olisqueadores, y una vez allí acometemos y cumplimos, cumplimos bien, soy feliz de follar al aire libre después de una semana de asfixia entre los corchetes de mi cafetería franquiciada y mi barrio *halal*, follamos con botas de montaña y nos sentimos distintos de quienes no se atreven a salir de casa y se agusanan en las sábanas, exploradores, protagonistas de un relato de Burroughs.

Pero un día ocurrió que, en mitad de todo, cuando mi chico se ajustaba a mis caderas y yo cruzaba mis manos en su nuca, apareció un zorro apenas a unos metros de nosotros, un zorro de considerable tamaño que, acostumbrado a los paseantes, incluso a paseantes semidesnudos, se acercó, nos consideró con un par de batidas del hocico y se alejó hacia el nudo del bosque con la elegancia de un animal selvático, ridiculizando nuestros gemidos, nuestro rubor y nuestras culeadas, nuestros espasmos y nuestra ropa enrollada en los tobillos. Fue una aparición bella y totémica, una pequeña divinidad. Nos sentimos ungidos, mi chico se corrió dentro de mí y yo tuve un orgasmo punzante. Luego nos besamos en la boca, de rodillas sobre la hierba, y pensé que sería lindo si alguien pudiera fotografiarnos así. Si tuviera una fotografía como ésa, pensé, una fotografía tomada a cierta distancia y con un aura de luz sobre nuestros cuerpos, si la tuviera quizá todo sería distinto, quizá llegaría a amar a un novio tan conveniente.

El zorro: cuando mi chico se atreva a decirme que vivamos juntos como si fuéramos lo que no somos, cuando me pida cama y macarrones yo le hablaré del zorro, de sus clavículas moviéndose como piezas hidráulicas, de su cola de abanico despidiéndose de nosotros.

Insistentemente me pregunta cómo puedo vivir en un lugar tan lejano y negroide, y me sorprende discutiendo sobre sus prejuicios como harían mis

padres conmigo, y le miento diciendo que es un barrio como otro cualquiera, un barrio normal, cuando en realidad es el aliviadero de la masa oscura y fanática que a la ciudad le sobra, el detrito que no encaja con la urbanidad europea ni con la belleza unánime de los parques. No le cuento que he decidido sacrificarme, vivir entre las zarzas y exponerme al monoteísmo para abrir una brecha y así demolerlos, y convertirlos en una mierda tan vacía de ideas y de principios como yo, basura blanca. Es la estrategia del amor: convenceré a los chacales de que ninguna importancia tienen las huríes ultraterrenas mientras dejan escapar a las verdaderas huríes que tienen a su alcance, quiero seducir a Adil, a Kadir y a Mehmet, quiero vaciar sus corazones de confianza islámica, quiero que beban de mí y que yo sea la fuente que sacie su espiritualidad, y que aprendan que no habrá ninguna recompensa después de ningún sacrificio, quiero desesperanzarlos y occidentalizarlos para que sean como nosotros, criaturas tristes, borrachos, yonquis, quiero que me digan puta cuando pase a su lado y que alguno de ellos, el más bobo de todos, se enamore de mí y yo consiga engañarlo y quedarme embarazada y vivir juntos en una trastienda descuidando a los niños y maldiciéndonos a gritos.

Mi chico no sabe nada, mi chico sólo quiere besarme y tomarme de la mano como un pretendiente que le hace la corte a una doncella, mi chico es un poeta emputecido y puteado, y si no fuera tan complaciente se daría cuenta de que la puta soy yo.

15. *Put* es la palabra que siempre oí a mis espaldas, palabra-dardo que se lanza con un silbido y que revienta como una bala explosiva, la palabra predilecta de las señoras para referirse a las jovencitas del bloque, y de las jovencitas para referirse a cualquiera que sea más linda que las demás, la primera que buscan los niños en un diccionario, la que se pronuncia con la boca llena, la firma a perpetuidad que te desvía de la especie, basta con decir soy una puta para que cualquiera se abalance sobre ti y quiera destruirte, es la argolla de un esclavo, tirarán de tu nariz y te llevarán adonde quieran porque tú misma reconociste que no eres nada, que no eres nadie, mercancía.

Durante los años duros, durante los años de la calle y de Marieta, debió de haber decenas de personas que se olvidaran de mi nombre y se refirieran a mí con ese abracadabra, cuántas veces habré sido conjurada en sus casas, antes del novio poeta y del novio samurái, mucho antes del exilio al país de los bárbaros, antes, cuando sólo existía Marieta.

No nos ofendíamos por eso, éramos dos putas de diecisiete años que se regocijaban de su condición, lo escribíamos en la cal de las plazas, en las mesas del instituto, en los bancos de madera donde nos aburríamos hasta que se hacía de noche y alguien venía a buscarnos, a veces un novio o unos amigos, otras veces mi madre hecha una furia porque ni siquiera había almorzado en casa y sabía que su hijita del alma se extraviaba para siempre por culpa de las malas compañías.

Malas compañías, quién acompañaba mal a quién. Ha pasado media vida desde aquello y echo tanto de menos su mala compañía que sería capaz de ir a su casa y llamar a su puerta o gritar su nombre desde la calle como hacíamos entonces, ella se asomaba a la ventana y me saludaba con una sonrisa, detrás se oían los gritos de su madre mesándose de ira los cabellos. Echo de menos la épica de la adolescencia, aquellos años preciosos en los que bien que puteamos a los chicos y bien que hacíamos que las chicas se mearan de miedo, las chicas que nos odiaban y agarraban a sus novios y les prohibían que nos mirasen a la cara, las chicas-señoritas que se biencasarían y tendrían hijos rubios con zapatos de hebilla y cartilla de ahorros, de esas chicas hablo. Arrepentida de sus pecados, Marieta se convirtió en lo mismo: un último novio, un matrimonio temprano, unos hijos caprichosos, un cepo definitivo, kaput. Y me quedé sola, sola para siempre con el emblema exclusivo, y ya no volvimos a sembrar el terror entre las novias emparejadas, ya dejamos de empujar a nuestras madres hacia los ansiolíticos. Parece mentira que acabáramos siéndolo: ella, una niña buena que se casó pronto; yo, una buena niña que no dejaba de estudiar, parece mentira que lo fuéramos, con lo que fuimos.

Fuimos: unas precursoras, y tuvimos suerte de vivir en una época pretecnológica porque de lo contrario ahora seríamos las estrellas de una plataforma de sexo amateur y tendríamos que pleitear por el derecho al

olvido, nuestros clips circularían por toda la pornoesfera. Marieta. La echo tanto de menos. A ella y a un tiempo que desde el principio fue declinante, unos años por los que transitábamos como en un episodio autoconclusivo. Nos juntamos, ella venía de una barriada sin espíritu y yo vivía en el centro de la ciudad, su colegio era de esos que todos los profesores esquivan y el mío de los que celebran fiestas de fin de curso con diplomas y lágrimas de despedida, yo parecía la hijita de papá y ella tan dura que no era posible imaginarla en los brazos de nadie, y sin embargo nos miramos y nos reconocimos iguales, igual de solitarias, igual de aburridas, igual de encabronadas contra profesor-padre-mundo, y nos hicieron gracia las bravuconadas de la otra, y en lugar de rivalizar probamos a encajarnos, y salió bien, encajó, y nos hicimos amigas, amigas de esas que al terminar las clases no quieren separarse y hablan por teléfono, y somos crueles con las demás chicas, peores con los chicos estomagantes, peores, los críos que ni siquiera se atreven a hablar con nosotras y les tiembla la voz y sufren erecciones inútiles y manchan las sábanas que lavarán sus madres, inventábamos cuentos contra la estudiante modelo, contra la cómplice, contra la delatora, contra la bebé, a todas les poníamos un apodo y de todas nos imaginábamos una mentira, y en cambio nos compadecíamos de las chicas despavoridas, de las silenciosas, las tímidas, y habrían sido nuestras amigas si no las hubiéramos asustado, y en ese sentido creo que Marieta tuvo la culpa, su ropa de barrio, sus ojos de barrio, sus palabras de barrio que no sonaban igual en mi boca, Marieta levantaba muros a su alrededor, yo era una inconsciente por acercarme a alguien así, Marieta habría acabado conmigo si no me hubiera protegido la coraza de mis propias rarezas adolescentes, de mis libros repentinos, de mis mitomanías, mis revistas, mis terrores particulares.

Ejercía sobre mí una influencia definitiva, habría hecho cualquier cosa que me hubiera pedido, cualquiera, dejé de ser la chica ensimismada de las revistas para convertirme en la pesadilla de mis padres, pronto se le pasará, se dirían el uno al otro confiando en la solidez de nuestros principios morales, se le pasará. Pero no era un virus, no era la rubéola: eran las ganas de salir corriendo y era el desprecio hacia cuanto ellos significaban, y por eso cuando

pienso en Iria y en Raquel, cuando pienso en Robert y en John no soy capaz de odiarlos, no soy capaz de imaginar lo que hicieron sino cuánto sufrieron, qué soledad y qué tristeza. Marieta y yo apenas tuvimos algunos deslices delictivos pero quién sabe qué habría pasado si el azar nos hubiera conducido hacia otra forma de crudeza.

Fue la porción más intensa de mi vida, la más excitante, nunca he tenido los ojos tan abiertos ni he vuelto a ser tan feliz ni tan fiera. Las cosas que hicimos, las barbaridades que emprendimos juntas... necesitaría cinco cuadernos para poder contarlas, recuerdo cada aventura con una precisión que me estremece, recuerdo cada rostro, cada frase, cada noche, los años son una broma, a los veinticinco no era capaz de recordar nada y ahora puedo tocar el tejido de sus camisetas vulgares, la ropilla de rastro que ella siempre llevaba salvo cuando venía a casa y yo le dejaba lo mejor que tenía, me gustaba verla disfrazada de mí como si fuéramos hermanas, nos tomábamos de la mano y caminábamos con la sensación de que todo quedaba a nuestro alcance.

Amigas de cartitas de colores, pegatinas brillantes y abrazos, colgadas de la última niñez, nos encerrábamos en la habitación y escuchábamos mierda radiada (nunca Cat Stevens), supongo que mis padres tuvieron que respirar hondo y hacer un esfuerzo de tolerancia católica para aceptar que una criatura como aquélla se colara en nuestra casa y se apoderara de su hija, tendrían que haberme prohibido que saliera con ella antes de que comenzáramos a beber, a fumar, a besarnos, a manosearnos, se arrepentirían de no haber atrancado la puerta, de no haber utilizado sabiamente sus prejuicios de clase e impedir que me hiciera amiga de una chica desclasada, Marieta sería presa del determinismo pero yo tenía un futuro a mi alcance, y sin embargo no movieron un dedo porque era justo lo que se esperaba de ellos.

Los primeros besos con los primeros chicos, bien.

Las primeras veces que los chicos nos tocaban, bien.

La primera vez que una de nosotras hizo lo mismo que habíamos visto en una película, muy bien.

La primera noche que, en un aparcamiento, me arrodillé y lamí a un chico como si fuera un helado y ella vino detrás riéndose a carcajadas, el chico intentó apartarla de un manotazo, yo le di un mordisco, hubo sangre, el chico

nos empujó, Marieta golpeó su cabeza con un vaso, y hubo más sangre, y luego salimos corriendo mientras nos reíamos como locas, dos niñas espeluznantes que desquiciaban a sus padres, a sus novios, a los amigos que nunca tendrían porque la soldadura era tan intensa que no dejaba sitio para nadie más, Marieta y María, un dúo cómico, el mundo salvaje de la primera bocanada fuera de casa, me siento tan orgullosa, fueron tantas las hazañas, tantas las noches y los disparates, ella proponía las mayores locuras pero a veces yo me atrevía y le decía ven conmigo, y entrábamos en una tienda y cogíamos ropa y en el probador yo arrancaba los antirrobo y salíamos silbando como en las películas de espías, y luego en la calle me desnudaba y me quedaba en sujetador y se lo daba todo a Marieta, es para ti, le decía, te quedará bonito, y nos marchábamos cogidas del brazo como dos comadres, indetectables.

Insufribles también, porque nadie nos soportaba durante mucho tiempo, ni amigas ni novios, nadie, Marieta no tenía reparos en acercarse a cualquiera, le decía que conocía a su hermano o a un primo suyo, se presentaba con dos besos de novela francesa y le pedía que nos invitara a alguna cosa. Si nos gustaba, se convertía en nuestro amor de una noche; si no, lo hacíamos rabiar y desaparecíamos. Nunca se lo dije para que no se sintiera herida pero lo cierto es que Marieta siempre elegía chicos de su misma condición, quiero decir, de su mismo barrio o de su misma pinta, no sé si era una decisión voluntaria o si lo hacía sin pensarlo, supongo que era yo quien no pasaba desapercibida, la diferencia se notaba de lejos en mis zapatos y en mis mejillas de niña bien alimentada. Una vez hubo un chico lúcido que me detectó, lo abordamos como de costumbre y en mitad del asunto me dijo tú qué haces aquí, y había cierta ternura en sus palabras, no tienes nada que ver con esto, y me dio tanta rabia que le dije a Marieta que nos fuéramos y ella torció el gesto porque era capaz de sentir un amor indiscriminado hacia cualquiera, le gustaban los guapos tanto como los feos, podía abrazarte y desgarrarte y luego quererte otra pizca, podía hablar con desconocidos, con niños y con viejos, y todo lo hacía con una altivez y una picardía que me cautivaban.

Una noche, en la feria de un pueblo: habíamos venido en autobús las dos

solas, tan temerarias, mis padres arañaban las paredes, ya no podían hacer nada conmigo salvo ponerme grilletas en los tobillos. La feria, los mostradores de chapa, las carpas, la música de verano, Marieta y yo bailando tan felices, no necesitábamos a nadie más, queríamos ser niñas de nuevo aunque apenas habíamos dejado de serlo a pesar de los simulacros de helados en los aparcamientos, nos montamos en los coches de choque y en el barco vikingo, gritamos como locas en la jaula, volábamos sujetándonos los bolsillos para no perder el dinero, Marieta se encaprichó del gitano que accionaba la máquina, qué guapo es, me dijo, pero míralo bien, le dije, se fue para él, yo me quedé a un lado, hablaron, Marieta no dejaba de contonearse, yo rabiaba, le dije vámonos, ella me miró con esos ojos que a veces utilizaba conmigo, esos ojos que querían decir tú no sabes nada de mí, fingimos ser almas gemelas pero yo vengo de un planeta que no conoces. Me daba miedo que algo pudiera pasarle, no puedes confiar en un gitano de feria que mañana estará en cualquier parte, lo miraba y sólo veía un animal sucio, Rodrigues Lobo, no quería dejar sola a Marieta con ese tipo y no quería que Marieta me dejara sola a mí, eso no formaba parte de nuestro convenio, siempre juntas, decíamos, inseparables, mosqueteras, vámonos de una vez, le dije, vete tú si quieres, yo me quedo. Al cabo me fui a la parada de autobús, tenía frío, no había donde sentarse, aún faltaban tres horas para el primero, me acurruqué en una esquina, y fue largo y doloroso mi desamparo, como en el cuento de la cerillera que enciende los fósforos para calentarse y muere congelada bajo un alero, así fui yo mientras Marieta follaba con el gitano. Apareció al amanecer con una sonrisa, vino a mí, me abrazó, me pidió disculpas, ya en el autobús me dejó que pusiera la cabeza sobre su pecho y estuvo acariciándome el pelo durante todo el viaje. Su cuerpo olía a sudor y a saliva pero de nuevo era Marieta para mí sola, mi amiga de siempre, y nada me importaba.

Otra noche de verano: el muelle de la ría, bebemos, un chico borracho se acerca a nosotras, lo enredamos, el chico me prefiere a mí porque dentro de la nube de su borrachera entiende que Marieta es peligrosa, dejamos que se confíe, bajamos a la arena del muelle, está oscuro, le damos de beber, nos sentamos en una barca varada, un pequeño bote que sirve para alcanzar un barco de pesca, el chico sigue bebiendo, Marieta no lo deja en paz, demasiada

bebida, el chico se derrumba, grogui, Marieta le hurga en los bolsillos y coge todo lo que tiene, me ofrece la mitad, yo lo acepto, la marea sube, Marieta se ríe a carcajadas porque se le ocurrió una idea formidable, recoge la cuerda, levanta el ancla con fuerza y la echa dentro de la barca, luego saltamos a la arena, nos quitamos los zapatos, el agua ya nos cubre, empujamos, Marieta no puede dejar de reír, subimos la escalera, corremos, corremos por la acera, Marieta mueve los brazos como si echara a volar. Duermo hasta el mediodía. Abro los ojos: los vaqueros aún mojados, en los bolsillos el dinero. Y tiemblo al pensar si el bote volcó, si el chico cayó al agua y ahora hay un cadáver ridículo flotando en la ría, o bien si se produjo el chiste que Marieta buscaba, un borracho que se despierta y se ve solo en una barca a media milla de la costa, el episodio perfecto de la comedia, la dramaturgia mejora con el tiempo, cada hazaña es mejor que la anterior, hacemos teatro de vanguardia a base de salivazos, meadas, descuidos, travesuras con gañanes, un amor que te prometo y no tendrás, un dinero que tenías y ya no tienes.

Marieta es la mitad de mi vida, cualquier cosa que haga o piense condiciona lo que yo piense o haga, así de sencillo. Pero a los diecisiete deja el instituto y todo comienza a ser diferente, bachillerato, en mi cabeza hay un hemisferio dedicado a la bronca y otro donde habita una niña católica que quiere empatar con sus padres y con los libros del osario, mi plan consiste en estudiar de día y ser un indio salvaje de noche, Marieta tendida a mis pies como un lebrelo cuando la fiesta ha terminado. Me espera a la salida de clase, me acompaña a casa, no me atrevo a preguntarle qué hace durante tantas horas vacantes, si se levanta al mediodía o si su madre la fustiga desde primera hora, siento lástima por ella y tal vez ella siente lo mismo por mí, tan institucionalizada en una mundanidad que nada tiene que ver con nuestras expediciones. Crece una zanja entre nosotras, Marieta comienza a tontear con gente de su barrio, aparecen novios duraderos (dos o tres meses), aparecen coches y fiestas en las que por primera vez no seremos las más osadas, no quiere ir sola y me pide que la acompañe, se entienda con un chico feo y brutal, le digo qué te pasa y ella responde qué te pasa a ti, siento una lámina de hielo en la nuca.

Al día siguiente viene a verme. No pregunto nada, no soy la mujercita

celosa. Las dos sentimos un velo de incomodidad, pero al cabo se tumba en mi cama y la acaricio, nos reímos, ella dice algo parecido a que ningún chico podrá separarnos, no lo dice con esas palabras pero resulta así de tierno y así de convincente, nadie podrá separarnos, y yo me muero de amor porque sé que no es cierto y que muy pronto no habrá ni cabo ni ovillo que desenredar.

Marieta ha cambiado, quiere ganar dinero para comprarse ropa, salir, una moto, yo estudio como un robot que cumple su cometido, ella es demasiado niña para trabajar en un bar de copas pero consigue hacer turnos en un kiosco de helados, uno de esos kioscos que se improvisan en la acera para los veraneantes. Pasa allí muchas horas, a veces le hago compañía, encendemos la radio, cantamos las peores canciones y nos reímos de todo el mundo, luego me voy a casa o a la playa y ella se queda sola debajo del tejadito de fibra de vidrio.

Recuerdo una de las últimas broncas, Marieta se besó con quien no debía y tuvimos que saltar una valla para escapar de los gatos salvajes, caímos, nos sujetaron y nos dieron de hostias hasta que se asustaron, llegué a casa ensangrentada, mi mejor pantalón hecho jirones y una sonrisa de satisfacción que no consiguieron borrar ni las amenazas ni los reproches, papá subió a la azotea para respirar hondo y no hacer una barbaridad, después vendría el lunes, yo asistiría a clase puntual, aprobaría los exámenes y terminaría de enloquecerlos, era mi venganza a cambio de tanta soberbia, nunca, decía mi madre, nunca tendríamos que haberla llevado en ese instituto donde las niñas salen lesbianas o monjas o putas o las tres cosas, y tenían razón, como siempre, tenían razón los cabrones, era una definición muy precisa, putas, monjas o lesbianas, no servían sino para definir lo que veían desde la distancia.

El desenlace de la tragicomedia: dieciocho años, es el verano del último curso, soy buena estudiante, obtuve una plaza en la licenciatura suicida que solicité y ya gozo de mi primer exilio, gozo de un futuro próximo en el que me marcharé de casa, gozo de saber que viviré sin sus ojos calculando el tamaño de la estupidez y de la promiscuidad de su hija, el verano de las expectativas y la satisfacción de los exámenes triunfantes, duermo, descanso, me baño en el mar, amo a mis amigos, bebemos como diablos, no volveré a

tener novio jamás, me hago esa promesa, el gran verano del amor divergente y también el verano de un libro de Cortázar exhumado del osario, un libro que llevo conmigo a la playa, a la heladería, a la piscina, me imagino tan hermosa con mis pequeñas posesiones, el bikini, las sandalias, Cortázar, estoy sentada sobre el pretil del paseo marítimo, hay luces naranjas y nadie pasa, el chico que me acompaña salta del pretil a la arena y comienza a besarme y acariciarme los muslos como si jugara con un cachorro, no sabe que dentro de unos segundos pondré mis manos sobre su nuca y no dejaré de apretar hasta que me haya vaciado en su lengua, no lo sabe y antes de que eso ocurra soy tan feliz como creo que nadie pudiera serlo.

Mientras tanto, dentro del kiosco de helados Marieta entiende que todo ha llegado a su fin. Le prometo que vendré los fines de semana y que hablaremos por teléfono, con las yemas de los dedos repaso el óvalo de su cara como si no pudiera verla, nos besamos suave en los labios y nos apretamos las manos, no me voy tan lejos, hermanita, seguiremos juntas. Luego la ciudad, los estudios, los nuevos compañeros, las nuevas diversiones y las nuevas borracheras hicieron de Marieta una pueblerina. Nadie tuvo la culpa, fin de nuestra complicidad, fin de nuestras aventuras salvajes, fin de aquella primera juventud de la que muchos no regresan. En cierto sentido yo tampoco lo hice, sigo colgada de esos años como una ancianita que mira las fotografías de cuando era joven y todos querían casarse con ella, esas fotografías que te hacen tanto daño cuando no tienes a nadie con quien reírte de tu exótico aspecto, de lo delgada que estabas, de esa ropa que ya no te atreverías a llevar, de esos ojos que guardan un vacío de nostalgia, la misma nostalgia que ahora me devora como una enfermedad, mi cuerpo abierto al dolor de un tiempo que punza y comprime y acaba con cualquier hallazgo del presente, nada de lo que sostengo es comparable a la belleza y la felicidad de aquellos años perdidos, nada.

Mi enfermedad crónica, la nostalgia. El cuaderno de los cincuenta peniques no es un paño de lágrimas sino una máquina del tiempo que sólo funciona hacia el pasado, una herramienta para reconstruir la cadena de causas y efectos. De camino al autobús a veces padezco una de esas alucinaciones en miniatura en la que crees que alguien te vigila y en realidad

eres tú quien te observa a ti misma como si fuera una proyección astral con la nitidez de una cámara HD, a mí me pasa, veo mi abrigo de paño, veo mis rizos-enredaderas, veo mis botas de piel de lobo y mis vaqueros, soy una niña desvalida y me pregunto por qué no volver a casa, quiero decir, a la verdadera casa en el verdadero país al que pertenezco, por qué no dejarme de imposturas y de fantasías cosmopolitas cuando es tan evidente que nada salió como había previsto, no vine aquí para trabajar en una cafetería franquiciada, no vine para hacer el recuento diario de cuánto debo ahorrar si quiero mudarme a un barrio menos oscuro, no vine para renunciar a los cursos que nunca hice ni para encerrarme en el dormitorio cada tarde, enferma de algo indefinible, el cuaderno de los cincuenta peniques como la tabla de un naufrago. Un cuaderno que pudiera decirme cuándo, cómo, qué día comenzó todo a parecerse a esta sustancia. Detective crononáutico detrás del primer indicio.

16. Primer indicio: ocurre que estoy en párvulos, salimos del colegio con los babis debajo del abrigo, formamos parejas y nos damos la mano, las maestras repiten que bajo ningún concepto (de algún modo lo dicen) soltemos la manita de nuestro compañero, se abre la cancela, el convoy avanza y caminamos como una cuerda de presos, aprieto la mano de un niño pálido a quien apenas conozco, el niño se detiene, yo tiro de él porque la pareja que nos precede ya se aleja y la de detrás ya protesta, pero el niño pálido tiene los pies fijos en el suelo como trabados con cemento, soltar su mano contravendría todas las leyes recién aprendidas, sufro al ver cómo la cuerda se rompe sin que las maestras parezcan darse cuenta, siento ira dentro de mi corazón de cuatro, quizá cinco años, siento un odio inmenso e infantil hacia ese niño estúpido que sin ningún motivo se detiene en mitad de la acera, tose, se arquea, vuelve a toser y proyecta un caño de vómito donde pueden distinguirse pedacitos de galleta y leche cortada, un caño dirigido contra el suelo y contra mis zapatos, la maestra lo toma en volandas y me lo arrebató dejándome impar junto al resto de los presos, y yo no puedo contener una llantina que no terminará hasta que alguien comprenda que debe llamar a mi

madre y pedirle que acuda al rescate de la niña más triste y sucia del universo, eso ocurre.

Segundo viaje crononáutico: tengo ocho, nueve años, es invierno, llueve, mamá conduce hasta el centro de la ciudad para comprar mi vestido de primera comunión, la tienda de confecciones queda en una calle muy estrecha, los cristales se empañan, avanzamos a paso de tortuga, mamá protesta diciendo que tu padre nunca quiere venir a estas cosas, le digo que volvamos a casa pero no me escucha, hacemos círculos como tiburones alrededor de una isla absurda hasta que mamá frena brusco soportando la ira de los demás conductores, me saca en volandas y me deja al cuidado de una dependienta, espera aquí, no tardo, y yo me muero de dolor al verme de la mano de una desconocida que procura ser simpática sin conseguirlo, qué niña tan guapa, dice, y tan seria, dice, la lluvia arrecia, mi madre sigue peleando ahí fuera mientras yo balanceo los pies en una silla, es una extraña sensación de seguridad y desamparo, qué pasaría si mamá no volviera y nadie se acordara de mí, si apagarán las luces, si cerraran la tienda, ya no quiero ningún vestido, ya no quiero comuniones ni regalos ni fiestas, pero entonces veo a mamá corriendo en la acera como si fuera Juliette Binoche, sus tacones tan inapropiados hundiéndose en los charcos, su gabardina batiendo el aire, suena la campanita de la puerta, mamá cruza el vano con una sonrisa de alivio y yo salto de la silla y me abrazo a su cintura, la gabardina me moja la nariz, nos besamos, mi madre está de buen humor y todo le parece una aventura urbana, la dependienta que antes era hostil ahora es joven y amable y nos ofrece una toalla, tomo la mano de mamá entre las mías, somos cómplices de nuestra pequeña locura, la dependienta nos enseña una diadema de flores azules que me cautiva, de pie sobre el alizador parezco una niña-duende coronada de tristeza, el pecado todavía no existe, los chicos todavía no existen, el mundo es tan pequeño como el cuenco que forman mis manos para recoger la sagrada forma que alimentará mi melancolía.

El pecado. En el autobús radial coincido con una madre que lleva a sus dos hijas al colegio, la pequeña tendrá seis años, la mayor quizá ya doce. La pequeña es tostada y hermosa, lleva sus rizos árabes sujetos en una cola, me mira y sonrío, tal vez por la complicidad de nuestras cabezas rizadas y

revolucionarias. No para quieta a pesar de las riñas de su madre, hace burlas, saca la lengua y lame el cristal como un cachorro, casi puedo sentir el frío y la suciedad de su boca en la mía, la mamá le riñe y tira de su cola como de las riendas de un potro, la niña protesta con un pequeño maullido mientras su hermana observa la escena con aburrimento. La mayor es fea y prognata, pómulos de hueso y barbilla en punta, no hay candor, no hay ninguna brizna de suavidad en su figura, antes de bajar del autobús la madre sujeta sus hombros y estira un pliegue del *hiyab* que la protege de la mirada del enemigo. Sin el *hiyab* su rostro tal vez fuera más blando, más luminoso, así sólo es una máscara de ortopedia. Se bajan enfrente del colegio, la madre continúa hasta la siguiente parada, la mayor sostiene la mano de la pequeña, que correrá a empujar a sus compañeros y amenazará a un chico blanco deslizando el índice por el cuello. La mayor suspira con angustia, el *hiyab* la protege del pecado y del desorden.

Pecado. Conozco muy bien a ese antiguo demonio, todas las cosas que hice antes de cumplir los veinte años las cometí bajo la presencia del gran ojo que te vigila y te dice no pongas ahí la mano, no mires, no pienses, follar no es tan apetecible si nadie te dice que no debes hacerlo, si no es preciso mentir ni refugiarse en ningún sótano, una caldera, la lencería sólo es vestuario y el porno una acrobacia si el pecado no mantiene su vigilancia sobre ti. A los dieciséis yo era incapaz de aguantarme las ganas, cualquier chico me parecía propicio, todas las noches, cada tarde, cada esquina en sombra, siento una envidia golosa cuando pienso en las chicas del *hiyab*, en la hermana prognata y en la dulce Azra, imagino el picante pecado con aroma de cúrcuma que albergan dentro de sí, la excitación, los fluidos incontenibles y la mirada al suelo cuando se cruzan con los hombres hipersexualizados de su comunidad, cualquiera de los chicos que se estabulan en las esquinas o que acuden a las puertas de los colegios, los chicos que llevan camisetas del Arsenal y trabajan de recaderos para Suad, ellas arderán en el infierno islámico por pensar las cosas que piensan, por imaginar lo que no debe imaginarse y especialmente por teclear en los buscadores las mismas palabras indecibles que teclean las chicas *harbiyun* como yo, el cursor parpadeando como un insecto sobre el rectángulo donde tus dedos no logran evitar que escribas obscenidades.

Y luego hay otras formas de pecado, pecados que no te condenan a ningún improbable inframundo sino a infiernillos territoriales: el pecado de buscar una soledad destructiva, el pecado de estar cansada de tus propias convicciones, de desear que Suad te señale con sus falanges de cáñamo y te diga no tengas miedo, acércate a mí, de dónde eres, y me lleve de la mano hasta su casa y que allí me presente a sus dos esposas, Luca y Linda, y me explique que la obligación de un hombre de fe es formar una familia con tantas mujeres como pueda manumitir, y que a diferencia de otros miembros de su comunidad, él decidió buscar esposas entre las ovejas del país de los infieles, mujeres neumáticas y norteñas tan sucias como yo, mujeres sureñas repudiadas por sus padres, me enseñaría los cuartos de sus esposas y el gran dormitorio donde cada noche le pide a una de ellas que sea su compañera, me presentaría a sus hijos, clones de sí mismo que rezongarían jugando con artilugios electrónicos, ésta es mi familia, la defenderé con mi propia vida, puedes formar parte de ella si reconoces la fe del Profeta, diría, y yo caería en sus brazos sin remedio, Julieta enamorada, la cuerda de mis convicciones es tan débil que basta con estirar un poco para que se rompa en pedazos, mis devociones transitaron de la languidez de Cat Stevens al músculo acuático de Gerry López, de Toni Kukoc a Ray Loriga, del catolicismo a la nada, y en medio los novios, y en medio Marieta, qué importancia podría tener que la Nada transite hacia un Nuevo Dios si Suad es un buen camino hacia la cena caliente y las verdades indiscutibles.

Julieta es mi verdadero nombre, no puede ser ningún otro, digan lo que digan mis documentos y la pletina de mi uniforme. Julieta: paladeo las sílabas con la certeza de que nada habría sido lo mismo si yo hubiera nacido Julieta, una refulgente Julieta que todos hubieran querido atesorar, Julieta adolescente. El recuerdo que guardo de mí no es el de la niña alocada que ríe dando saltos sino el de una joven simbolista, una ricura *beat*, París 1920, generación perdida. Me quise tanto: pobre chica abandonada frente al rigor de sus padres. Contra ellos bebí todas las marcas, tomé todas las drogas que se podían consumir sin correr un peligro excesivo y amé a cuantos chicos quise. Después de comportarme en la calle como una niñata, volvía a casa para leer las novelas del osario, aburridas novelas de gente rica que se compadece de

gente pobre y quiere casar a sus hijos con otra gente rica, fastidiosas novelas latinoamericanas que sucedían en lugares donde sería tan fácil resultar hermosa y novelesca, un pueblo fundado a machete, una finca con sirvientes mapuches. Lo difícil sería parecerlo en mi cuarto de los dieciséis años, con mis amigos habituales y sus frases repetidas que nos hacían morir de la risa, con los novios exploradores tanteando para ver si me dejaba hacer lo que anoche no quise, no hay nadie en casa, mis padres volverán tarde, nos besamos, nos manoseamos, en el momento oportuno le digo que no puedo hacerlo, él obedece y yo le doy las gracias, si bien dentro de unos días haré cosas peores con cualquier otro al que recién haya conocido. Mi teoría de la evolución: del pulcro Cat Stevens al perverso Ray Loriga, del beso en la comisura al vaciado vaginal, un proceso antidarwinista punteado de eslabones perdidos, el chico se marchará con las bolas cargadas de esperma, Marieta se va a reír cuando se lo cuente.

Las novelas del osario fueron un catálogo de vidas inalcanzables, leía con fiereza buscando una recompensa pero qué diablos podría contarme ninguna Jane Eyre, ninguna Emma que cambiara de apellido, qué habría dicho Ana Karenina si hubiera escuchado nuestras conversaciones de fin de semana, si supiera lo que hace en la calle una chica como yo, una chica que quizá no sea la más osada de la tribu pero que cierra la puerta y baja la escalera y grita y siente la garra de una ferocidad pendiente de estreno.

Después, el vacío. Terminé de estudiar, no encontré nada ni a nadie, decidí marcharme y al llegar aquí los impuestos que gravan el alcohol me condujeron hacia la santidad. Se redujeron los novios, las salidas y las promociones de autoporno, y aproveché esa miseria para purificarme igual que mis vecinos piadosos, purificarme en una clínica de desintoxicación gratuita, sólo que en lugar de tomar aguas medicinales y abrazar un libro sagrado, yo acabé creando mi propia doctrina, mi Corán.

Quizá por eso el cuaderno de los cincuenta peniques. Porque hay que dejarlo todo por escrito para que te tomen en serio. Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

17. Mi propia doctrina. Leo en el periódico gratuito del intercambiador: una niña de dieciséis años es violada por treinta hombres en Río de Janeiro, treinta, le revientan el útero contra las paredes interiores, la nena orinará en una bolsa de por vida. Fotografía distorsionada: las muñecas atadas, una sábana de sangre, el primer plano de uno de los verdugos que sonríe y posa junto al trofeo.

Sueño que milito en una organización terrofeminista sufragada con servicios de prostitución para altos ejecutivos a los que sometemos, golpeamos y menstruamos en la boca según sus órdenes. Con el capital obtenido volamos a Brasil, alquilamos una nave industrial alejada de cualquier lugar, compramos las herramientas en un almacén de bricolaje, ocultamos nuestro origen, hablamos en inglés, actuamos en pequeños comandos, cazamos a treinta hombres del mismo barrio donde ocurrió el asalto, treinta hombres elegidos al azar porque es imposible encontrar a los verdaderos culpables, fingimos ser turistas sexuales en busca de un romance exótico, los seducimos uno a uno, suben a nuestros coches de Goldcar y se dejan engañar como corderitos, hay quien cabecea y necesita un beso romántico para animarse a entrar en la nave, nuestras compañeras emboscadas se lanzan contra ellos y los noquean con eficacia, los apresamos en un garrote vil, una argolla sujeta sus gargantas, es necesario utilizar guantes de pocero y gafas de protección para que la sangre no nos ciegue, cauterizamos las heridas con queroseno y conseguimos que sobrevivan a las emasculaciones, disfrutamos de grandes hallazgos visuales, es divertido ver sus caras deformadas cuando los obligamos a tragar los testículos recién extirpados, las sesiones duran varios días, no hay pérdidas, los mantenemos a todos con vida, sus cabezas siguen fijas sobre sus hombros para que puedan dar testimonio de lo que hicimos, la operación es un éxito, en el avión de regreso dormimos plácidamente, exhaustas por el esfuerzo de tantas noches sin descanso, ya de vuelta en el viejo país publicamos las grabaciones desde una falsa dirección IP y desvelamos la localización de la mazmorra para que la policía acuda al rescate antes de que la septicemia termine el trabajo, nos abrazamos y nos besamos en los labios, seremos discretas, no volveremos a vernos, eliminamos todas las pruebas, en un bidón hemos quemado los dedos,

los ojos, los brazos, las lenguas y los miembros que no harán llorar a ninguna niña, ni novias ni hijas, nadie, a esta misma hora ya vuela hacia Ciudad Juárez otra célula de la organización, tenemos pisos francos en Vic, en La Junquera, en Algeciras, en Puerto del Rosario, el trabajo es infinito, en Buenos Aires una niña sufre un síncope vasovagal después de ser empalada por dos yonquis, en Mendoza un hombre apuñala a su hermana con un destornillador y graba un clip de su cadáver, en Sevilla una mujer es violada hasta la muerte en un parque urbano, en Igualada un preso sale de la cárcel durante un permiso de tres días, entra en el coche de una mujer, la amenaza con un cuchillo de monte, la obliga a conducir hasta la periferia y la somete a tres horas de tortura, medio millar de mujeres sufren abusos en la estación de tren de Colonia por parte de grupos de hombres que actúan con la coordinación de un escuadrón de la muerte, en Rivas cuatro adolescentes secuestran a una joven discapacitada, la violan por turnos en el margen de la carretera sin que ningún coche se detenga, la atropellan siete veces, le prenden fuego.

Sueño con estrategias SCUM y con operaciones de castigo indiscriminado, elaboro un manual de intervención paramilitar y me siento tan excitada que tengo que usar las dos manos, me revuelvo en la cama como si estuviera cubierta de ortigas, me deslizo en un orgasmo tan intenso que las contracciones resultan dolorosas, como si diera a luz.

18. Chica del reflejo, algo ha ocurrido. No puedo seguir escribiendo sobre SCUM y misandria sin contarte esto, sin contarte que algo ha ocurrido entre la página en la que decía que me deslizo como si diera a luz y la frase en la que escribo que no puedo seguir escribiendo porque algo ha ocurrido, yo quise que mi cuaderno fuera sólo el agujero de los susurros, como en aquella película oriental tan insólita en la que un hombre y una mujer se aman en habitaciones muy pequeñas, comen *noodles* en puestos callejeros, no se atreven a confesar quiénes son y por qué no pueden pasear juntos a la luz del día, y luego se despiden entre lágrimas y acuden a una roca llena de agujeros como nidos de paloma y allí hacen un cuenco con sus manos y susurran su

secreto de una manera tan hermosa y tan delicada que tengo que esperar a que no quede nadie en la sala del cine porque soy una balsa de tristeza: igual este cuaderno, aunque yo no sea ni oriental ni delicada sino sólo una comadreja que no sabe quedarse calladita y que tiene dentro de sí más palabras que pensamientos, las palabras son una toxina, te enredan, te hacen creer que piensas lo que no piensas, para purgarlas acudí al cuaderno de los cincuenta peniques confiando en que cuando llegara a la última página ya no quedaría nada de la vieja piel ni de las palabras invasivas, como una serpiente que muda y es la misma pero es distinta, el cuaderno, el agujero de los susurros.

Pero ayer, chica del reflejo, ayer ocurrió lo inesperado, lo que de ninguna manera pensé que sucedería jamás, y menos en este país bárbaro, y menos en este estado de melancolía, y en este Estado de sospecha y pasaporte. Podría divagar diciendo que la vida es eso, una fila de piezas ordenadas, soldaditos de juguete, hasta que alguien aparece y las derriba, pero yo no sé qué mierda es la vida y qué no es, y me avergüenza escuchar en mi cabeza un pensamiento tan vacío y tan cargado de nada. Déjame que te lo cuente, diario de la media moneda, déjame que lo cuente como si fuera la presuntuosa Ana Frank: ayer se enamoró de mí alguien muy poderoso, alguien que podría destruirme con un solo dedo o que podría convertirme en una señora que lee revistas femeninas y compra en el supermercado con cupones de descuento. Tengo que hablar enseguida con todos vosotros, mis amantes inventados: querido Cat Stevens, mi amor de los buenos años, te daré verdaderos motivos para odiarme como se odia a las primeras novias; querido Suad, mi esperanza de redención, vas a rezar para que los arcángeles me exterminen; y tú, Ray Loriga, la figurita *grunge* de mi vitrina, tú te sentirías tan orgulloso de mí; y mi amado Toni Kukoc, tú revivirás conmigo la nostalgia de aquellas *suites* llenas de animadoras, esa frescura de la carne reciente. Amantes ficticios, quiero contaros lo que ocurrió para que yo también pueda creérmelo, porque si no lo hago acabaré pensando que no fue más que otra mentira, y porque necesito vuestra bendición, necesito que me digáis que ya es hora de que sea feliz.

Salto en el tiempo y comienza el relato: amanece, hay un nublito gris en el barrio, camino con prisa, los furgones descargan sus mercancías en la puerta

de los 24/7, al pasar delante de los olisqueadores de la esquina me desabrocho la chaqueta y oigo el murmullo de sus maldiciones, siento una serenidad premonitoria, adiós, príncipes coránicos, cuando esta noche regrese ya no seré la misma, subo al autobús, encuentro un asiento protegido de la mirada de nadie, abro el cuaderno y escribo mis fantasías filoterroristas, el trayecto es largo, termino la página y duermo un poco, cuando llego al trabajo me siento eléctrica y reposada, hoy será un buen día, pienso, toda la energía del planeta en mis manos.

Las primeras horas pasan sin daño, los colegas se sorprenden de mi buen humor, hago bromas, coqueteo una pizca, un chico italiano me roza el culo cuando pasa a mi lado y yo le contesto con una sonrisa prometedora. Apenas hay clientes, el italiano baja al almacén, los demás se apañan en las cámaras, estoy sola en la planta. Las paredes de vinilo, las estanterías de madera sintética: todo me parece hermoso, el nublado sólo se ocupaba de mi barrio, en la ciudad financiera brilla una luz blanca que bruñe la tarima de mi cafetería franquiciada, durante unos segundos siento una paz catedralicia, la armonía de un lugar sagrado. Lleno los pulmones, percibo la lentitud de mis latidos y entonces las puertas se abren, se abren las puertas y con pasos cortos entra en escena la Dama de Papel, su sonrisa es como una tajada.

El operador del teatro dirige hacia ella el cañón de luz, buenos días, hoy has venido antes, digo como si existiera entre nosotras una complicidad que recién he inventado. Vengo a la mejor hora, responde en mi idioma. Observo: cuarenta y cinco años, tal vez cincuenta, es difícil saberlo, robusta, huesos largos, apenas maquillaje, pecas que parecen manchas de viejo, pienso si tendrá las mismas pecas en el escote, los escotes llenos de pecas siempre me parecieron muy hermosos, escotes cálidos como una almohada, lleva un pantalón escolar que forma líneas coincidentes en el pubis, se ata el pelo con un gesto juvenil que me desconcierta. De pronto dice me llamo Julie, le ofrezco su taza de café y digo que pases un buen día, Juliette, dejando escapar ese juego romántico con tanta intención que pienso qué estás haciendo, qué te ocurre, con qué deseos perversos te levantaste hoy.

Julie/Juliette toma su bandeja y se sienta cerca de los vidrios. El tiempo sigue detenido, no regresa el chico italiano ni entra ningún otro cliente. Todo

es tan cinematográfico que me siento conmovida, o bien reproduzco el efecto de la conmoción que cualquier actriz pudiera sentir en situaciones similares según el archivo de mis experiencias subsidiadas, qué sentimientos son los míos y cuáles son el resultado de la masticación de series y películas durante años, nadie sería capaz de distinguir qué forma parte del metraje y qué cosa tiene su verdadero origen en ti, te pertenece, imagino una máquina de ciencia ficción (sensores, electrodos primitivos) que pudiera limpiar el residuo sentimental creado por las producciones de TV, como si detectara su rastro en tu organismo igual que la huella del mercurio o del DDT, si las veces que creí amar a alguien lo amaba de veras o si acaso reproducía un romance melodramático sin saberlo, si las frases que nos dijimos como pícara seducción o el rubor durante el desayuno realmente fueron nuestras frases o tal vez el diálogo de aquellos actores en aquella serie, también cuando discutes, cuando a gritos dices que esta bronca será el final y te descubres siguiendo el registro de la mujer traicionada o la mujer incomprendida o la mujer repentinamente lúcida que cae en la cuenta del infantilismo de un hombre a quien creyó amar, también en el transcurso de esas broncas se reproduce el archivo de nuestros recuerdos subsidiados, como un piloto automático en el que confiar los mandos cuando la tarea es rutinaria.

Al cabo Julie/Juliette saca un libro, y al cabo yo salgo del lineal espoleada por ese estímulo, finjo que repaso los expositores para merodear alrededor de su mesa pero el libro ya está abierto y no logro encontrar el eslabón que me permita decir ninguna cosa sobre el título o el autor, exhibir mis conocimientos de literatura, nada, así que invento un desparpajo del que carezco y le pregunto si es bueno. Ella levanta la mirada, sonríe, dice no mucho. Y después, al fin, viene el resto.

El resto. Estoy sentada en un autobús de camino al centro de la ciudad, como si fuera una de esas chicas blancas y burguesas que llevan sandalias de tacón incluso en invierno y beben zumos y se besan en los taxis de vuelta a casa, chicas que a veces son pelirrojas y ríen como preescolares y a veces son rubias y tan bellas que no puedes dejar de mirarlas. Es viernes, Julie me preguntó qué hacía después del trabajo, yo le dije que no conocía muchos lugares adonde ir, ella dijo que me enseñaría uno donde trabajan unas

camareras tan bonitas como tú, yo enrojecí como una tonta y Julie quiso rectificar el dardo diciendo que sólo era un cumplido. Hablaba rápido y bromeaba con cierta superioridad de clase dominante, me apuntó la dirección en una servilleta, estaré muy triste si no vienes, me di la vuelta, sentí sus ojos en mi culo y noté que la vulva me temblaba como cuando los chicos me miraban en el pasillo del instituto, ese temblor o esa presencia que podía hacer que me corriera con un pensamiento, encerrarme en el baño apretando la espalda contra la puerta, bajarme las bragas, tocarme con la palma de la mano y decir qué es esto, qué me está pasando.

Qué te está pasando a ti, chiquilina llena de prejuicios, prejuicios de cama y prejuicios de raza, dime, qué ocurre dentro de tu cabecita, qué escribes en este cuaderno-pájaro-herido, este cuaderno indefenso al que cuidas y guardas en tu bolso, en tu abrigo, en la taquilla del trabajo, en un cajón de tu cuarto. Esta noche será diferente de las otras, diferente de la soledad del cuarto, de los *baklavas* y del espionaje de la pequeña Azra, mañana te contaré si me atreví a hacerlo o si vi a Julie/Juliette sentada en la terraza de una brasería y decidí marcharme, volver a casa, esconderme, llorar al compás de la muñequita bizantina, nuestros dedos rozándose a través del tabique. Llevo poco dinero encima, he mirado dos veces la combinación de los autobuses de vuelta, no quiero dormir en las escaleras de una estación de metro si todo resulta un desastre, si siento náuseas cuando me bese en los labios, soy una niña pequeña y mis manos no pueden sostener este peso, quizá podrían sostener el tatuaje del campo de concentración de Bergen-Belsen pero no la carga de la soledad y de la culpa, la deliciosa culpa recuperada.

19. Dos días que no escribo: escribir cuando nada ocurre y no hacerlo si las cosas sobrevienen, es lo justo, el autobús me lleva a mi cafetería franquiciada y no sé si tiemblo de amor al pensar que a mediodía Julie/Juliette aparecerá en la sala o si tiemblo al pensar que pueda no hacerlo, yo mirando la puerta después de cada servicio, que pase un buen día, señor, si quiere puedo subirle el pedido a su despacho.

Lo que hice y lo que no hice, lo que vi y lo que dejé que me hiciera.

Conseguí llegar sin perderme, bromeé. Enhorabuena, ¿fue un viaje muy largo?, podría haber enviado un coche de caballos a buscarte, dijo, y me pareció divertida esa forma que tenía de dirigirse a mí. Beberemos aquí el primer vaso, dijo hablando en mi idioma. Suena raro decir vaso, le corregí, de taberna de viejos.

Ni siquiera era un lugar de ambiente lésbico sino un bar moderno y algo turístico, yo había imaginado un romance metropolitano entre la ejecutiva y la camarera, y el escenario debería haber sido muy distinto, un escondite donde a nadie le importa si te besas con otra mujer, besos de boca de pez.

Era su capricho, su niña pobre y periférica, sería un acto de caridad y un soborno moderado que me invitara a cenar, no es bueno beber con el estómago vacío, pero en este país de ingratos es costumbre pagar a medias la cuenta y el precio de cualquiera de aquellas bebidas suponía para mí un día de alquiler, qué estoy haciendo, me dije, qué hago tan lejos de mi barrio protector, qué hago en el centro de una ciudad donde cada paso cuesta un billete azul, qué hago sentada al lado de una mujer que quiere apoderarse de mí.

Iba vestida de un modo insólito, falda, sandalias, camiseta escotada, intentaba parecer sexi cuando hacía tiempo que había dejado de serlo, el pelo suelto no le favorecía, eché de menos el uniforme cotidiano del pantalón gris y la blusa blanca, un uniforme que de pronto me pareció confortable, una blusa sobre la que podría posar mi cabeza y dejarme acariciar por el aroma de la lavandería.

¿Quieres que pida por ti?, me dijo, te advierto de que intentaré emborracharte. Prueba a ver, en este país la bebida es tan cara que os emborracháis enseguida para no arruinaros, o fingís que estáis borrachos. En eso tienes razón, y se rio a carcajadas. ¿Cómo aprendiste mi idioma?, le pregunté, hablas muy bien. Estudiando un poco, viajando otro poco. No te imagino haciendo turismo ni dando clases de conversación. ¿Y cómo me imaginas? No lo sé, ni siquiera sé en qué trabajas. Llamó a la camarera, ya entiendo, dijo, haces preguntas de seguridad para saber si puedes confiar en mí. ¿Y puedo? Me llamo Julie Desmoulins, *Des-mou-lins*, apúntalo si quieres, viví en Montpellier hasta los veintisiete, soy analista de finanzas, eso

quiere decir, y procuró ser pedagógica como si yo fuera una criatura primitiva que no entendiera las palabras de mi propio idioma, quiere decir que me pagan por adivinar quién se hará rico y quién no, y aunque no siempre acierte, me pagan de todos modos.

La camarera trajo las bebidas y dejó la nota debajo de un platillo, intenté no mirar la cantidad como quien no quiere ver la sangre de una herida.

Mi trabajo, continuó, mi trabajo también consiste en explicar en qué me he confundido, y soy bastante convincente, a ti, por ejemplo, te convencí para salir con una señora mayor a la que no conoces de nada. No tenías que convencerme, Julie-Desmoulins-analista-de-finanzas, dije, vine porque quise.

Desmoulins: sonaba a nombre falso, a doble identidad de agente secreto, ¿alguien puede fiarse de un apellido así?, ¿puedes fiarte de Gómez, de Smith, de Müller?, nombres de personaje de cómic. Logré sostener su mirada como en un reto infantil, yo pensé que estabas aquí por compromiso, dijo, porque tu jefe te obligaba a tomar vasos con los clientes habituales. No se dice vasos, corregí de nuevo, puse mi mano sobre su rodilla, y somos camareras de un *bistrot*, no somos putas.

Julie se estremeció, me pareció tierno que alguien como ella, como yo imaginaba que debía de ser ella, sintiera un escalofrío apenas porque una chica meridional y desclasada dijera una mala palabra. Su piel era fría, me deslicé hacia el envés del muslo. Vas rápido, dijo. Nadie nos mira, dije, podría ponerme de rodillas y nadie se daría cuenta, podría lamerte mientras las camareras emborrachan a los demás a precio de oro. No te atreverías, eres una buena chica. Miré a izquierda y derecha, me arrodillé. Pero te creo, te creo, y me sujetó las manos para detenerme, ven conmigo, dejó un billete sobrante de propinas en el platillo, nos levantamos y batimos las alas. Nadie me había dejado nunca propinas de ese tamaño en la cafetería, añadí una pizca de rencor social a mi pequeña lucha de clases, y me sentí muy triste y muy sola con mi dinero intacto en el bolsillo, y estuve a punto de salir corriendo pero por alguna razón no lo hice, quizá porque comenzaba a sentirme realmente excitada más allá de la ficción que recién había inventado.

Durante el camino Julie quiso ocupar un silencio inapropiado y me habló de la transformación que había sufrido la ciudad en los últimos años, los

turistas invasores, las medidas antiterroristas, los asaltos, las leyes excepcionales, era todo tan lamentable, se aprovecharon del miedo para aprobar esas leyes odiosas, abrieron oficinas de reclutamiento en cada barrio blanco y repartieron armas entre los brigadistas voluntarios, quieren vaciar el país, quieren blanquearlo. Su discurso estaba cubierto de una membrana de indignación y tibieza tan semejante a las divagaciones de mis padres que fue como si me llevaran de paseo y me dieran la charla habitual, esos matices antigubernamentales, esa resistencia ante el enemigo, ese humanismo que se esgrime cuando sabes que no te causará ningún perjuicio.

Que se callara, que se callara de una vez, deseé, no tenía ni puta idea de lo que estaba diciendo, Julie no había pisado jamás ningún lugar levemente oscuro, no conocía a los chicos de la esquina, no viajaba en autobús con la pequeña y la prognata, claro que hay que blanquearlo, hay que blanquearlo todo con cal viva.

Intenté tomar su mano como si fuéramos novios, o novias, pero de improviso paró un taxi con la desenvoltura de quien lo hace cotidianamente y tiene a sus órdenes una flota de carros alados, eso pensé cuando aquel taxi con licencia oficial se detuvo, pensé que era un carro alado, Julie abrió la portezuela, me pareció inmenso y funcional como una sala de espera, entré con incredulidad diciendo buenas noches en mi idioma, tan desorientada, tan fascinada por poner un pie allí dentro.

Un taxi, un verdadero taxi, el primer lujo que alguien me concedía desde que llegué a este país. En el interior había sitio holgado para cinco viajeros, tres en el banco y dos en pequeñas banquetas plegables que se escondían detrás de los asientos. El conductor preguntó la dirección de la carrera a través del interfono y recordó que la tarifa nocturna ya había comenzado. Julie sonrió, sus dientes tintineaban de libras esterlinas a despecho de cualquier tarifa. Bufidos de corceles, el chasquido de un látigo, palafreneros, las centellas de las herraduras raspando los adoquines, el taxi arrancó, yo era Cenicienta, mi nariz pegada al vidrio.

A través de las ventanas pude ver el curso de una ciudad diabólica para la que nunca habría suficientes cargas explosivas, la ciudad de los turistas generosos, de la belleza norteña y de los coches deportivos, un castillo

vigilado por cámaras de tráfico y *checkpoints* municipales, un escenario donde los hijos de los mejores exhiben en las terrazas sus americanas de primavera y sus *wags* de una sola noche, novias que sueñan con que una pizca de esa riqueza pueda derramarse sobre ellas igual que de madrugada se derramará el esperma principesco sobre su nariz, mejillas de colorete, rizos de peluquería sofisticada. A la salida del teatro otra raza mágica conversa: es la estirpe de las herederas de las grandes fortunas, las chicas altoburguesas que sujetan ligeramente sus muñecas, se ríen con elegancia y preguntan adónde irán a cenar si a ninguna de ellas se le ocurrió reservar mesa esta noche. Desde mi observatorio veo sus piernas endurecidas por el *crossfit*, sus vestidos delicados, sus zapatos, sus risas, sus cabellos, imagino sus casas de campo, sus estudios superiores, sus vacaciones en Capri y Formentera, y siento a medias ternura y a medias rencor de clase, el mismo rencor que mastican los universitarios que se emborrachan en las aceras con Beck's de supermercado y escatiman sus billetes para gastárselos en la entrada de un club donde ni en sueños podrán seducir a ninguna de las señoritas de los vestidos delicados, como tampoco lo harán los ejecutivos que tragan cerveza con la ansiedad del viernes, los ejecutivos que compartieron conmigo el autobús de primera mañana y ahora prometen beber como vikingos hasta caer rendidos y purgar las insatisfacciones del negocio, las derrotas, la humillación, la distancia infranqueable que los separa de los ejecutivos *senior* y sus grandes comisiones, es un ultraje, es un robo, llorarán de vuelta a casa, tal vez llamen a una prostituta recomendada, los que tienen mujer e hijos cerrarán la puerta del estudio y accederán a los canales *premium* del porno y la insatisfacción.

Paladines, heroínas del *crossfit*, universitarios borrachos, ejecutivos enanos: de todos será el verdugo mi príncipe Suad, les arrancará los órganos con sus propias manos y los arrojará a los perros. Imagino a los chicos de las camisetas de fútbol, los chicos olisqueadores a quienes dediqué un contoneo de primera hora, los veo regresar de los campos de adiestramiento de Oriente Medio, los veo desmontar un subfusil, esconderlo en el abrigo, cumplir con el plan previsto, apostarse en las posiciones indicadas, mirar el reloj, asegurar el arma con presteza, correr entre las terrazas, saltar sobre las mesas volcadas

sin dejar de apretar el gatillo, vaciar todos los cargadores disparando una bala para cada objetivo antes de que lleguen los temerosos agentes de tráfico a los que harán frente con fuego de guerra, invencibles *muyahidines* urbanos que se baten tan fieros mientras el Emir desliza las cuentas de un rosario y acaricia la cabeza de sus hijos.

Julie me besó como un hombre: rodeó mis mejillas con sus manos y me condujo hacia ella. Fue un beso largo, su lengua alienígena dentro de mi boca. Pausa. Supe que era un momento crucial, un instante que se repite al comienzo de la formación de cualquier pareja, una escena intuitiva en la que se decide (a veces por un gesto, una palabra) quién será el lobo y quién el cordero, y yo cargaba con todas las desventajas de mi edad y de mi clase social, pero no estaba dispuesta a perder la partida en el primer envite, así que comencé a imitar a las docenas de hombres que habían hecho lo mismo conmigo: abrí sus piernas, tiré de sus bragas, continué forcejeando hasta que el elástico llegó a las rodillas, me divertía, era un travestismo suave y sin consecuencias. Quieta, dijo Julie, pero no hice caso, quieta, el taxista se relamía desde el retrovisor, hurgué sin escuchar sus protestas, hurgué hasta que mis dedos encontraron lo que no esperaba: Julie tenía el pubis depilado, porcelana.

Y sentí una vergüenza hiriente, la profunda vergüenza de la doncella frente a su señora, el mío era el pubis de una chica subdesarrollada, pubis-obstáculo, mientras que el suyo era la idealización de una estatua de piedra.

Sentí bochorno, sentí el miedo de ser ridiculizada, y me alivió el hecho de que al menos me hubiera rasurado las axilas esa misma tarde. Pero después pensé que si bajas a las cocinas y fuerzas a una criada no esperas que te reciba con agua de rosas y lencería de cristal, sino que buscas el aroma acre del trabajo, la animalidad de los seres inferiores. Si tuviera el pubis depilado, me dije, Julie no vería en mí a una pobre chica a la que tomar y pervertir, el pecado y la clase social son excelentes conductores del placer, ampollas de dopamina a tu alcance, al alcance de las chicas católicas, quién puede saberlo mejor que yo. Ojalá sea católica, me dije, muchas familias francesas lo son, ojalá se sienta conmovida por las mismas cosas que a mí me conmueven, no podría soportar esa frialdad con la que los positivistas recelan de quienes se

hunden en la superstición y la melancolía, por qué te arrastras como un condenado, dicen, cada problema tiene una solución objetiva, dicen. No, Julie no se atreverá a tratarme con esa soberbia racionalista, Julie tiene un alma bondadosa y cristiana, estoy segura, saqué mis manos de su falda y me deslicé sobre ella como una niña a quien el día se le hizo muy largo y quiere que la lleven en brazos. Necesitaba que fuera mi novia, mi esposa, mi mujer, y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirlo. Cualquiera.

En el ascensor nos besamos como chiquillas, entramos a oscuras en el apartamento y cubrí su vulva con la palma de mi mano, mis mejillas contra sus nalgas, unas nalgas frías y tensas. Humedecí dos dedos con saliva, los introduje y comencé a dar vueltas, a cada tanto los volvía a humedecer hasta que ya no hizo falta, mis dedos se movían como rodamientos lubricados, agité, Julie comenzó a tiritar, saqué los dedos y la bolsa de flujo reventó contra el suelo mientras yo buscaba con la lengua el botón de su culo. Sabía a mierda, mierda no burguesa. Julie se corrió violentamente, sus piernas temblaban. Permanecí intacta a su lado, de rodillas, vestida hasta el último broche, obediente como una criada, mi pubis a buen recaudo.

Lo peor, pensé, lo peor llegaría cuando quisiera devolverme el servicio, no sería capaz de soportarlo, tendría que salir huyendo de aquella casa en sombras, correr a la cocina, encontrar un cuchillo de *roast beef* y hacerle frente, Alá es grande, Alá protege a las chicas indefensas que son devoradas por los depredadores de la cadena trófica. Pero Julie se arrodilló como una emperatriz que concede a sus súbditos una dicha inalcanzable y me abrazó con ternura como haría una hermana, una amiga de todos los años, retiró su cabello para ofrecerme cobijo, aspiré el perfume de su *body milk* y me acurruqué a su lado, y en ese momento sentí que comenzaba a brotar en mí una llantina lenta e idiota, un llanto de desconsuelo que empieza muy abajo y asciende y quiero contenerlo pero consigue abrirse paso y alcanza mis labios, mi nariz, mis ojos, y no son las lágrimas sino la condensación de un llanto que parece el de una niña encerrada a la fuerza en su cuarto, los dedos arañan la puerta, no hay nadie en casa, la niña piensa que va a morir pero alguien acude al rescate, y ese alguien es Julie Desmoulins, oh Julie, que me dice en su idioma no llores, no llores, y no sé si ocurre o si imagino que ocurre pero

Julie me toma en vilo y me lleva a la cama y me desnuda como haría una enfermera, y también ella se desnuda y las dos nos abrazamos con una cercanía y una fraternidad que no había sentido nunca, ni con mis padres ni con mis amantes ni en sueños al lado de nadie que supiera que aquello sólo es un llanto sin motivo y que no deberías preguntarme qué te pasa, por qué lloras, y amo tanto a Julie Desmoulins que pienso si no será así el amor verdadero, el amor de los cuentos, el de las canciones y las películas fatalistas, ese amor del que nos hablan desde que somos pequeñas y que nunca aparece.

Crononauta: tengo trece años, tal vez menos, es agosto, mi padre trabaja y mi madre pretende convertirse en mi amiga inseparable, sabe que pronto escaparé de ella y quiere retener el último verano de la infancia, llevarme a la playa, dibujar conmigo, leer a mi lado, jugar a las muñecas que ya nadie renovará aunque sean despojos, la niñez se extingue, el sexo, la rivalidad y Marieta ya aguardan agazapados detrás de un tablero de damas, sólo quiero que me dejen en paz, dormir hasta tarde, ver la TV, leer novelas indebidas y escribir bobadas en mi diario. Mamá me despierta temprano para pasar el día juntas en una playa salvaje adonde nos llevará un pequeño barco de pesca, será una gran aventura, dice, volveremos cuando se haga de noche, me abraza, estoy sentada al borde de la cama, me acaricia el pelo y yo comienzo a llorar con la misma desmesura con la que ahora lo hago en el cuello aromático de Julie Desmoulins, no puedo contenerlo, ella me pregunta pero qué te pasa y el llanto aumenta, es un dique demolido con cargas explosivas, una hemorragia, y sólo cuando transcurren algunos minutos y ella promete que no iremos a ninguna parte, sólo entonces comienzo a hablar y a parecer razonable, y le explico con mi lengua de niña que no entiendo por qué soy hija única, no entiendo por qué no me dieron una hermana cómplice o un hermano adversario, por qué me condenaron a esta infancia sin aliados, si cuando nació dijeron que otro espécimen como yo sería insoportable o si no pudieron, si te lamentaste en la consulta diciendo no me diga eso, doctor, por favor.

Toda mi melopea es una mentira, excusas, yo nunca quise tener un hermano, ni siquiera una hermanita con quien jugar a las prendas, nunca sentí

la rareza y la misantropía de los hijos únicos, sólo quiero que me dejen en paz, que no piensen que tienen la obligación de entretenerme, que se olviden de mí y jueguen a sus propios juegos, y es ese mismo llanto indefinido y abrupto el que ahora me asfixia en el cuello fragante de Julie Desmoulins, que no dice ninguna palabra de consuelo pero me lleva dulcísima hasta la guarida de su cama *king size*, donde no existen las explicaciones ni los malentendidos ni los remordimientos.

Lo que sucedió después fue mucho más sencillo de como imaginaba: yo no abrí los ojos, calientes y picantes por las lágrimas, ella se deslizó a mi alrededor como si fuéramos animales marinos que se escurren cuando intentas atraparlos con dedos humanos, no pareció importarle el pubis-obstáculo, buscó acomodo entre mis muslos y me sorbió sin prisa. Me dije ya está hecho, ocurrió, no sentí ningún placer elevado, tampoco una repulsión instintiva, ocurrió como ocurre la lluvia o como ocurre un desprendimiento, nada fue tan misterioso ni tan destructivo. Dormimos abrazadas como dos ángeles. Era hermoso, y pensé que si alguien nos observara también creería lo mismo.

Porque realmente era hermoso.

20. De madrugada siento el pellizco del hambre, al fin y al cabo soy una sureñita en ayunas. Julie duerme profundamente. Camino de puntillas, no quiero despertar a mi anfitriona, en la penumbra observo las dimensiones del apartamento, los amplios espacios, las ventanas sin marco ni cortinas, el desorden de las habitaciones, el espejo negro de la TV donde se refleja mi cuerpo desnudo, el parpadeo de los artilugios en reposo. Hay restos de una comida apresurada en la cocina, me pregunto si Julie no contaba con la posibilidad de traerme a casa o si acaso es tan descuidada y tan masculina que no le importó, pero luego caigo en la cuenta de que el lunes, a primera hora, una sirvienta se encargará de poner orden a los excesos del fin de semana, una sirvienta que recibe su sueldo a través de una agencia, que guarda una copia de la llave y que no conocerá a su patrona, una sirvienta necesariamente extranjera, oriental o caribeña, yo misma podría haber sido

esa sirvienta, paradoja cuántica: en un universo alternativo, Julie y yo nos enamoramos fortuitamente, ella me lleva a su casa, yo me asombro al ver el portal, no dejo de mirar el número que pulsa al subir al ascensor, entro con el rango de amante en el mismo apartamento donde soy la mucama, es una casualidad mágica que no existe porque no creo ni en el azar ni en el multiverso ni en Paul Auster.

Creo, en cambio, en la lucha de clases.

Y creo en el rencor clasista.

Mis jugos gástricos se excitan al ver los quesos, las salsas, las mermeladas que Julie guarda en el frigorífico, calculo cuántas horas de trabajo serían necesarias para pagar esa cesta de fruslerías. Encuentro pan de centeno, limpio un cuchillo, corto pequeñas rebanadas y devoro tostaditas de confitura de mango sentada sobre un taburete de aluminio, sintiendo el frío del metal sobre mis labios desnudos. Repentinamente me encuentro hermosa y aventurera, deseo que ese instante perdure, yo protagonizando el asalto jacobino a un templo burgués, mis labios ajustados al asiento, basta un balanceo del taburete-péndulo para que el placer se aproxime, sonrío, quiero que el arañazo continúe hasta que amanezca, recuerdo un terrible poema donde un escritor despreciable describía la vagina de una niña-ninfa como el corte de una navaja, sueño con mi comité de chicas terrofeministas, sueño que un comando de la brigada literaria secuestra a ese viejo escritor de gabán y tertulia, si todavía vive, y graba sobre su piel de leopardo siete metáforas SCUM que dicen

el asidero del alpinista,
el surco de la labranza,
la falla de San Francisco,
el hoyo de las canicas,
el caldero del duende,
la sopa ácida,
el origen del mundo.

Y así permanezco durante mucho tiempo, mi vagina ajustada al metal del taburete como una ventosa. Luego busco el atadizo de la ropa despojada, abro el cuaderno, escribo estas líneas llenando mis pulmones de aire nuevo,

escribo hasta que amanece y una luz blanca se proyecta a través de los vidrios. Julie dormida, yo desnuda en su cocina, devorando sus exquisiteces y escribiendo que hago lo que escribo: crononáutica, por más que viajara en el tiempo no sería capaz de encontrar un momento en el que haya sido tan feliz, tan pícaro y tan revolucionaria como lo soy ahora.

21. Amanece muy despacio como en una litografía japonesa, en el planeta burgués los amaneceres son armoniosos. Julie se incorpora con un ligero sobresalto, yo no estoy a su lado, me pregunto si en su cabeza destella el relato de la intrusa que seduce a una mujer poco precavida, una troyana que entra en su casa, finge un llanto y un leve orgasmo, inyecta a su víctima un potente narcótico, desvalija el apartamento, se escabulle. No, Julie no le teme a nada, Julie habita en la cima de la pirámide. Se acerca a mí, me abraza de espaldas, descansa en mi lomo como si yo fuera la amante mayor y ella la chiquilla que hierve. Quiero ser su novia, quiero quedarme para siempre en este apartamento donde brota la primera luz del mundo, quiero despedir a la sirvienta y lavar su ropa, planchar sus blusas, esperar con ansia a que mi mujercita vuelva de la oficina y actuar con la sumisión y la complacencia de las buenas esposas. Nuestros brazos se cruzan en aspa, me asombro al ver su carne europea junto a mi piel oscura. A su lado soy una niña mestiza, niña piesnegros, niña argelina que proviene de una tribu adonde no llegaron el progreso, la sanidad, el ferrocarril, el detergente. Paradoja: en el barrio *halal* soy de nácar para los poetas que hablan de mí en sus *qasidas*, pero con Julie soy peluda y negra. De niña, en el viejo país, a mis padres les encantaba mi blancura, en la playa me calafateaban de crema protectora, siempre hubo en mí una mezcla de temor y deseo hacia lo oscuro, hacia los gitanos que aún vivían en poblados, aquellos chiquillos marrones que nos asustaban sólo porque eran capaces de cualquier atropello, lo de menos es que te arrancaran la cadenita de la comunión o el reloj Casio, lo malo, lo peor era que te insultaran con esas bocas llenas de demonios, que te dijeran puerca, gorda, fea como el culo de un macaco, esos macacos que entonces, como si fuera otro siglo, llevaban atados de una cadena y los adiestraban para bailar

pasodobles mientras los vecinos arrojaban monedas desde los balcones, en el viejo país de la periferia europea aún ocurrían esas cosas antes del urbanismo intensivo, cosas tan diferentes de la racionalidad en la que hubo de ser educada la joven Julie Desmoulins, sus padres de distintas nacionalidades, los idiomas varios a la hora de la cena, las lecturas indicadas, las clases de natación.

Julie se enternece como una gatita, busca mi cuello, me besa, susurra buenos días y yo descubro que la burguesía siempre huele a sábana recién cambiada y a ducha reciente, Julie sujeta mis pechos y besa las puntas con una delicadeza que me estremece. Estoy a punto de lanzarme de nuevo hacia ella recordando los amaneceres despiadados junto a mis amantes, pero entonces pienso que quizá no sea necesaria tanta voracidad, y me imagino en un clip de compilación ordeñando a una docena de hombres medio dormidos sólo para demostrarles cuánto soy capaz de proporcionarles de buena mañana. Quizá baste con sonreír y ser amable, preparar el desayuno, tomar café, fingir que debo irme a casa confiando en que Julie diga es pronto, no te vayas, dame un beso, estás guapa con esta luz de sábado y de nadaquehacer. Te aburrirás de mí antes del mediodía, le digo, y luego no sabrás cómo echarme de tu casa. Vuelve a besarme los pechos, los sostiene por el arco como si quisiera calcular su peso. Eres bonita y eres distinta, me dice. Pasa conmigo el fin de semana.

Son violines lo que escucho, el mundo comienza a ordenarse como piezas de Tetris. De modo que es así como ocurren estas cosas, es así como un intruso entra en tu vida y se hace dueño de ti, un intruso que en una novela de Dickens te habría vigilado y protegido durante años y ahora revela su verdadera identidad, y te abrazas a él, y le agradeces todos los favores, Julie piensa que soy hermosa, Julie me pide que no me vaya de su lado.

Está bien, le digo, te haré ese favor.

Nos besamos.

22. Como una enamorada, me dejo llevar a restaurantes y jardines, paseamos por un pequeño parque adonde apenas llegan los turistas, la hierba está seca,

nos tumbamos al sol, quiero besarla pero hay niños jugando al fútbol y señoras que leen sentadas en un banco. Sonrío, mi chico y yo hemos follado en todos los parques de esta ciudad sin que nos importara que nadie pudiera ofenderse por lo que hacíamos, si acaso aquel pudor infantil que él sentía, algo parecido a la vergüenza de que mamá te sorprenda en tu cuarto, o si acaso la mirada de las chicas del *hiyab* que llevan a sus hijos a los columpios y me observan horrorizadas, cómo puedes dejar que te haga eso delante de todos. Con Julie será distinto, a Julie no le agrada que ningún ojo se entretenga con nosotras, pertenece a un mundo protegido por libras esterlinas, las provocaciones y los excesos de la juventud le parecen bobadas. Deslizo mis dedos por la palma de su mano, cierro los ojos y me dejo arrullar por el sol de la primavera del norte de Europa.

En el restaurante ella elige y paga mi comida como si fuera su hija adolescente. Es comfortable estar a su lado, se desenvuelve con esa presteza de las clases superiores delante de los camareros y las cartas del menú. Pide vino espumoso, un vino terrorífico, no tenemos ninguna prisa, hablamos en su idioma y en el mío, a veces me cuesta enderezar las frases, especialmente a partir de la segunda copa. Julie es una gran conversadora, me pregunta por mi país y por mis estudios, ¿mis estudios?, le digo, quizá no estudié ninguna cosa, ella sonrío, es verdad, dice, quizá no lo hiciste, yo estudié matemáticas, dice, tenía por delante una brillante carrera académica, me habría gustado trabajar en un observatorio astronómico, los astrónomos son sacerdotes, y por qué trabajas en la bolsa, pregunto, porque se gana mucho dinero, sonrío, las predicciones económicas se basan en algoritmos, los números son una rutina, los modelos se repiten como cuadros meteorológicos, ni siquiera tengo que conocer el nombre de las empresas, no sé nada de estrategias económicas, de cárteles, de intrigas financieras, pero veo esos números y sé decir qué le pasa al paciente, es un trabajo de traducción, dice, te estoy aburriendo, no, en absoluto, yo no tengo ninguna gran historia que contar y tú tienes algoritmos, le digo, y ella sonrío, es un juego de niños, niños con demasiado dinero encima que se asustan pensando que pueden perderlo, cuando cayó Lehman Brothers, dice, no sé si lo recuerdas pero cuando cayó Lehman Brothers fue como una predicción autocumplida, nadie supo verlo y sin embargo los

modelos lo decían desde hacía meses, lo decían con una magnitud tan desproporcionada que ninguno de los analistas quiso tomárselo en serio, si me preguntas qué pasa ahí dentro, quiero decir, dentro de las bolsas internacionales y del mercado de productos secundarios, te diré que no tengo ninguna respuesta, nadie la tiene, sólo vemos una porción de la galaxia y no hay quien sea capaz de ver el conjunto, el conjunto es demasiado grande, faltan ojos humanos, ojos y observatorios espaciales, es un dilema filosófico, si intentas ver el conjunto no sabrás nada de las cosas concretas, y si observas lo concreto luego no serás capaz de levantar la vista para ver el conjunto, las matemáticas son un factor de ordenación en esa entropía, a los clientes les digo que pongan el dinero en cajones distintos y que no se dejen engañar por los beneficios de una casa de apuestas, les doy los mismos consejos que les daría su abuelita y ellos se marchan pensando que hoy no multiplicarán su dinero pero que tampoco van a perderlo. La botella se termina, el vino afila los ojos de Julie, vámonos, dice, y yo siento que he tenido la conversación más interesante de toda mi vida, siento que me he asomado a la contemplación de grandes misterios de la existencia pero que no he entendido ni una sola palabra, ni el abecedario.

Follamos en la sala y eso sí que lo entiendo, digo *follamos* aunque me resulta extraño e incompleto lo que hacemos, no parece la palabra adecuada. Es lindo comernos a un tiempo, piezas encajables, de veras que es lindo pero siento como si no fuera más que el preámbulo antes de que aparezca un tipo que nos riñe por haber comenzado sin él. Lo hago despacio, procuro ser suave aunque a veces quiero morder y llenarme la boca, temo no ser tan buena como el resto de sus amantes, no me atrevo a confesarle que anoche fue mi primera vez con una mujer, lo de Marieta no cuenta, confesarle que hasta ese momento apenas he sido una criatura de gustos comunes pero que ya hice acto de contrición, oh Julie Desmoulins, no me sueltes la mano, tu lengua se abre paso como si quisieras unirme con un óleo nuevo, aprenderé a comerte y aprenderé algoritmos y astronomía, beberemos vinos horribles y te besaré cuando nadie pueda vernos.

Nos abrazamos en el sofá, tú te quedas dormida y yo acaricio tu frente. Ya casi no veo en ti a la dama ejecutiva con prebendas y doble nacionalidad y

rigores, cuando duermes estás indefensa en mis manos, sería capaz de degollarte como aquella mujer uzbeka, sería capaz de deslizar la daga de los sacrificios y rajar la carótida, separar los tendones, aserrar los huesos y arrojar tu cabeza decapitada desde la ventana para hacerme la dueña de tu palacio, de tus artilugios, de tu ropa y de tu despensa, de todo cuanto te hace tan diferente de mí, que no te merezco, que soy tan poca cosa a tu lado, la chica de la cafetería franquiciada a la que te follaste este fin de semana.

Julie insiste en que me quede otra noche, yo no tengo ropa limpia, a ella le excita buscar en su armario prendas sexis que puedan encajarme, dejo que juegue conmigo como yo jugaba con Marieta, soy una muñeca en sus manos, una muñeca de fin de semana, llevo sus bragas y su sujetador, es como si fuéramos chicas de campamento que comparten el vestuario. Salimos, llegamos en taxi a un bar lésbico (esta vez sí), observo cada cosa con curiosidad expedicionaria, las ropas, los zapatos, y me río de mis prejuicios porque ninguna lleva el pelo corto ni viste masculinamente, me acuso de ser tan estúpida como para pensar que sería un antro perverso cuando en realidad se trata de un bar para mujeres de cierta clase, mujeres que llevan falda y tacón, mujeres que bailan y beben y buscan el amor de otras mujeres dentro del espectro de su raza, su nacionalidad y su estamento. Tal vez yo sea la única extranjera, pienso, y luego veo detrás de la barra a una chica asiática sirviendo las bebidas y me pregunto quién ocuparía el estrato inferior, si la chinita-ella o la sureñita-yo, un escote aromático que debe de oler como las fruterías en verano, vaqueros tensos cuando se da la vuelta y se pone de puntillas para alcanzar una botella de ginebra, la chinita es guapa, me gusta tanto como me gustaría un hombre, imagino su vulva como una superficie de plástico, ahora sé cómo se acaricia y cómo se come una vulva y al pensar en eso puedo sentir una gota de orina en la punta de la lengua, mis ojos redondos observando a la chinita. Julie ni siquiera se da cuenta, sonrío y saluda a algunas conocidas, está radiante, quiere presumir de la conquista, sus manos se posan en mi culo, me toma de la cintura como una novia tomaría a un novio, me exhibe, tal vez se cobre una pequeña venganza delante de otras mujeres, participo de la pequeña obra de teatro y acepto mi personaje, qué puede importarme si ella es feliz así.

Duermo en su cama por segunda vez. Las sábanas de los ricos, incluso aunque sigan sucias y deshechas de la noche anterior. Esas sábanas que quizá sean de seda o de lino o de algodón egipcio, mi culo desnudo sobre esas sábanas frescas, dormir sin fuerza gravitacional, los brazos abiertos, la boca de Julie abierta sobre mi hombro.

El domingo nos despedimos con un beso en los labios, ninguna se atreve a decir te veré mañana, ya casi empecé a amarte. No me da su número de teléfono, no me pide el mío, y me siento triste y frágil por eso, tengo los brazos helados. La ciudad está vacía, el autobús-navío atraviesa la galaxia para depositar mi escoria en el vertedero. Camino por la acera y percibo en los chacales un aumento del odio y del deseo, como si lo supieran, como si pudieran adivinarlo y ya no les bastara con arrastrarme y apoderarse de mí a golpes, merezco la aplicación de las leyes islámicas sobre mi cuerpo, he deshonrado a su dios y al mío, deben ahorcarme, deben lapidarme, deben arrojarme a los cerdos que los cristianos crían en sus granjas diabólicas. Los cerdos.

Cuando llego a casa ya nada es lo mismo, no soy la chica que el viernes tomó el autobús, mis cosas parecen tristes y ridículas, mi habitación es una cuadra, la tierra se mueve y se abren fosas, estoy condenada, iré al infierno, los diablos me partirán el cráneo y me arrancarán el nombre, vagaré sin saber cómo me llamo, rogaré que alguien me diga quién fui, qué hice.

Pero no sólo yo, todo ha cambiado en dos días: en la cocina encuentro a Azra demudada, sostiene una taza de té y hurga en su teléfono móvil, no supo de mí durante el fin de semana, pienso, temió que hubiera ocurrido una tragedia, deportación, rapto, y ahora me ve aparecer en el vano y suspira de alivio como una esposa o como una madre que abraza a su hija antes de decirle no vuelvas a hacerme esto.

No, a Azra no le tiemblan las manos por mi culpa, qué te pasa, le pregunto, mi país, dice, en mi país ha habido un golpe de Estado.

Frase precisa, titular de periódico.

Un golpe de Estado.

Tengo que esforzarme para ahogar una sonrisa. Azra se echa a llorar sin consuelo, yo mando al cuerno la distancia proxémica y los aranceles

culturales, pongo mis manos sobre su antebrazo y le pregunto por su familia, por su casa, todavía no he conseguido hablar con ellos, dice, pero cómo ha ocurrido, pregunto de una manera idiota, el ejército, dice, los militares acusan al presidente de ser un fanático islamista, el ejército no entiende nada, hacen maniobras internacionales y se sienten europeos y de pronto les parece primitivo cualquier sentimiento religioso, mi padre es teniente en la reserva, ¿entiendes lo que eso significa?, ¡teniente en la reserva!, me escribió esta mañana felicitándome por la noticia antes de que se cortaran las comunicaciones, la TV dice que el golpe ha fracasado, que el gobierno se impuso a los conspiradores, que los golpistas ya están en prisión, la policía irá a mi casa, sacará a mi padre a la calle y lo humillará delante de los vecinos, puede que ya lo hayan hecho, los jueces los desposeerán del rango y del subsidio, ¿no lo entiendes?, todo se ha acabado para nosotros, todo ha terminado. Azra llora sin consuelo, su carita recogida en los límites del *hiyab*.

No sé qué decirle, me gustaría hablarle de Julie y contarle que yo también he sufrido un cambio de régimen. Imagino que la abrazo con dulzura y le digo palabras al oído, que la desprendo del *hiyab* y le acaricio los cabellos, no te preocupes, a la señora Desmoulins le gustaría una amante pequeña y turca, la señora Desmoulins tiene amor sobrante para las dos, viviremos en su casa como en un consulado, seremos sus refugiadas, inventaremos una nueva forma de poligamia, puedes seguir llevando pañuelito si quieres, a mí me parece sexi, harás la compra, cocinarás sopa de verdura, te sentarás con ella sobre la hierba del parque, nos repartiremos el trabajo, yo me encargaré de las provocaciones y de los bares para chicas, yo seré la muñequita y tú la esposa confidente, un gran equipo, juntas formaremos un gran equipo, iremos a buscar a Julie a la salida del trabajo, el nuestro será un amor perfecto.

Mi padre nunca quiso que llevara *hiyab*, dice interrumpiendo la fábula, se lo prohibió expresamente a mi madre, se ofendió cuando quise cubrirme al entrar en la universidad como hacían mis compañeras. Cree que en eso consiste ser demócrata, en prohibir a tu hija que se cubra. Es un ingenuo y un ignorante, igual que esos golpistas que no saben nada de lo que ocurre fuera de los cuarteles, fuera de los portaaviones y de los gabinetes del alto mando. Y tú piensas lo mismo, ¿verdad?, piensas lo mismo que las chicas blancas de

esta ciudad, os preguntáis por qué nos sometemos de una forma tan humillante, somos una plaga para vuestros ojos, vais medio desnudas por la calle y decís que ningún hombre os obliga a vestiros de ninguna manera, y tenéis razón, no es un hombre quien os lo dice, son todos los hombres, los hombres que diseñan y venden vuestra ropa, la mirada de los que se sienten excitados al veros. Yo no conozco a ninguna mujer que lleve el *hiyab* en contra de sus deseos, ninguna mujer a quien su marido obligue a vestir a la manera islámica, como tampoco conozco a ninguna mujer musulmana que decida dejar de serlo, que haya perdido la fe y la confianza en Dios y el respeto hacia sí misma y hacia su propio cuerpo, dice. Para mi padre no son más que pamplinas orientales, mi padre sintoniza la RAI porque aprendió italiano en la base de Sigonella y se emboba con las azafatas de *La ruleta de la fortuna*.

Teología de barrio, chismes. Azra habla con locuacidad mientras hormiguea en su teléfono. Pienso en todo lo que he hecho este fin de semana e imagino que decido contarle una porción, imagino que le digo siéntate, Azra, voy a hablarte de un asunto que dejará en nada las angustias de tu golpecito de Estado, hace unos meses entró en la cafetería una dama que.

Sonrío.

Quiero decirle que la autoridad también vino a mí para desposeerme de cuanto tenía.

Que un poder insospechado me interrogó sin juicio durante cuarenta y ocho horas.

Y que ahora me siento ultrajada, humillada, herida, feliz, feliz como nunca.

Y entonces me doy cuenta de que nada que provenga de Azra tiene ya ningún interés, no me conmueven ni su soledad ni su desesperación, no me arañan sus dilemas morales, quiero que desaparezca, que desaparezcan ella y su país fanatizado, quiero marcharme de esta casa, quiero perderla de vista, he conocido la cama de Julie y ya no me satisface mi antiguo papel de quintacolumnista en esta comedia.

Que bombardeen de una vez el barrio.

Que los sepulten a todos.

Que los tanques de la Royal Army aplasten como nueces las cabezas de sus hijos para que tengan verdaderos argumentos revolucionarios.

Que repatrién a Azra y la sometan en Ankara a un juicio de honor, ya nada me importa.

Es la consecuencia del verdadero amor recién descubierto, el crudo sentimiento del individualismo, el amante sólo quiere a su amado, el resto es un estorbo, *libertad no conozco sino la de estar preso en alguien cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío*, soy Julieta enamorada y maldigo a mis dos familias, la familia del país adonde no regresaré jamás y la familia del estrato lumpen al que pensé que pertenecía, *alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina*, qué ingenua, qué facilidad para conformar una clase a tu medida, *por quien el día y la noche son para mí lo que quiera*, yo no soy como ellos aunque me ahogue en la misma pobreza, yo tengo ojos y lengua e idioma, *y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu*, y libros, tengo libros como pensamientos-insecto, y recién lo comprendo y me asombra que durante tanto no me diera cuenta de eso, *como leños perdidos que el mar anega o levanta*, Europa es mi patria y quiero una bayoneta para defenderla, para defender a Julie, para defender a los hijos que tendremos y los viejos libros del osario llenos de sirvientes mapuches. Pequeña Azra, tú eres todo lo que odio, te odio a ti y tu país y tu religión y esta casa y esta cocina y tu Único Libro y esta taza de té que me ofreciste para volcar sobre mí tu desconsuelo, odio tu pañuelito y tu pulcritud, tus moralidades, tu cortesía con una chica católica que te produce tanto asco, ojalá mi retina hubiera registrado un clip donde Julie y yo retozáramos como dos cerdas que se comen a bocados, ojalá hubiera grabado esas imágenes como en una fantasía tecnológica y que con un simple gesto pudiera proyectarlas sobre los azulejos de la cocina para que vieras cómo mi matrona explotaba de fluidos vaginales cuando yo agitaba los dedos dentro de ella, quiero corromperte a ti, pequeña y ridícula Azra, quiero destruir tus convicciones enseñándote lo que una chica puede hacer con otra.

Ni siquiera habrá borrado el mensaje, dice, lo habrán detenido, le habrán requisado el móvil y habrán encontrado cientos de pruebas para acusarlo de traición a la patria, tendrá suerte si no acaba en una cárcel militar el resto de

su vida. Azra sigue hablando como un manantial y yo quiero dejarla a solas con su dolor político, se agarra a la confidencia con una desconocida, una mujer de una tribu muy distinta a la suya de la que apenas sabe nada, ¿eres cristiana?, me pregunta repentinamente, y yo no sé qué contestar, ayer le habría dicho que sí, pero hoy no quiero que encuentre ningún asidero, no quiero que piense que soy una buena chica, porque no lo soy, no lo soy en absoluto. En tu país hay muchos cristianos, tu religión y la mía no son tan diferentes, dice. Somos lo mismo, dice, y eso sí que no lo consiento, porque de ningún modo lo somos, ellos son unos bárbaros y nosotros aprendimos a creernos sólo la mitad del cuento, la mitad más conveniente.

Está desesperada, necesita seguir hablando, el teléfono le tiembla en las manos, en mi cabeza circulan como en un visor turístico todas esas imágenes, Julie espantada en el taxi, Julie de pie mientras me alimento de lo suyo, Julie desnuda a mi lado en la cama, Julie vistiéndome con sus caprichos, Julie bebiendo copas de vino y pagando la cuenta del restaurante, Julie adormilada en la hierba del parque.

Entonces ocurre: Azra rompe a llorar desconsolada y yo la abrazo, su llanto es el de una niña que se queda sola para siempre, ni siquiera se estremece cuando aprieto mis manos contra sus hombros, nuestros pechos se juntan, percibo esas dos pequeñas frutas a través de la tela de su blusa, susurro en su oído, aspiro el agua de colonia con la que perfuma su *hiyab*, beso su frente, sus mejillas, sus labios, consigo introducir mi lengua dentro de su boca, sujeto sus muñecas con fuerza, apenas siento sus golpes cuando de pronto suena agudísimo el timbre de su teléfono y yo aflojo y ella descuelga y sale corriendo hacia su habitación mientras habla en su idioma y procura recuperar el aliento. Desde la cocina, aún sofocada, oigo el portazo y la doble vuelta de la llave, y pienso si se atreverá a hablar conmigo de nuevo, si querrá contarme otra vez alguna de sus mierdas y sus miedos, y confío en que una implacable guerra civil arrase Turquía durante cien años, confío en que nuestro viejo dios católico se cobre al fin su venganza.

No consigo dormir en toda la noche.

No volveré a conciliar el sueño en esta pocilga que no me merezco.

23. Las horas se hacen eternas en el *bistrot*, Julie tarda en venir, no suele retrasarse, veo entrar a algunos de los colegas de su oficina pero ella no aparece, tiemblo, pienso que se aburrió de su juguete y ahora se sentará en otro lugar donde el café lo sirvan chicas argentinas, tal vez alguna surfista canaria, una surfista con mechones rubios como hojas de árbol y lóbulos sin pendientes, yo no podría competir con una conejita de Valparaíso que le contara que apenas vino para un viaje de estudios y que decidió quedarse para aprender el idioma. Siento una cólera inmensa, me engañó, qué hice, qué pensé, todas las sureñas somos idiotas, nos embaucan con su superioridad septentrional y luego nos abandonan, fui un artículo para ella, una *escort*, un entretenimiento de fin de semana como una experiencia de multiaventura que incluye besos, escorrentías, parque urbano, almuerzo y sesión de media tarde (tasas no incluidas en el precio), quedé abandonada en el nicho de mi cuartito y en el absurdo pabellón de mi cafetería franquiciada, así opera el capitalismo con la mano de obra resultante, pienso.

Pero entonces la puerta bate y aparece ella.

Julie Desmoulins vestida de ejecutiva suprema.

Y veo venir hacia mí a una mujer vieja y gris como un tejón, y quiero salir corriendo porque me siento desnuda en mitad de la cafetería, desnuda y vulnerable como si todo el mundo supiera que ayer dejé que esa anciana capitalista me devorara con sus mandíbulas de escarabajo. El estómago me da un vuelco, qué hago ahora, qué puedo hacer ahora, dónde esconderme, cómo borrar lo que ha ocurrido, Julie se acerca y sonrío.

24. Toc, toc, ¿hay alguien ahí? Hace un mes que no abro este cuaderno. Un mes. Un mes que fue un milenio, el cuaderno de los cincuenta peniques quedó olvidado en mi habitación como un libro de condolencias, no me llamaba a gritos como antes, no me acompañaba a cada paso, Julie se había hecho un hueco a mi lado y el tiempo comenzó a fluir de otra forma, mis pensamientos dramáticos se diluyeron, las amenazas, las dudas, nada.

La dama-tejón. Leo la última página y me acuso de ser tan maleducada. Atiende bien, mujercita: la dama-tejón ha venido a salvarte de la miseria,

deberías sentirte tan agradecida como los náufragos cuando ven acercarse las lanchas de salvamento, esos náufragos del Mediterráneo trágico, ¿los recuerdas?, no hace tanto que no dejabas de pensar en ellos, te hacían sufrir, te lamentabas incansable, tú no naufragaste, ninguna guerra civil, ninguna crisis humanitaria, ninguna migración a vida o muerte, tu existencia era común y aburrida y por eso el cuaderno, por eso el malestar insoportable que te empujaba a escribir.

 Escribir sobre las rodillas, oculta debajo de la visera de los Knicks.

 Escribir sentada en la última fila del autobús.

La visera me protege como un campo de fuerza, los pasajeros se aprietan junto a mí, podré mantenerlos alejados mientras siga escribiendo, pero si me detuviera, si para pensar con claridad o para cuidar lo que digo me detuviera un instante, entonces la cápsula se desvanecería y los enemigos me harían pedazos, pobre chica blanca de camino al barrio equivocado, dirán, ¿no leyó los rótulos, las gacetas comerciales, los anuncios de viviendas en alquiler donde se proclamaba nuestra diferencia, nuestra específica naturaleza de gueto autoconstruido? Sin hijos, sin marido, sin ningún anclaje, esa actitud, ¿no es una provocación? Mis enemigos. Calla, es pecado de soberbia pensar que yo pudiera tener enemigos, y la soberbia no cabe dentro del cuaderno de los cincuenta peniques, mi cuaderno es ciego y me permite ser tan simple o tan arrogante como yo quiera, no presumiré de cuanto sé ni engañaré a nadie con cuanto ignoro, no mentiré diciendo que vi esa película y leí aquel libro, si supiera siete citas de *Los siete contra Tebas* en los siete dialectos jónicos podría taquigrafiarlas en esta página sólo por el placer de hacerlo siete veces, pero yo no sé nada del jónico ni del adriático, yo sólo sé un poco de muchas cosas, una porción demasiado vulgar para convertirla en un poema de lamparita encendida.

 Poema de lamparita encendida y noche de tormenta.

A los veinte años escribí demasiados poemas lamentables, y demasiados relatos lamentables, y luego mis lamentables novelas de treinta páginas, y los lamentables novios de cuatro meses, y los estudios sin lamento. Basta, es demasiado.

 Ahora será distinto.

Ahora escribo sobre nadie que procura parecerse a mí, y nadie leerá lo que escribo.

Lo que escribo en estas páginas de cincuenta peniques, inútiles para nadie.

Serán una crónica, un atestado, un informe, un balance de daños o un registro de incidencias, una crónica que servirá para comprender lo que ocurrió durante estas cuatro semanas de cuaderno mudo, las semanas de mi romance con la Dueña de las Libras Esterlinas.

Porque al fin no es la edad, no es la raza, no es el idioma ni el origen.

Al fin lo que nos diferencia a Julie y a mí es el dinero, quiero decir, el Dinero.

El que ella gana y el que yo me merezco por hacer lo que hago.

Hacer que sea feliz, por ejemplo. Esperar a que vuelva, dedicarle un cumplido, actuar como si fuera una depravada cuando soy una melancólica que ya se cansó de la depravación y la depredación.

Julie Desmoulins, tienes un nombre ridículo, ¿nunca te lo han dicho?

Desmoulins: un apellido de novela por entregas, de personaje de Victor Hugo. Si no lo hubiera leído en el relieve de tus tarjetas de crédito creería que es un nombre inventado. No eres millonaria pero no necesito más de lo que tienes, tampoco yo soy un bomboncito tan goloso para ti, empatamos en lo que cada una ofrece. Yo te ofrezco la punta de mis pechos que tanto te gustan porque no son bolsas de agua ni masa de harina. Tú me ofreces la supervivencia, el reposo y la lencería italiana. Es un convenio justo.

Es amor, lo nuestro. Y quien no sea capaz de verlo es que no tiene ojos en la cara.

25. La crónica. Julie entró en la cafetería con los ojos pintados, una sonrisa excesiva y unos movimientos, no sé cómo decirlo, unos movimientos cómplices y sensuales que provocaban misericordia, compadécete de los que sufren, de los hambrientos, de los sedientos, compadécete de los ridículos, de los que no saben qué hacer con las manos ni con una sonrisa que les sobra en la cara. Me la imaginé lavándose el pelo, aplicándose mascarilla instantánea,

mirándose en el espejo y encontrando a una mujer mayor y cansada después de un fin de semana de romance, el maquillaje huele a farmacia y a barro, Julie desnuda, su cuerpo inseguro protegido por la corsetería de élite. Nuestras fuerzas se equilibran en una balanza: a un lado, los beneficios de su fortuna y su superioridad nortea; al otro, mi ligereza, mis treinta años y mi miseria de emigrante católica. Procuré que me brillaran los ojos cuando se acercó a mí, le preparé su pedido y me giré una pizca para que mi cadera se deslizase por el dorso de su mano, noté su escalofrío y me sorprendió que una veterana pudiera estremecerse con el gesto de una novata como yo, una novata que ni siquiera sabe si es necesario sujetar las nalgas y levantar el cóccix para acercarlo a tu boca como haría un hombre, o si eso resulta rudo entre dos mujeres.

A la salida me estaba esperando. Prudente, no demasiado cerca de la puerta, pensé en Marieta y me sentí tan acompañada y tan querida que apenas me importó su aspecto de ancianita, la estreché en mis brazos, nos besamos como si recién saliéramos de *Esther y su mundo*, yo haría de novio y ella de estudiante loca de amor. Cien metros nos separaban de las vidrieras de su oficina, cualquier agente de bolsa podría vernos desde el despacho, cualquier secretaria, mira la vieja de las profecías, dirían, mira la vieja infalible que presume de sus poderes matemáticos y anda como una perrita detrás de una puta mestiza, mira cómo levanta el culo y se ofrece en celo para la niña de la gorrita de los Knicks, los ejecutivos se llamarían unos a otros, todos acudirían a la ventana y nos sacarían fotos, la putita es guapa, dirían, criolla o *gipsy*, latina quizá, tiene buen gusto la vieja. Tiró de mí, pidió un taxi y nos fuimos rampando a su casa, y en el taxi seguimos besándonos y al llegar le dije que primero quería darme un baño, y vi que había venido la criada porque todo estaba impecable, toallas nuevas y dobladas sobre un banco de madera de teca, y pensé que sería formidable salir de casa por la mañana dejando detrás tus escorias y luego regresar del trabajo y encontrarte un mundo ordenado y limpio, pura magia, ratoncitos que se encargan de todo mientras te dedicas a las cosas importantes.

En el cuarto, Julie me esperaba aún vestida, nerviosa como en una noche de bodas, desabroché su blusa, perfilé el encaje de su lencería con los dedos y

estuve horas lamiéndole los pechos, los destapaba de la cazoleta, los lamía y los volvía a tapar, la blonda de su sujetador parecía la saya de una virgen, me esmeré con su cuello y sus labios antes de tocarle nada más, y cuando al fin lo hice bastó con posar las yemas para que volviera el milagro acuático, y esta vez quise beber lo suyo, aplasté mis mejillas y dejé que me llenara la cara y el pelo, y sorbí, sorbí, sorbí, y creo que fue una actuación imaginativa y memorable.

Temblaba, Julie temblaba haciendo tenaza con sus muslos viejos y se licuaba, y tuvo que ser entonces cuando sintió que se enamoraba de mí, y sosteniéndome dijo que me quería, dijo mi nombre y dijo que me quería, y yo me reí porque sonaba tan cursi y ella protestó, no te rías de mí, y yo le dije espera un poco antes de quererme, cuánto espero, preguntó, y seguí besándola con mi boca empapada para que no dijera más estupideces.

26. El atestado. María de Nazareth, hija de Joaquín y Ana, natural del Subdesarrollo, treinta y cuatro años, cabello rizado y cobrizo, ojos castaños, un metro sesenta y siete, cincuenta y tres kilos, complexión media, raza indefinida, interrogada por los hechos que se le imputan, DECLARA:

Que la mujer conocida como Julie Desmoulins le rogó que se quedara a dormir, y que ella aceptó, en primer lugar porque nunca le resultó fácil negarse al afecto requerido, en segundo lugar porque no quería volver a casa y enfrentarse a una guerra abierta con Turquía, y en tercer lugar porque era un largo viaje de vuelta, y la cama *king size* de la señora Desmoulins le pareció un nido halagüeño.

Que aquella noche volvieron a hacer el amor y la señora Desmoulins le dijo que pidiera unos días libres en el trabajo y se fueran de viaje, un pequeño viaje por la costa, alquilaremos un coche, ¿podrás?, preguntó, ¿es posible?

Que María de Nazareth le dijo te olvidas de que no todos tenemos un trabajo como el tuyo. Ya entiendo, dijo Julie. No, no entiendes nada, yo puedo pedir tantos días libres como quiera, en el sótano hay un ordenador conectado a la línea de las cajas registradoras, dos columnas en la pantalla, una roja y otra azul, en la columna azul se anotan los ingresos, en la roja se

descuentan los gastos, gastos que incluyen el consumo de energía, el coste de los productos, la cuota diaria del alquiler del local, la proporción de las tasas municipales y el salario de los empleados. El supervisor se encarga de mantener esas dos columnas en pendiente, azul arriba y rojo abajo, no hacen falta estudios ni formación financiera para eso, basta con estar atento a las alertas del sistema, y si ocurre (oh dioses), si ocurre que la columna roja se aproxima a la azul entonces el supervisor tiene que correr a los lineales y mandar a casa a algunos trabajadores, a mí o a cualquier otra, así funcionan las cosas en la arena del capitalismo que tú fabricas, dijo María, neoliberalismo monitorizado, hay veces que cruzo la ciudad y llego al trabajo y el supervisor me dice que me vaya a casa, mis compañeros rabian de odio sindical, yo también debería hacerlo pero me vence el alivio de regresar temprano, caminar un rato, sentarme en la hierba si hace sol y no pensar en las libras que he perdido, el alivio de un niño que hoy no va al colegio porque tiene fiebre, dijo María, ese alivio.

Que María de Nazareth concluyó diciendo así que no me importa pedir unos días libres porque todos lo son, llamarán a otros esclavos y ninguno se negará a trabajar porque en el capitalismo ocurre igual que con los rumiantes, que no pueden dejar de comer mientras haya hierba en el suelo, mañana tal vez hiele y no quede ni un brote, dijo María de Nazareth, adónde vas a llevarme de luna de miel, mi amor.

27. El informe. Al día siguiente alquilamos un coche y salimos temprano, apenas pasé por casa para coger algo de ropa, entré sigilosa temiendo encontrarme con Azra en la cocina, metí lo que pude en una bolsa y volví al autobús. El cuaderno quedó olvidado en alguna parte de la habitación, cuando quise darme cuenta ya estaba lejos.

Julie me pidió que condujera. No era un deportivo de verdadera clase alta pero sí un buen coche con asientos de piel y cuadro futurista, fingí cierta masculinidad y le dije que lo haría encantada aunque había tantos botones como en un avión de combate. Ella se reclinó y puso los pies sobre el salpicadero, no llevaba medias, sus uñas pintadas, con la ayuda del

localizador del teléfono iba diciéndome qué salida debía tomar, la segunda a la izquierda, tercera a la derecha, le pedí que hablara despacio y deletreara las indicaciones, también le pedí muy dulcemente que no pusiera su mano en mi coño mientras conducía, pero ella se rio y siguió haciéndolo.

Al fin llegamos a la autopista y Julie dijo son doscientos kilómetros en línea recta, será mejor que conectes la velocidad de crucero, y qué es la velocidad de crucero, pregunté como una idiota, Julie apretó un pulsador, sólo tienes que mover el volante como en los autos de choque, y yo intenté no parecer una pueblerina mientras ella llamaba a los hoteles y se expresaba de un modo tan distinto, supe que en su trabajo también hablaría así, una señora educada y exigente, rechazó algunas habitaciones que no tenían cama de matrimonio, me sentí conmovida. Luego paramos en una estación de servicio para tomar un café y ocurrió algo extraordinario. Algo verdaderamente extraordinario.

Era mediodía, apenas había clientes, las mesas estaban separadas por una mampara a la altura del hombro como en *Pulp Fiction*. Nos sentamos, yo había conducido con los músculos encogidos, me dolían los brazos y el cuello, Julie me miraba con ojos de sincero amor esperando que tocara sus rodillas y le concediera cualquier suciedad vagamente pública, rozar el elástico de sus bragas, humedecerme los dedos con saliva, enjugar la punta del pie e introducirlo sin que nadie se diera cuenta, eso esperaba la puta capitalista de Julie Desmoulines, que introdujera la punta de mi pie en su coño blando mientras los obreros desayunaban. Pero entonces se abrió la puerta, plano secuencia, se abrió la puerta de aquella cafetería de cualquier estación de servicio y entró, como una aparición, un famoso actor de cine, lo juro, un actor del que no podía recordar el nombre pero que había visto haciendo de la Antorcha Humana o del Capitán América, ese actor del que se hacían réplicas en 3D para construir figurillas articuladas y que ganaría millones de dólares y viviría en una mansión que haría que el apartamento de Julie pareciera una garita, un actor hiperhumano que necesitaba tomar un café para seguir conduciendo su coche ultrasónico, quizá recorriera el país de incógnito o quizá se dirigiera a un lugar pintoresco donde se rodaría una escena de su próxima película, lo cierto es que allí estaba el puto Capitán América, tan

hermoso como cualquiera de los chicos de mis revistas, mil veces más guapo que en la pantalla porque era real y estaba muy cerca, yo no podía contenerme, me sobrevino el pasado *groupie*, Julie, mira quién es, y Julie dijo sí, me suena de algún anuncio. ¿De algún anuncio?, me lo comía con los ojos, tejanos, chaqueta de cuero, el pelo recogido en una goma como un pirata. Iba acompañado de una chica increíblemente hermosa que entró unos segundos más tarde, una chica con minifalda, piernas doradas y una gorra de los Cavs, parecían ángeles, ángeles que se sentaron justo detrás de nosotras para bendecirnos con su presencia ultraterrena, los imaginé en la terraza de un *resort* a pie de playa, él leería una novela, ella descansaría a su lado con los ojos cerrados, sus cuerpos tan bellos y reales depositados allí sin deseo, la serenidad de los amantes que tienen un mundo disponible entre las manos y no se asombran ante la belleza del otro porque saben que es semejante a la suya, cómo sería vivir de ese modo, vivir con la certeza de que todos sueñan con acercarse a ti, hablar contigo, respirar el mismo oxígeno, quizá rozarte fortuitamente. Se amaban, los vi besarse con el amor de los muchachos, no sólo eran áureos y perfectos sino que además se amaban, y yo tenía que taparme la boca para no reírme de puro nerviosismo, el Capitán América está desayunando detrás de mí, pensaba, todo era tan cómico y tan sexi.

Julie dijo vámonos, espera un poco, le supliqué, pero ella pagó la cuenta, y me tomó del brazo. Subimos al coche, arranqué el motor, volvimos a la autopista, Julie ya no canturreaba como antes, sus pies en los zapatos, qué te pasa, pregunté, quién te gustaba más de los dos, dijo, él o ella, por qué me preguntas eso, porque se te notó demasiado, querida, se notó que te lo habrías follado allí mismo, estás celosa, le dije, estás celosa de un superhéroe, quizá no sea una buena idea, dijo, da la vuelta, nos vamos a casa. A casa. Y yo llegué a pensar, cándida, si quería decir que nos iríamos las dos a la suya, y entendí que no, entendí que llevaríamos el coche a la agencia y ella pediría un taxi y me dejaría abandonada a cientos de paradas de autobús de mi cuartitito-nicho, y entendí que era un momento crítico, punto de no retorno, entendí que si le hacía caso no volveríamos a vernos, que no sentiría de nuevo el tacto de sus toallas recién lavadas, que se acabó el romance del palacio de invierno para siempre.

Entonces puse el intermitente, tomé la primera salida, detuve el coche en un arcén de grava, qué haces, me quité el cinturón de seguridad, le quité el suyo, pero qué haces, la empujé al asiento trasero, no escuché sus protestas, le subí la falda, aparté las bragas, aguanté sus patadas y sus arañazos, metí dos dedos, tres, cuatro, junté las yemas y fui cerrando la mano, no esperé a que estuviera lubricada y me la follé con el puño mientras soportaba sus mordiscos y sus gritos. Y luego, con todo el amor del mundo, comencé a besarle los muslos y a hacer círculos alrededor de su pubis, me demoré, ensanché la lengua hasta que sentí que tiritaba, y al terminar me limpié la boca con la manga, y había sangre.

No vuelvas a hacer eso, me dijo llorando.

Tú tampoco, le dije yo, tú tampoco porque me moriría de dolor si Mademoiselle Desmoulins se cansara de mí tan pronto.

Y estuvimos abrazadas en el asiento trasero durante mucho tiempo, ronroneando como gatitos.

28. Balance de daños. Julie me llevó a conocer el océano bravo, los acantilados blancos, la devastación de las playas golpeadas por tempestades, un escenario donde las casas y las carreteras parecían falsas y sobrepuestas en dos dimensiones, como esas moquetas de los cuartos de los niños. Hizo frío, llovió casi todos los días salvo una mañana en la que salió el sol y como idiotas bajamos a la arena por una pasarela y nos quedamos en bikini, ateridas y muertas de risa, los turistas mirándonos como a dos chifladas. La luz blanca de la playa abierta le hacía bien al cuerpo de Julie, su piel de mujer europea que de jovencita jugaría al hockey o al voleibol, la depilación perfecta y vagamente necesaria. A mí, en cambio, aquella luz impúdica me degradaba, era una lupa que buscaba mis estrías, mi vello indebido, mi pobreza meridional. Su bikini era elegante y caro, con una argolla plateada entre los senos, el mío era uno que ella me prestó y que me venía grande, a quién se le ocurriría guardar un bikini en el país de los bárbaros. Nos sentamos en la misma toalla, muy juntas, y yo jugué con su argolla. Al cabo ya hizo frío y tuvimos que marcharnos, riéndonos y tomándonos de la cintura

mientras trotábamos por la pasarela.

Había elegido buenos hoteles. Cuando llegamos al primero abrí los ojos con asombro y le dije, tímida, no puedo pagar una habitación en un lugar así, de hecho no creo que pueda pagar ninguna habitación en ningún hotel, y ella puso una mano en mi cadera y la fue deslizando hasta mi culo mientras sonreía. En la recepción anunció, satisfecha, somos el matrimonio Desmoulins, tenemos una reserva, y yo no pude contener la risa al ver la cara del recepcionista.

Follamos dos, tres y cuatro veces al día, Julie se había vuelto loca por mí, decía que nunca había estado con nadie tan disponible y tan caliente, siempre había sido la dueña de sus amantes y ahora se veía dirigida por una chiquilla, no soy ninguna chiquilla, protesté, para mí sí lo eres, una chiquilla muy extraña de la que a veces tengo miedo, y yo le dije que hacía bien en tenerlo, y ella se rio como si fuera una broma. Llovía, apenas podíamos salir del hotel, Julie se asomaba al balcón, suspiraba, volvía a gatas a la cama (bragas y sujetador) y se hacía un hueco a mi lado. Hablamos durante horas, le pregunté por su país de nacimiento, por su casa, por sus padres. Abrazada a mí, de espaldas contra mi pecho, se confió como en la consulta de un terapeuta, la habitación a oscuras, las sábanas de los hoteles que son como las sábanas de los ricos, la pereza del tiempo disponible. Me contó que había estado casada durante unos meses, no era un mal chico, me contó que no había besado a una mujer hasta que cumplió treinta años, y lo dijo avergonzándose como si fuera una falta imperdonable, una debilidad de carácter, todo era muy diferente entonces, dijo disculpándose, incluso en una familia progresista como la mía había que andarse con cuidado, eso ni se decía ni se pensaba, claro que existían mujeres que amaban a otras mujeres pero casi todas eran estudiantes de filosofía o escultoras o violinistas, había muchas violinistas de esa clase, dijo riéndose, y en cambio no encontré ninguna que estudiara matemáticas, economía o dirección de empresas, nadie puede acusarme de nada, yo hice lo mismo que hacían las demás, había que tener novio, y lo tuve, había que tener amantes con los que engañar a ese novio, y también los tuve, se rio, después de todo éramos francesas, luego el novio engañado quiso que nos casáramos, y le dije que sí porque lo contrario

habría sido una ofensa muy dolorosa, pero cuando me vi sentada a su lado en una mesa de comedor (la ensalada, el puré de patatas) supe que aquello no iba conmigo, tenía que salir corriendo, busqué trabajo, encontré uno en la City, un trabajo mal pagado de los primeros escalafones, le mentí diciendo que sería una gran oportunidad para mi carrera, él se ofendió tanto, no quería que me marchara, recién casados, cómo íbamos a vivir en países distintos, yo le dije que no deberíamos habernos casado tan pronto y me atreví a mencionar alguna cosa sobre la ensalada y el puré de patatas, debió de ser humillante, me arrepiento. El divorcio lo tramitaron mis padres por poderes, no quise volver a verlo, supongo que encontraría a otra mujer con la que tener hijos y hablar mal de mí, una botella de vino guardada para celebrar qué cosa, el terror del día de nuestro aniversario. Algunas veces pienso en él y siento lástima, estaba tan enamorado, recuerdo los esfuerzos que hacía para parecer atractivo y distante, y los regalos, y las cenas, las noches que discretamente preparaba para nuestros encuentros, pobre chico, tuvo mala suerte al dar conmigo, y yo tuve tanta suerte al encontrarte a ti.

Cada mañana Julie buscaba a las camareras del hotel, les daba una propina y les pedía que cambiaran las sábanas con el rubor de un niño que moja la cama. Nunca me había ocurrido, dijo después de un silencio, sé que les pasa a algunas mujeres pero pensé que era una especie de malformación, una anomalía, dijo *anomalía* y entonces recordé que Julie pertenecía a un tiempo prepornográfico y que no sabía nada de los motores de búsqueda ni del afán taxonómico de los *webmasters*, nada de las proezas ni de los hallazgos de la industria, y sentí cierta piedad hacia ella, igual que ella la sentía de su maridito, mi Dama del Siglo Pasado, mi Dama de Papel, y descubrí que La Piedad era la imagen que las dos representábamos en aquella habitación de hotel, yo sosteniendo su cuerpo, ella recostada sobre mi pecho, yo María Sufriente y ella Cristo Vencido, me da vergüenza hablar de esto, dijo, bésame, y lo hice, y nos enredamos y ella estaba tan excitada que no dejaba de mover la pelvis como si necesitara alguna otra cosa, y pensé que acabaríamos aburriéndonos de lo mismo porque aquello no se parecía en nada a follar, a follar de verdad, quiero decir, no me molestaba hacerlo pero estaba lejos de ser divertido. Luego imaginé qué pasaría cuando Julie tuviera sesenta

años y yo cuarenta, qué aspecto tendríamos las dos, si nos atreveríamos a frotarnos desnudas con la luz blanca de un día nublado, cómo sería con setenta, con ochenta años, yo convertida en su cuidadora, una enfermera que revisa su medicación y le lava el pelo en la cama, la cuña, el orinal, la sonda, el enema, su piel vieja que huele a medicina y a podredumbre, el amor absoluto.

No lo haces como las demás mujeres, me dijo, las mujeres son delicadas y van despacio, pero tú tienes prisa, haces daño, hurgas, de dónde has salido. De dónde he salido, apenas era una pregunta retórica, a Julie no le interesaba saberlo. Le habría parecido un fastidio que yo intentara componer el relato de mis padres, mi casa, mis novios, mi vida anterior, el descubrimiento del gran tabú, cómo podría llegar a contarle nada de Cat Stevens, de Toni Kukoc, de Ray Loriga, cómo hablarle del soldado ruso, de las revistas ilustradas, de los crímenes fatídicos, de Jon Venables, de Slenderman, de Marieta. Imposible. Para mí no era difícil imaginar su juventud francesa, su familia de costumbres liberales, sus estudios de élite, el suelo de madera de su habitación, el primer coche, las fiestas a las que acudía sin apetito, su talento matemático, el primer trabajo, el primer día que fue a una tienda a comprar ropa de ejecutiva. No era necesario que me contara ninguna de esas cosas porque yo había sido adiestrada en suficientes películas y novelas como para imaginarlo, los capítulos de su vida se desplegaban frente a mí como un diorama. En cambio, si le contara la mitad de lo que he escrito en este cuaderno, si lo hiciera, ella no entendería ni una sola palabra, sería un encuentro en la tercera fase, una amante alienígena que habla de cosas que existen en una dimensión tan distante de su gran apartamento, de su trabajo privilegiado, de su guardarropas. Una comadreja hablando con un tejón.

Al día siguiente fuimos a un pueblo donde había nacido un escritor clásico, Julie quiso ser instructiva, me dijo quién era y qué había escrito, se equivocó de siglo y de obra, y yo no la corregí para no delatarme, ella era el hombre poderoso y yo la niña pueblerina, una niña que en la cama conoce todos los trucos, basta con que me digan cómo debo comportarme para que cumpla, siempre fui muy obediente, me dicen sé fácil y lo soy, me dicen márchate y me marché, me dicen bésame y beso, así fue antes, así seguirá

siendo. Julie vivía una gran aventura, la aventura del amor tardío, el verdadero amor que llegó cuando ya estaba condenada a los romances en el bar de las mujeres o a las páginas de contactos, romances con señoras de mediana edad que arrastrarían demasiados kilómetros y decepciones, yo vine a salvarla de todo eso y no a darle clases de literatura.

Pero me aburría. Había salido apresuradamente de casa, no tenía mi cuaderno, no tenía al alcance una mala novela, tampoco el periódico del metro, incluso llegué a echar de menos al chico-músico, la felicidad y la molicie son tan parecidas. Los primeros días me envió mensajes que no respondí, mensajes de desolación, se sentiría tan triste y abandonado, no podía imaginar lo que ocurría, no sería capaz de cerrar los ojos y verme desnuda al lado de alguien como Julie Desmoulins. Mi chico-músico, tan tierno. También me acordé de Azra, me pregunté qué habría pasado con ella y con su golpecito de Estado, su desesperante país indeciso entre Occidente y Oriente, qué pensaría de mí, qué pensaría al ver que no regresaba, al comprobar que justo después de nuestro beso furtivo (beso de camaradas, beso de siento compasión por ti y comprendo cuánto sufres) había desaparecido sin dejar rastro.

Fue al cuarto o quinto día cuando Julie dijo que tenía que volver al trabajo. Fingí una pequeña decepción pero guardé mis cosas enseguida y le dije que estaba preparada, siempre a sus órdenes. Conduje de vuelta sin saber qué ocurriría cuando llegáramos, si me pediría que fuera a su casa o bien nos despediríamos con un beso en los labios. Yo sería prudente, no le exigiría nada, no podía tomar al asalto su baño de toallas recién lavadas, sus comodidades, su cama *king size*. Como los vampiros, era necesario que me invitara a pasar para que no hubiera reproches ni malentendidos, tampoco allanamiento. Hasta ese momento había representado mi papel de chica excéntrica y voluntariosa, y ahora debía actuar con cautela, observar y aguardar a que ella extendiera la mano. Por eso cuando llegamos a la ciudad y entregamos el coche en la agencia me adelanté a sus propósitos y le dije te veo mañana, Julie, le di un beso en la mejilla y caminé hacia la parada de autobús, sintiendo que me seguía con los ojos, así debe ser, me dije, táctica y estrategia, el asalto sólo se producirá cuando se cumplan las condiciones

objetivas.

Sin cuaderno y sin estímulos, el viaje en el autobús se hizo eterno. Los barrios negroides se sucedían detrás de la mampara, todo parecía sucio y abandonado, antiguos almacenes, cantinas de pollo frito, una progresión de decadencia a medida que la lanzadera se alejaba de los primeros círculos: las mujeres hermosas y norteñas se convertían en las mujeres oscuras del *hiyab*, las del *hiyab* en las *matrioskas* del *chador*, las del *chador* en los monstruos del *niqab*, las del *niqab* en ninguna mujer en la calle.

Llegué a casa muy deprimida, metí la llave en la cerradura con tanto temor como cuando tenía diecisiete y volvía borracha o drogada. No encontré a Azra en la cocina, tampoco había luz en su cuarto. Entré en el mío, que me pareció el lugar más húmedo y solitario de la Tierra, abrí el cuaderno, leí la última nota y me sentí tan desconcertada que no pude escribir ni una sola línea, de nuevo era la niña a la que arrebatan su virginidad en un almacén portugués, o casi lo consiguen, imaginé a Julie volcando su maleta en un rincón para que la sirvienta se encargara, Julie revisando los correos atrasados mientras dejaba los platos y la copa de vino encima de cualquier parte, Julie encastillada en el confort de las libras esterlinas y yo mugiendo en el establo donde nació Jesucristo. No era justo. Decidí que al día siguiente no iría al trabajo, y que tal vez no volviera a aparecer por allí nunca más, todo tendría que ser de otra forma aunque no fuera capaz de decir qué destino, qué final de partida.

29. Me levanté temprano y salí a comprar algo para desayunar. No tenía prisa, caminé despacio por las aceras del barrio, ya primavera, dejé que el sol me dulcificara el gesto, es tan agradable no trabajar cuando sabes que deberías estar haciéndolo. Luego subí al autobús y fui a una tienda Harmony sin pensar demasiado, o también por estrategia, no sabría decirlo. En cualquier caso, lo hice sin imaginar lo que ocurriría después, y no me habría atrevido si hubiera sospechado el ovillo (nuevo ovillo) que a punto estaba de desmadejarse.

Harmony. Recordé la ansiedad de Julie en la cama y husmé un poco en

los expositores. Todos aquellos dildos me parecieron ridículos, juguetes de preescolar, los mismos colores brillantes que seducen a los chiquillos. El arnés, en cambio, me pareció una buena idea, se ataba con correas de cuero debajo de las nalgas y parecía firme, bien manufacturado. Detrás de mí, una voz: ¿puedo ayudarte?, como si no encontrara la talla de un suéter. Sonreí. Los has usado alguna vez, me preguntó, hace falta un pequeño entrenamiento, tienes que moverte suave para que se mantenga firme. Nos miramos. Un breve silencio. Me llamo Kristen, me dijo, y me extendió la mano como si fuéramos colegas de oficina. El pelo rapado en las sienes, largo y atado en la nuca, dilatadores en los lóbulos, una camiseta hecha jirones, brazos musculados, delgadez, tatuajes inevitables pero falda entallada, medias y botas militares, bomboncito de *Mad Max*. Si quieres puedo enseñarte, dijo, clases gratuitas, y yo temblé y dije que no hacía falta. Te lo llevas entonces, preguntó, fue a la caja, lo guardó en una bolsa opaca.

Salí tambaleándome y en la calle me sentí mareada. Enfrente de la tienda había un banco de madera, pasé allí mucho tiempo, la bolsa opaca latiendo a mi lado como el corazón arrancado de un ciervo. Entraban clientes, salían. Hombres y mujeres. Pocas mujeres. La puerta batió por última vez. Kristen terminaba su turno.

30. Se ajusta las medias y la falda, se cubre con una chaqueta de *tweed*. Está espléndida. Me dice vámonos. Yo recojo mi bolsita y la sigo. Caminamos hasta la boca del metro. No decimos una palabra. De vez en cuando me mira y sonrío, pienso si en lugar de una sonrisa es una burla. Bajamos al metro. Son nueve paradas, me dice. Yo aprieto las rodillas. Cada vez que el metro se detiene procuro reunir fuerzas para salir corriendo, pero cuando voy a hacerlo las puertas silban y el convoy arranca. Es aquí, dice, se levanta del asiento y yo hago lo mismo. Caminamos. Al pasar junto a un Safeway me dice espera, como si yo fuera una mascota a la que no dejarían entrar. Regresa con cervezas y algo de comer. Entramos en un portal, pasillos de moqueta, planta baja, un apartamento tan pequeño como mi habitación del barrio *halal*, un baño, una cocina-armario. Kristen deja las cervezas sobre la mesa, abre una,

bebe, entra en el lavabo, vuelve, sonrío, se acerca a mí, sus dos manos sobre mi culo, comienza a besarme. Tiemblo. Nos desnudamos, abrimos el blíster, ella no se quita las medias ni las botas, es hábil, aprieta rápido las correas, me obliga a humedecerlo con saliva, estoy de rodillas, veo sus botas, sus brazos, el pecho que parece el de una niña de doce años, el pecho de Ana Frank, pienso, y luego el arnés erigiéndose como un atributo homérico. Mediohombre. Comprueba con los dedos que estoy preparada, lo sujeta con la mano para asestar la primera embestida, me maneja, me da la vuelta, pesa menos que yo pero me voltea enérgica para partirme en dos, el arnés es una pieza hidráulica que se ajusta a la moldura. Ni siquiera me duele demasiado. Un émbolo, Kristen sabe lo que hace.

Cuando ya no resisto Kristen me libera, se desabrocha y me ofrece tregua y cerveza. Sigo mareada, la cabeza me da vueltas. Decimos alguna cosa, no lo recuerdo bien, ninguna frase con significado, igual que cuando tomábamos esas drogas que apenas nos hacían ningún efecto salvo el de confundirnos y excitarnos por el hecho de haberlas tomado. Luego viene el segundo asalto. Kristen se descalza y comienza a ajustar el arnés en mi pubis. Ahora es ella misma quien se humedece, me dice que me siente, se sube encima. La sensación de follármela como haría un hombre es tan brutal que sin que nada me roce ni me estimule debajo del cuero soy yo quien se corre antes que ella. Después se tumba en la cama, levanta las piernas y yo sujeto sus tobillos, los aprieto firme como agarraderas, tobillos delgados que puedo rodear con los dedos, el tacto del nailon, la visión mutante de verme haciendo lo que tantas veces hicieron conmigo. Es sublime. Metafísica. Pentecostés.

Cuando todo termina siento la necesidad de marcharme enseguida, recojo mis cosas, me visto, le pido entrar en el baño, guardo el arnés en la bolsa, le pregunto si puedo volver, suplicante. Ella sonrío igual que al principio. Pausa. Vuelve cuando quieras, me dice, y me da un beso fraternal. Un beso de camarada soviética. Sólo cuando llego a casa me doy cuenta de lo que ha ocurrido. En mi cabeza se repite cada fotograma, hay épica, hay peripecia, una buena historia con la que alimentarme cuando anochezca. Kristen debajo de mí, yo sujetando sus tobillos.

Nunca voy a olvidarlo. Nunca.

31. Fui a recoger a Julie a la salida del trabajo, en el bolso llevaba mi regalo sorpresa. Permanecí a una distancia prudente, cerca de la cafetería, no tardaría en salir, conocía sus rutinas aunque en ocasiones, por alguna razón, salía dos o tres horas más tarde de lo habitual, imaginé la desesperación que yo sentiría si eso pudiera ocurrirme, si mi turno en la cafetería franquiciada se extendiera sin aviso como un suplemento de condena, pensé en cuántas veces miraba el reloj durante mi jornada de ocho horas, y pensé en las jornadas extensibles que los muchachos del barrio *halal* cumplirían en sus trabajos imprecisos o en sus esquinas de vigilancia, me sentí culpable por ser tan frívola y tan idiota, un eslabón indefinido entre la cima que representaba Julie y la bajeza de los olisqueadores del barrio, y en medio yo, mujercita blanca pero no tan blanca, sureñita oscura pero no tan oscura. Entonces noté una mano en mi hombro, levanté la vista sobresaltada y vi que era el chico italiano, el chico italiano vestido con el uniforme ridículo de la cafetería, su corbata de clip y sus pantalones de niño que recibió ropa de la colecta de beneficencia.

Qué haces aquí, preguntó. Nada, dije. No vienes al trabajo. Estuve enferma, mentí. No avisaste, esta semana pidieron refuerzos, y lo dijo sin comedia de ninguna clase, como si hablara de un comando especial de camareros y auxiliares de limpieza, refuerzos, repitió.

Temí que Julie saliera en ese momento y me viera hablando con un chico apetecible de mi propia clase social, imaginé sus celos, los mismos celos que la arrebataron cuando el Capitán América apareció detrás de nosotras.

No te volverán a llamar, continuó reprimiéndome, el trabajo es una cosa seria, dijo, y su discurso era tan ridículo que no pude contener la risa, el prototipo del proletario alienado que se toma en serio un trabajo de mierda, dónde quedó la proverbial pereza mediterránea, qué pensarían los viejos militantes de las Brigadas Rojas, un esquirolo, un colaboracionista, un reaccionario, el traidor de su clase, no le pegamos once tiros a Aldo Moro para llegar a esto, eres la vergüenza de tu especie, imaginé a ese italianito prosperando en la exigua jerarquía de la cafetería franquiciada, dentro de

unos meses lo nombrarán encargado, le darán una corbata de verdad y unos pantalones nuevos, y se convertirá en el más fiero de todos los jefecillos, una carpeta debajo del brazo donde anotar las incidencias, el sueño de que un día le permitan revisar las oscilaciones de la barra azul y la barra roja, qué buen soldado para el capitalismo.

Pero de qué te ríes, me preguntó como un maestro de escuela. Le dije: estoy esperando a mi novia, trabaja en esas oficinas, arriba del todo, mi novia, en un despacho de la última planta, me quiere, se casará conmigo, no volveré a esa mierda esclavista donde tú te pudres, así que ni se te ocurra hablarme en ese tono, mejor que no se te ocurra hablarme de ninguna manera, cerdo italiano. Qué estás diciendo, dijo el chico acercándose a mí y yo grité como si me quemara o como si fuera Rodrigues Lobo y empujé y él cayó, y el chico se puso de pie desconcertado y extendió los brazos, y yo volví a gritar, manoteé en el aire como una niña pequeña y al instante me vi rodeada de seis o siete personas que intentaban separarnos, la mayoría eran ejecutivos blancos pero también había algunos hombres oscuros con el uniforme de mantenimiento, y yo lloraba, lloraba y entre las lágrimas vi aparecer mágicamente el rostro de Julie Desmoullins y me abracé a ella, le dije oh Julie, Julie, sácame de aquí, y Julie me cogió en volandas y me metió en un taxi, los ejecutivos blancos y los hombres oscuros atosigaban al chico italiano mientras yo seguía llorando sobre su blusa de lavandería, pero qué ha pasado, preguntaba, quién era ese tío, el taxi arrancó, Julie había comenzado a sudar, sus axilas desprendían un aroma ácido y adormecedor.

Cuando conseguí calmarme le conté que andaba persiguiéndome desde el principio, que no me dejaba en paz, que hoy vine para cubrir un turno de media jornada y que al salir comenzó a atosigarme, en sus ojos destellaba la furia de una manada de lobos, me agarró de las muñecas, oh Julie, estoy tan asustada, no me obligues, por favor, no me obligues a volver allí, deja que duerma en tu casa, no quiero estar sola, ahora lo nombraron supervisor y tendrá acceso a mis datos fiscales, mi dirección está en los archivos, tengo tanto miedo, oh Julie. Vamos a la comisaría, dijo, hay que poner una denuncia, llamaré a un abogado que se encargará de todo, le supliqué que no lo hiciera, por favor, no, no, Julie, sólo quiero irme a casa, fingí un pequeño

ahogo y un desmayo o realmente lo tuve, no llames a nadie, habría un juicio, tendría que contárselo todo a un extraño que me pediría precisión y buena memoria, y yo no sería capaz, Julie, no lo sería, y lloré, lloré sinceras lágrimas porque nunca me resultó difícil, era un automatismo.

Nos desnudamos y nos escondimos debajo de las sábanas, yo hecha un ovillo, ella protegiéndome con los brazos y las piernas.

Así durante mucho tiempo.

Al fin me dijo que no me fuera. Que no me fuera mañana ni al día siguiente. Que quería dormir conmigo todas las noches. Que mi barrio estaba demasiado lejos y era peligroso. Que resultaba incómodo tener una novia (eso dijo), tener una novia en el otro extremo de la ciudad. Que viviera con ella.

Por suerte era de noche, la habitación estaba a oscuras y apenas entraba por la ventana la luz del alumbrado público: no pudo ver mi sonrisa sóviet.

Y cuando a la mañana siguiente se fue a la oficina (la había ayudado a vestirse, había preparado el desayuno, nos habíamos despedido con besos y caricias), cuando comprobó que el taxi ya la esperaba y cerró la puerta después del último beso, cuando todo eso ocurrió sentí en la lengua el dulzor de un pequeño triunfo, y recorrí todas las habitaciones, y abrí todos los cajones y todos los armarios, me probé su ropa, encontré dinero en muchos lugares y pellizqué un tanto, vi la TV, me hice fotos desnuda y se las envié pidiéndole que no volviera demasiado tarde, te echo tanto de menos. Después busqué entre mis cosas y recordé que llevaba el arnés, y me pareció ridículo que todo lo que había ocurrido (el fingido asalto, el rescate, la huida, las confidencias, el romanticismo, esa noche) sucediera mientras el arnés reposaba dentro de mi bolso como una criatura en letargo. Revolví el cajón de la ropa interior, encontré unas medias hasta el muslo, busqué unos zapatos y di con un par de botas que me encajaban bien. Delante del espejo me ajusté las correas, me puse las medias, me calcé las botas y quedé cautivada por esa imagen cibernética, los ojos brillantes de las lágrimas de la noche anterior, la perfección del tejido, mis manos sujetando el miembro. Era un dibujo *hentai*, tan bella como nunca fui, si hubiera podido follarme como un hombre, si hubiera podido desdoblarme y abalanzarme sobre mí no habría tenido piedad.

Me sentía atrapada por la imagen del espejo. Como una niña que se disfraza y quiere irse a la cama así vestida, me resistía a desabrochar, deslizar, descalzarme. Kristen, pensé en Kristen, mediodiablo. Quise salir corriendo e ir a buscarla, arrojarme a sus pies. Pero no era prudente, no entonces. En una situación de privilegio no hay que cometer errores, conviene conservar la posición y aguardar al siguiente asalto. Holgazaneé durante el resto del día, y cuando pensé que Julie ya estaría a punto de llegar guardé todas las cosas y mantuve la máscara de aflicción y temor masculino. Y me salió bien la comedia.

32. Los días que siguieron fueron deliciosos. No me costó ningún trabajo recuperar la sonrisa, lo hice despacio para no levantar sospechas. Julie estaba entusiasmada, desatendía sus asuntos, salía pronto de la oficina y me abrazaba con calidez y verdadero amor, era fácil darse cuenta de eso. En su ausencia, las mañanas transcurrían lentas y saludables, veía mucho la TV, me aburría a voluntad, me regocijaba de la usurpación y cuando venía la chica de la limpieza, una mujer dominicana que fue hostil conmigo desde el principio, salía a caminar y a gastarme el dinero que había pellizcado, un billete de cincuenta en el bolsillo de una chaqueta, uno de veinte olvidado sobre la encimera. Supongo que la dominicana también hacía colecta, cuando llegó se le acabó el suplemento y por eso sus ojos de rencor, ese desprecio, poco le importaría que fuera la amante joven de la señora, habría visto peores cosas limpiando la mierda de los ricos, o los casi ricos, los ricos que sólo consiguen vencer el tedio acometiendo las mayores perversiones, esa mujer dominicana, pensé, esa mujer sí que tendría buenas historias que contar, relatos de grandes apartamentos y actrices y empresarios, capitanesamérica, chicas con piernas doradas, inmoralidades de novela francesa.

Solía almorzar en un jardín urbano del segundo círculo, un jardín rodeado de edificios neoclásicos, a veces *noodles* como en la película y otras veces bocadillos selectos, ese tipo de bocadillos que también se vendían en mi cafetería franquiciada, pollo de corral, hojas de batavia, fruslerías para la clase intermedia que siempre anda con prisas. Una mañana estuve a punto de

gastarme treinta libras en una *bento box*, pero me dio la risa al imaginarme sentada sobre la hierba, la espalda muy recta, las piernas cruzadas, mis manos destrozando las piezas de sushi con los palillos, yo no había nacido para esas cosas.

Por la tarde Julie llegaba con ganas, como una adolescente, apagaba su teléfono, no dejaba de besarme, me llevaba al cine, a restaurantes, al teatro, vimos una obra de Eugene O'Neill que me conmovió hasta las lágrimas, apreté su mano durante todo el segundo acto, la protagonista era una mujer adicta a la morfina que se llamaba Mary, oh dioses, Mary regresa de un psiquiátrico o de un sanatorio, sus hijos la abrazan pero no dejan de observar cada uno de sus gestos buscando el rescoldo de la adicción. Julie estuvo a punto de quedarse dormida sobre mi hombro, pero se enterneció al verme tan compungida e intentó prestar atención, el sufrimiento de Mary sería ciencia ficción para ella. Al día siguiente me regaló un ejemplar de la obra, lo había comprado en Foyles antes de llegar a casa. Nos abrazamos.

En la cama seguí cumpliendo con mi papel, seguí absorbiendo y seguí enloqueciéndola, pero decidí ocultar el arnés para que fuera mi arma secreta, un golpe de efecto que sólo utilizaría cuando su interés por mí se reblandeciera. Táctica y estrategia de lucha de clases. Del amor y de la lucha de clases.

Una noche me atreví a preguntarle si estaba bautizada. Me dijo que no y sentí escarcha en el vientre.

Después soñé que rodeaba su cuello con hilo dental y apretaba hasta que me sangraban las manos.

Y durante ese tiempo, querido diario, durante todo ese tiempo no creas que me olvidé de que seguías en mi dormitorio del quinto círculo, silencioso como un mamífero en hibernación, pero sólo habrías sido una molestia, me habrías obligado a escribir por la mañana en lugar de disfrutar del vacío, me habrías obligado a sostener dilemas morales, remordimientos, no habrías permitido que visitara a Kristen en su día libre, que cogiera el metro y esperara en su puerta mirando el reloj para calcular si me daría tiempo a volver antes de que Julie regresara del trabajo. Yo necesitaba que te quedaras bien calladito, bien cerrado con tu candado de plata para no renunciar ni al

privilegio de Julie ni a los episodios clandestinos de Kristen, Julie era todo lo que tenía para salir del barrio, y Kristen era mi mediohombre mutante, habría que estar loca para no disfrutar de la delicia de las mañanas espaciosas y las visitas fugaces, las tardes de señorita de compañía, los fines de semana de compras y cenas y teatro. Podría haber seguido así mucho tiempo, no te habría necesitado, no habría vuelto a escribir ni una línea y te habrías extinguido en tu caverna húmeda.

Pero ocurrió que una noche Julie recibió una de esas llamadas que suenan con altavoz, tu padre está muy enfermo, es el final, tienes que coger un vuelo hoy mismo si quieres despedirte. Miré a Julie, sus cincuenta, y me pareció que el padre debía de tener doscientos años. Madrugada. Julie actuó con esa diligencia ejecutiva que me fascinaba cuando reservaba mesa en un restaurante o resolvía cualquier obstáculo imprevisto, descolgó una blusa negra, cogió una batería auxiliar para su teléfono y me dijo que tenía que marcharse enseguida, la cama aún caliente, y en ese instante surgió la encrucijada, en sus ojos una chispa de desconfianza, no quería decirme que me fuera pero tampoco le gustaba la idea de que ocupara el apartamento mientras estaba en Francia. Me había dado una copia de las llaves después del incidente con el chico italiano, ¿se atrevería a reclamarlas ahora?

Rapaz, no le di tiempo para pensar en nada, recogí mis cosas, que eran muy pocas, y le dije que no dejara de escribirme, y luego bajamos juntas en el ascensor, no había amanecido, la ciudad seguía aletargada, hacía frío. La acompañé al taxi, nos besamos en la mejilla al despedirnos, permanecí en la acera mirando las luces rojas hasta que el coche desapareció al final de la calle. Las llaves tintineaban en mi bolsillo y pensé que todo el mundo podría darse cuenta, como si brillaran fosforescentes a través de la ropa.

Subí de nuevo al apartamento, volví a la cama y seguí durmiendo hasta el mediodía.

33. La mujer de la limpieza venía en días alternos, conocía sus horarios y no sería difícil esquivarla para no levantar sospechas, pero aun así intenté recordar dónde estaba cada cosa, incluso hice algunas fotografías con la

cámara del teléfono para dejarlo todo en su sitio antes de que Julie regresara.

Encendí su PC, era tan descuidada que ni siquiera tenía contraseña, busqué en los archivos pero no encontré nada interesante salvo algunas fotos desordenadas de otras novias que me parecieron más viejas y más feas que yo, sería tan fácil entrar en sus cuentas bancarias y desviar pequeñas cantidades, seguro que tenía apuntadas sus claves en una libreta o incluso un doc abierto, pero me pareció una vileza y un error estratégico, aunque lo cierto es que sentía curiosidad por saber cuánto tendría ahorrado, la mayor parte estaría encapsulada en fondos de inversión y aun así sería una cantidad formidable. Pensé en mi exigua cuenta corriente, la cuenta donde me ingresaban cada semana el sueldito de supervivencia, y sentí lástima de mi pobreza y mi extranjería. Luego le escribí siete mensajes de amor para reconfortar su tristeza. Me contestó enseguida, ya había llegado, estaba en el hospital, las cosas no van bien, puede que todo acabe esta noche, dijo, y eso significaba que su padre aún estaba vivo y que yo aún tendría cancha por delante, bien por el vejestorio.

Pero, maldita nostalgia, entonces pensé en ti y caí en la cuenta de cuánto te echaba de menos, puto cuaderno de los cincuenta peniques, y de que me moría de ganas por seguir escribiendo, el apartamento era un palacio, me regodeaba de la vida burguesa y del nadaquehacer y sin embargo sentía la necesidad de tenerte en las manos para recordar a Marieta y a los chicos, o para contar lo que ocurrió cuando Julie dijo que nos fuéramos de viaje a la costa como dos señoras jubiladas, o para hablarte con media voz de Kristen, mi anfibología, tú aún no sabías nada de eso, no lo sabías, para ti Julie era todavía la dama-tejón y eso no era justo, no lo era, y por eso guardé las llaves en el bolsillo y cogí el autobús y viajé de vuelta al barrio oscuro para recuperarte, mi medio espíritu, mi *doppelganger*, mi cuaderno de los cincuenta peniques.

A esa hora Azra estaría en el trabajo, pensé, no corría ningún riesgo, entraría en el cuarto, recogería el cuaderno y me marcharía, una operación relámpago de las fuerzas especiales. Subí al autobús, hice el largo viaje y al llegar encontré una carta en el suelo que alguien había deslizado por debajo de la puerta, una carta manuscrita con verdadera tinta y verdadero papel

arrugado, una carta de otro siglo, mi nombre escrito en el sobre, y sentí un arrebató de ucronía, me arrodillé sobre la moqueta, tomé el sobre y descubrí que el remitente era el chico que me amaba, mi chico-músico, te escribo esta carta, decía, te escribo esta carta porque has desaparecido, te desvaneciste, no contestas a mis mensajes, perdóname la osadía de venir a buscarte, les he preguntado a los demás y nadie sabe nada, voy a tu trabajo y ninguno tiene noticias, quizá tendría que llamar a la policía o al menos a tus padres pero sé que te enfurecerías conmigo si lo hiciera, acaso es una forma de escaparte de mí, pienso, y luego me digo que soy demasiado vanidoso, que te bastaría con anunciar que no quieres volver a verme, te echo tanto de menos, tú tomas todas las decisiones, tú haces y yo te sigo, no sé si vas a leer esta carta, pienso que no lo harás y por eso me atrevo a escribirte diciéndote lo que no te diría, tú eres rápida y yo soy cursi, aunque no lo creas acabé conociéndote bien de tanto mirarte, de mirarte cuando estabas a mi lado y de imaginarte cuando te fugabas, ya qué importa desvelar los trucos, yo te amo como en una canción melosa (soy músico y mi público lo forman niños de preescolar, cómo no voy a ser cursi), y a lo mejor quiero casa y sopa y niños contigo, y tú sin embargo quieres quién sabe qué, tan extraña eres, un asteroide que se aproxima pero nunca impacta, eso decía la carta y yo rompí a llorar como una mocosa, me arrastré por el suelo, pataleé, abracé y besé las hojas y le escribí enseguida un mensaje diciendo Músico, he leído tu carta, necesito verte en un lugar secreto, le di la dirección del apartamento de Julie, llama a la puerta tres veces y así sabré que eres tú, le dije, vamos a jugar a los espías.

Y luego guardé la carta entre las páginas del cuaderno y me marché enseguida, y al bajar la escalera me crucé con Azra, que comenzó a balbucear como si hubiera visto un fantasma, su cara deformada por el miedo a Satanás, yo era Satanás, yo era una chica que besaba a otras chicas, una cristiana que besaba a la fuerza a una morita, y no pude evitar darle dos golpes suaves con la palma de la mano sobre su cabeza-*hiyab*, tap-tap, como cuando se acaricia a una mascota, igual, era un gesto de amor y de felicidad explosiva pero ella gritó como si le hubiera atizado con un puño americano, y me asusté y bajé los escalones de dos en dos y me marché mientras escuchaba sus maldiciones turcas, en ese idioma espeluznante que usan los que no creen en Jesucristo.

34. En la cama de Julie, Músico y yo nos amamos como osos, Músico era una especie de eslabón intermedio entre el infrasexo de Julie y la brutalidad romántica de Kristen, romántica en el sentido de Frankenstein y en el sentido de novela gótica.

Muy obediente, siguió las instrucciones, llamó a la puerta tres veces, entró con cautela y miró a izquierda y derecha como si no pudiera creer lo que veía. Lo abracé, oh dioses, y por un instante fuimos una pareja de verdad, una de esas parejas que se encuentran en el aeropuerto, no preguntes, le rogué, y nos besamos y lo llevé a la cama. Me sentí bien en sus brazos, le dije que podía quedarse a dormir si quería pero que no tocara ninguna cosa, compraríamos algo de comer y veríamos la TV sin manchar nada, como dos adolescentes que aprovechan que papá y mamá están de viaje. Quién es ella, me preguntó mirando una fotografía de Julie que había sobre un mueble, sin preguntas, repetí, y vi en sus ojos el desconuelo. Es complicado, le dije, piensa que somos dos bolcheviques en casa de unos tiranos burgueses, no hay que pagar alquiler ni tasas ni facturas y el dinero aparece mágicamente, abrí un cajón y cogí un billete de veinte libras, ¿ves?, es la casita de chocolate y tú y yo somos Hansel y Gretel, no lo estropearemos haciendo preguntas que no tienen respuesta, ¿verdad?, por qué no bajas a comprar cerveza, le dije, y lo hizo, y mientras tanto le envié mensajes a Julie, mensajes consternados y añorantes (táctica y estrategia, táctica y estrategia), y ella me contestó diciendo que ya había ocurrido, que la muerte fue serena, que se quedaría algunos días más para arreglar los asuntos legales, todo será difícil y burocrático. Le respondí con templanza, procuré ser delicada pero expresiva, dije alguna estupidez acerca de la vida y la muerte y el amor, y ella me escribió un último mensaje dándome las gracias y diciendo que tenía algo que proponerme pero quería decírmelo cuando regresara, eso escribió, y yo sonreí y pensé ya está hecho, lo he conseguido, fin de la miseria y de las persecuciones, Julie me pedirá que nos casemos en mi país y todo será tan hermoso como en un anuncio. Luego llegó Músico, nos sentamos en el suelo para no manchar las sábanas y bebimos cerveza como en el tiempo del

grunge, de qué te ríes, me dijo, de nada, le contesté, estoy contenta de que hayas venido, le mentí, y recordé tantas veces que se había repetido una escena como ésa, la cerveza y el amante satisfecho que me abraza y me besa en el pelo, mis veinte años, la universidad, las incursiones indebidas, de nuevo las cartas crononáuticas.

Se marchó a la mañana, tenía clases en una guardería periférica y necesitaba pasar por su cuarto para coger la espada samurái, nos despedimos con ternura, le obligué a prometerme que no volvería al apartamento sin avisar y a cambio le juré en nombre de Cristo y de los Santos Custodios que no desaparecería y que buscaríamos un lugar donde pudiéramos vivir juntos, beso en los labios, adiós, adiós, dulce pájaro de juventud, *Morning has broken like the first morning, blackbird has spoken like the first bird*.

La puerta se cerró y yo imaginé que era la gran señora de la casa, los invitados de la fiesta se marchaban, el apartamento era un campo de batalla victorioso. Me desnudé, me senté en un banco de la cocina (los labios, el frío), me deslicé sobre la lámina de metal del asiento y sentí de nuevo ese placer infantil, y al cabo aparecieron los pensamientos oscuros y abrí el cuaderno y empecé a escribir, respiré muy profundo, no tenía prisa, ni prisa ni ninguna parada de autobús que me aguardase, escribí durante toda la mañana gozando de cada rabo de caligrafía, las páginas pasaban lentas, el bolígrafo muy apretado, las letras grabándose como moldes en el envés de la hoja, un ejercicio gimnástico, treinta, cuarenta, cincuenta cuartillas sin levantar la vista hasta llegar a esta página que ahora escribo, esta misma página y esta frase que dice *ejercicio gimnástico*, y me sentí muy triste al darme cuenta de que ya se agota el cuaderno, se agota, querido diario de los cincuenta peniques, sólo quedan diez cuartillas, una peripecia más, un asalto de Kristen, otra incursión, un cuento ilustrado de la infancia o una aventura nocturna con Marieta, y escribo *Marieta* y recién recibo un mensaje de Julie, que me dice que no quiere estar lejos de mí, que resolverá las cosas en otro momento, que volará de vuelta, que podemos ir juntas a Francia dentro de unos días para cerrar los trámites de los abogados, Julie me enseñará la vieja casa de Montpellier, ya sueño con un viaje tan novelesco y tan europeo, la melancolía, el amor, el cementerio, probablemente la lluvia.

Es el final, y voy a cumplir mi promesa porque soy un caballero cruzado y mi palabra es sagrada, no la falsa promesa con la que engañé a Músico sino la verdadera, la promesa de escribir firme hasta que me duelan los ojos y después arrojarte lejos y olvidarlo todo, renacimiento, tomaré el autobús por última vez, cruzaré el río, me aparearé en la orilla y te sumergiré en las aguas como en un rito funerario, y todo será muy hermoso como un lienzo de Everett Millais, y después volveré a mi cuarto del barrio *halal* y haré las maletas y esperaré a que Julie me escriba una consigna diciendo que ya ha aterrizado, ven a casa enseguida.

A casa, señorita Marion Maréchal, a mi verdadera casa, de donde ya nadie podrá expulsarme, nadie me atosigará en la calle preguntando mi origen, mi origen es Julie, mi pasaporte es Julie, mi salvoconducto es Julie.

no cómo he podido ser tan estúpida, tres segundos de olvido y fin de la historia, oh cuaderno, no me avisaste de que seguías ahí dentro, que seguías en el mismo sitio donde yo te había dejado al escribir *Everett Millais*, seguías abierto sobre la mesa con el bolígrafo cruzado, esperándome, te dije ahora vuelvo, es un momento, y me levanté porque tenía que reconstruir el escenario, revisar las fotos que había tomado, dejarlo todo en su sitio, la escenografía, oh cuaderno de los cincuenta peniques, la escenografía era muy importante, Julie había comprado un billete para el día siguiente, Julie volvía a casa, a casa, le escribí nuevos mensajes, guardé la llave-culpa en un cajón, me lavé las manos y la cara, doblé la toalla, sequé el lavabo con papel higiénico a pesar de que la mujer de la limpieza vendría a la mañana y recompondría mis despistes, olfateé, rastreeé las sábanas buscando indicios, hice un buen trabajo para eliminar las pruebas no pero cómo no no no no no no no no no, y entonces ocurrió que recibí una llamada y era el casero, el puto casero del cuarto-nicho del barrio *halal*, su acento de emigrante de segunda generación, su saliva escupida a través del teléfono, me dijo que tenía veinticuatro horas para abandonar el cuarto, su voz era severa e institucional, veinticuatro horas para sacar tus

cosas o cambiaré la cerradura y las dejaré en la calle, una de las inquilinas ha presentado una denuncia por acoso y agresiones, no quiero gente como tú en mi casa, no, dije, no cuelgues, por favor, sonó el zumbido del teléfono y yo seguí hablándole a nadie, contándole a nadie que la pequeña Azra lo había entendido todo al revés, no, un malentendido, eso dije, ha sido un malentendido, conocía muy bien esa palabra en el idioma de los bárbaros, hablaré con ella y le explicaré todo, y quise marcharme enseguida y no olvidé revisar el dormitorio de Julie ni agarrar la bolsa de la basura para no dejar huellas, y me fui y cerré la puerta, y bajé temblando en el ascensor, Julie me amaba, viviríamos juntas para siempre, nuestro amor sería franco y perfecto, yo no volvería a pisar el barrio morisco ni la casa de siete habitaciones, me mudaría a su apartamento palaciego y seríamos felices en nuestro matriarcado, pero necesitaba tiempo, necesitaba un poco más de tiempo para coser los hilos, táctica y estrategia no no no no no no no, necesitaba recomponer las filas y preparar el último asalto, tenía que hablar con Azra y pedirle una tregua, una semana, diez días, ella lo comprendería, yo la obligaría a que comprendiera, corrí hacia el autobús y no dejé de temblar durante el trayecto imaginando la conversación, me arrojaría a sus pies, le pediría disculpas y todo volvería a ser como antes, eso pensaba, y entonces, oh dioses, fue entonces cuando oh dioses me di cuenta,

oh dioses,

oh dioses,

oh dioses,

cuando me di cuenta de que tú seguías allí dentro, abierto sobre la mesa, el bolígrafo cruzado, seguías allí, querido cuaderno que me traicionaste, exhibiendo todas tus páginas de injurias y de infamias e incluso conteniendo la carta de Músico, seguías dentro del apartamento con la puerta blindada y la llave-culpa en el interior, y yo desolada, desolada, desolada sin solución ni remedio.

Un gesto, tres segundos de olvido y kaput.

Fin de la historia, fin de nuestra historia de amor invencible.

Perfecto amor franco.

Amor que sólo una vez sucede.

Lloré desesperada en aquel autobús donde había empezado todo, qué sería ahora de mí, pobrecita cerillera, los dedos congeladitos, lloré, lloré tanto que hubo quien me miró con extrañeza a pesar de que en la ciudad automática es regla de oro no observar, no inquirir, no acercarte a quien sufre para que no te contagie su inmundicia, *Si vais por la carretera del arrabal, apartaos, no os inficione mi pestilencia. El dedo de mi Dios me ha señalado: odre de putrefacción quiso que fuera éste mi cuerpo, y una ramera de solicitudes mi alma*, hace tiempo que me aprendí estos versos de memoria, cuando yo no era la escoria que soy sino una comadreja devoradora de la verdadera lite, y ahora cobran tanto significado. El autobús llegó al barrio, me sequé los ojos, bajé tambaleándome, ya no me importaba lo que Azra pensara de mí, sólo quería un rincón donde ovillarme y languidecer, al entrar en la casa me crucé con una de esas chicas de cerveza enlatada, que se rio y dijo la policía ha venido preguntando por ti, y me pareció percibir una pizca de admiración en sus palabras, qué hiciste, bruja sureña, pero yo no era una bruja sino una dolorosa de siete puñales y no quise hablar con ella, la aparté y mientras me marchaba dijo no la busques, se ha largado, ha vaciado su habitación y se ha largado, oí sus carcajadas, dos habitaciones libres en un solo día, vaya suerte, dijo, a ver si vienen chicos guapos, esto era un nido de lesbianas, pero no dijo *lesbianas* sino otra palabra que sonaba a insulto feroz.

La policía, no, tenía que largarme enseguida, no había tiempo para lamentaciones, los espectros de *Ojosclaros* y *Guapodeviñeta* se me aparecieron, agentes de extranjería, bridas en mis muñecas, aquella familia que vi huir desde la ventana, me meterían a la fuerza en un avión y me mandarían de vuelta con mis padres, oh mis padres, cerré los ojos y agité la cabeza para borrar su imagen, mis padres que no sabían nada de mí desde hacía meses, mis padres para quienes yo era un exploradora perdida en la selva, las llamadas que no contesté, sus mensajes, habrían denunciado mi desaparición, tal vez habrían salido en esos programas de sobremesa pidiendo auxilio, mis padres católicos y suficientes, arrasados de incertidumbre y de dolor.

Una fugitiva, la policía regresaría de un momento a otro, no dejarían ningún cabo suelto, los delitos de odio racial son perseguidos por los mismos brigadistas que atosigan a los extranjeros, qué ironía, expatriaciones y defensa del honor en el mismo cuerpo, *Helter Skelter*, los confusos valores, mi nombre estaba en sus archivos, sería deportada, bastaba una denuncia para eso, huir, tenía que huir y tenía que recuperarte, cuaderno traidor, recuperarte antes de que Julie te atrapara y dijera qué hace esto aquí, Julie entiende mi idioma y yo soy muy vulgar escribiendo lo que escribo, guardé lo que pude en una bolsa de deporte, dejé el resto y salí corriendo escaleras abajo.

La dominicana, pensé. Eso es, la chica dominicana vendrá a limpiar el apartamento, ella tiene una copia de las llaves, me conoce, le pediré que me deje entrar, cogeré el cuaderno y desapareceré. Es el plan, es un buen plan, táctica y estrategia. Respiré aliviada, la bolsa de deporte colgada del hombro, me acusé de ser tan imbécil y tan histérica, sólo necesito un lugar donde pasar la noche, me dije, un lugar donde pasar la noche y esperar al día siguiente, y llegar un poco antes que ella, y mucho antes de que aterrice el avión de Julie, y mientras tanto seguir escribiendo mensajes melosos y añorantes para saber dónde está mi dama, geolocalización, a qué hora, cuáles serán sus movimientos, no volver a cometer errores.

Músico podría acogerme en su cuarto, yo refugiada de la guerra racial, me convertiría en una verdadera Ana Frank metida debajo de su cama, Músico dejaría la comida en un rincón y yo saldría cuando no hubiera nadie en casa, es sólo una noche. Pero no, Músico haría demasiadas preguntas, qué ha pasado, quién te busca, lo confundiría todo, sería un desastre, no me sirve para esto.

Pensé en Kristen. Me iré muy temprano, no te darás cuenta de que he estado aquí, le suplicaría, no podría negarse al auxilio aunque lo nuestro fuera tan distinto, aunque ni siquiera habláramos durante nuestros episodios, la mínima cortesía y una cerveza de pausa o de despedida, Kristen no sabía nada de mí y por eso me ayudaría, porque ningún compromiso nos obligaba, exacto, ningún compromiso. Tomé el metro, recelando de las lentes de CCTV, fui a su casa y me senté en la puerta como un vagabundo.

Y allí esperé.

Esperé a que llegara mi rescatadora y mi amante biónica, esperé como había esperado la primera vez en la puerta de Harmony, e intenté arreglarme el pelo y me froté las mejillas como si de esa manera pudieran borrarse el miedo y la desolación.

Pero no apareció, Kristen no apareció en todo el día, largo día de abandono, ni en toda la noche, noche de terror que pasé en la calle abrazada a mis cosas, estremecida cuando oía unos pasos o cuando ululaba la sirena de un coche patrulla, dónde estaría, en qué apartamento, con qué amantes, Kristen bailando en una fiesta de música electrónica rodeada de sus amigos indígenas mientras yo me consumía en la puerta de su casa. Hambre, frío, no me atrevía a moverme, las rodillas muy juntas, la bolsa cubriéndome el rostro, respirando mi propio aliento, sin poder dormir. Y fue una noche peor que ésta, querido cuaderno de los cincuenta peniques, mucho peor que ésta en la que ahora hablo contigo porque ni siquiera estabas ahí para hacerme compañía, y a solas la noche se llena de monstruos y de pensamientos-insecto, insectos prehistóricos como dragones.

A solas. Madrugada, ya había cerrado el metro, no circulaban los autobuses, la calle estaba desierta como si hubiera toque de queda, tal vez lo hubiera y yo no lo sabía. Mi temor no eran los asesinos y violadores que, según las noticias, cribaban los barrios, mi temor era que la policía hiciera batidas a la caza de extranjeros, y que dieran conmigo y que acabara en la sala de deportación del aeropuerto y que ya nada tuviera remedio. Como una bebita que se asusta de las criaturas nocturnas y se cubre con la sábana hasta la nariz y piensa que nada puede pasarle si se queda muy quieta, como esa bebita yo permanecí rígida y congelada durante horas, largas horas extensibles y llenas de ruidos y de terrores, sólo los que han dormido en la calle pueden saber a lo que me refiero. Fui muy valiente, logré mantener la calma y la cabeza fría, al fin y al cabo tenía un plan para volver a la casilla de salida, un plan, y cuando amaneció volví a tomar el metro para llegar al segundo círculo y apostarme en el apartamento antes de que llegara la dominicana. Mis ojos eran una balsa espesa, no lograba enfocar la vista con claridad (el sueño, el hambre, el miedo) pero sabía que si conseguía recuperar el cuaderno todo sería diferente, diferente para siempre, se acabaron las

miserias y los recelos, cuarenta años de paz y patrimonio delante de mí. Un combate a vida o muerte, prosperidad o deportación, y en medio estaba yo, insomne, y la chica dominicana-oscura sólo era un obstáculo. Subí al metro en el primer convoy, la estación fría, los vagones vacíos, el zumbido eléctrico, los operarios del turno de noche.

Apareció al final de la calle, pequeñita y marrón, tacones, unos tejanos muy ceñidos, un bolso al hombro donde llevaría los zuecos y la muda de trabajo, ese aspecto caribeño que resulta tan insólito en mitad de una ciudad europea. Supongo que yo no tenía muy buena pinta porque cuando llegó a mi altura y la abordé ella dio un salto y se protegió, espera, espera, le dije, no grites, tú me conoces, mírame bien, me conoces, sabes quién soy, me viste ahí arriba, en el apartamento de la señora, y dije *señora* en nuestro idioma común para que supiera de quién estaba hablando, no te haré daño, le dije, pero esas palabras la asustaron aún más y quiso salir corriendo, así que tuve que sujetar sus muñecas y contarle muy rápido toda la historia, un cuaderno, hay un cuaderno ahí arriba que contiene cosas que Julie no debe leer, tengo que recuperarlo, mi llave, dejé mi llave dentro del apartamento, ayúdame, por favor, vida o muerte, solidaridad de clase oprimida y raza inferior, le dije, ¿lo entiendes?, tú y yo, solidaridad entre los inferiores, pero ella no quiso o no supo y gritó pidiendo auxilio y tuve que tapparle la boca y hurgar dentro de su bolso para coger las llaves, y ella forcejeó y tuve que apartarla con el hombro, y ella cayó al suelo, y hurgué dentro pero ahí no estaban, no, no estaban las malditas llaves, las llevaría encima, pensé, y fue muy difícil soportar sus manotazos y sus patadas mientras buscaba dentro de los bolsillos, sangre, alguna de las dos sangraba y no sabía si era ella o era yo, los tejanos ceñidos lo hacían todo tan complicado, y entonces alguien me agarró y me revolví y por suerte no era la policía sino un gilipollas buensamaritano, y también empujé al samaritano y me zafé de él, pero entendí que todo estaba perdido, y me acordé de *Ojosclaros* y de los guantes de cuero prendidos del cinturón, y eché a correr, corrí, corrí abrazada a mi bolsa de deporte, ni siquiera pude coger el bolso de la dominicana para inspeccionarlo en un lugar seguro, corrí lejos y muy rápido porque pronto sonarían las sirenas de la policía, y ya todo estaría perdido para siempre.

Para siempre.

Apenas han pasado unas horas y parece que fueron siglos, una vida desperdiciada que se extiende desde el instante en el que dejo de correr para recuperar el aliento y otro en el que escribo *aliento e instante* sentada en un banco de la estación de cercanías, la estación que cerrará cuando arranque el último tren y suenen los avisos diciendo que está estrictamente prohibido permanecer en las instalaciones una vez que las puertas se hayan cerrado, los infractores serán expulsados y llevados ante la justicia por un delito contra la seguridad en el transporte, los vigilantes harán la ronda nocturna, abrirán las cabinas de WC, no habrá donde esconderse, es el final, pienso, no soportaré otra noche en la calle, no podré soportarlo a pesar de que ahora te tengo a mi lado, querido cuaderno de los cincuenta peniques, te tengo a ti y eso es más de lo que tenía cuando dejé de correr abrazada a la bolsa de deporte, y caí de rodillas y lloré de nuevo, ya sin ninguna esperanza, y me di cuenta de que la sangre era mía porque la chica oscura me había arañado el cuello con sus uñas de porcelana.

Miré el reloj. El avión de Julie habría despegado. Una hora de vuelo, dos para llegar al segundo círculo en taxi. Lo único que podía hacer era interceptarla en la puerta, fingir una sorpresa de bienvenida, comprarle flores, arreglarme el pelo y lavarme la cara en un baño público para borrar de alguna manera este rostro de lunática. Volví sobre mis pasos agazapándome, pero cuando llegué a la puerta del apartamento vi esas luces naranjas que giraban en aspa, vi la ambulancia, la policía, la chica dominicana tendida en el suelo, los agentes tecleando sobre sus artilugios e interrogando a los viandantes. Escapé despavorida.

Corrí, corrí como en aquella película alemana de la chica pelirroja, me alejé cuanto pude sin atreverme a subir al autobús ni al metro por miedo a los programas de identificación facial, caminé durante horas y pasé el resto de la mañana en un parquecillo del tercer círculo, hacía sol, era un hermoso día de primavera, lo ha sido, aún lo es, ni siquiera ahora hace frío en este banco de la estación a pesar de que ya ha anochecido, sería un tiempo tan lindo para estar con Julie, ella volvería a tomarse vacaciones y me llevaría de viaje a Francia, me enseñaría la antigua casona familiar, beberíamos vino de

Burdeos, dormiríamos en la misma cama donde durmió su padre antes de morir, yo consolaría su llanto, espiaría las fotografías, reconstruiría su infancia, era eso lo que tendría que haber ocurrido en lugar de lo que realmente sucedió, en lugar de esa llamada del mediodía, ven a verme, estoy en casa, dijo, y no había entonación ni expresividad en sus palabras, no había indicios para adivinar si Julie había encontrado el cuaderno, si lo había leído, si era posible que no lo hubiera hecho, y en ese momento sobrevino la paradoja del gato de Schrödinger, la puta paradoja relamida y repetida: yo languidecía en el parque mientras Julie entraba en el apartamento, y el gato estaba vivo y muerto a la vez, quiero decir que Julie había encontrado el cuaderno y no lo había encontrado al mismo tiempo, y en el caso de haberlo encontrado, Julie lo había leído y no lo había leído, universos paralelos que se suceden ignorándose el uno al otro, mecánica cuántica, un gato encerrado en una caja, una partícula radiactiva e inestable, si la partícula se libera el gato muere, pero mientras el observador no intervenga el gato está vivo y muerto a la vez, y yo era el gato y estaba muerta de dolor y de arrepentimiento, y viva de verdadero amor en los brazos de Julie, ésa era la paradoja con la que se alimentaba mi esperanza, quieta, quietecita sobre la hierba del parque, mirando la pantalla de mi teléfono que ya apenas brillaba a un 15 % de energía, la paradoja cuántica que me decía que no importa demasiado si Julie lee lo que has escrito porque en otra ramificación del multiverso Julie no entra en la cocina, Julie no encuentra el cuaderno antes de llamarme y decirme que vaya enseguida, y yo lo hago, y corro por las aceras del tercer círculo, del segundo círculo y llego justo a tiempo y dejo caer mi bolsa de deporte sobre la mesa de la cocina ocultando el objeto de la profanación, y logro escamotearlo y nada severo ocurre, nada pernicioso en esa ramificación de los universos paralelos. Escribir en el cuaderno de los cincuenta peniques también es otra paradoja de Schrödinger: si escribo que Julie me lleva a Francia es porque ya ocurre en una porción del multiverso recién invocada, ocurre porque podría haber ocurrido, y por tanto es cierto y no vulnera las leyes de la física ni de la razón, dos mujeres viajan a Montpellier y se sientan en una terraza de Peyrou.

Ven a verme, estoy en casa, y pensé que no habría llamado si ya lo

hubiera leído, que no habría utilizado esas palabras convencionales, ese tono sin irritación ni sentimiento, pero por qué llamaba (una llamada es algo grave, directo) en lugar de escribirme una nota, por qué no introdujo ninguna palabra afectuosa en esas dos frases, estoy en casa, ven a verme. Una emboscada, me dije, te ha tendido una trampa, no debes ir, y entonces adónde, qué hacer, y cargué la bolsa y eché a caminar y me mataban el hambre, la sed y el sueño como si cruzara un desierto, pero no quería detenerme y menos aún quería gastar ninguna moneda, y continué caminando, y fue largo y cansado. En el espejo del ascensor vi a alguien que no podía ser yo. No me reconocía. Ojos de yonqui, pelo desgredado, sangre en el cuello, ropa sucia, la cinta de la bolsa de deporte sobre el pecho como un carcaj. Habían bastado veinticuatro horas para acabar conmigo, veinticuatro horas, me olí las axilas, las manos y el aliento, y era como si hubiera vivido dos meses en la calle, metamorfosis. Aquella imagen me fascinaba, la imagen de una forajida en el espejo del ascensor de Julie, aquella imagen que tejía un hilo de lógica y termodinámica entre la chicomadreja y el pasado de las revistas ilustradas, el pasado de Jon Venables y Robert Thompson, de Cat Stevens, de Ray Loriga, de Kurt Cobain, de Marieta, Marieta, Marieta, el engranaje que me sostuvo durante los mejores años, fueron los mejores años, los mejores y el resto sólo un residuo, y observando ese escombros en el espejo, observándolo supe que todo había terminado, y fui feliz, y fui heroica, y ya no me importaba ninguna cosa, ninguna salvo recuperarte a ti, mi viejo amigo, recuperarte y rellenar todas tus páginas del color de los huesos, del color de los huesos como los pendientes de Rodrigues Lobo, rellenar tus páginas y cumplir la promesa. Y recordé el axioma de Stephen Dedalus, *silencio, exilio y astucia*, aquel axioma que parecía una sentencia de Horacio o el mensaje de una de esas galletas de la suerte que aparecen en las películas, exilio y astucia, y me propuse sobrevivir con las mismas herramientas, y me sentí reconfortada, estúpida y reconfortada por una mierda irlandesa incomprensible.

Se acaban tus páginas, mi viejo amigo.

Se acaban.

Se acaban tus páginas y se acaba el tiempo, tengo que darme prisa, apenas

quedan unos minutos para que cierre la estación.

Todo declina, tengo que darme prisa.

La puerta se abre. Julie sostiene el cuaderno entre las manos, es la prueba de cargo. Los ojos llenos de lágrimas. Ya no hay esperanza. Me mira, le cuesta reconocermelo pero el dolor es mayor que la estupefacción, no se compadece ni se asombra de mi aspecto. Dice: sólo he leído las últimas páginas, como si se disculpara, empecé por el final y ya no pude seguir, la voz se le pierde, solloza. No quiero hacerlo, es odioso, no quiero hacerlo pero me siento obligada: le pido disculpas, se supone que debo humillarme delante de ella, arrojarme a sus pies. Esto no estaba aquí cuando fui a enterrar a mi padre, y dice *esto* con desprecio, como si fuera un objeto repugnante, y dice *enterrar a mi padre* con un dramatismo excesivo, no es una jugada limpia. Entraste en el apartamento, entraste sin mi permiso, dijo señalándome con el dedo como una profesora furiosa, la cólera de la astrónoma, de la profesora de matemáticas en la que pudo haberse convertido. Pensé que sería de la chica de servicio pero luego vi que era el mismo cuaderno que tú llevabas de un lado a otro, y dijo *chica de servicio* y me pareció irritante esa manera de referirse a ella, que tan fieramente había combatido en la calle para que no le arrebataran las llaves de su señora, un poco de respeto, pensé, un poco más de respeto para quien cambia tus sábanas empapadas, zorra capitalista. Sólo es literatura, mi amor, le dije muy compungida, no puedes tomártelo en serio, es un cuento que escribo para entretenerme cuando voy en el autobús, pero Julie no me dejó continuar, me dijo ejecutivamente que me callara, me dijo que cerrara la puta boca, y yo obedecí, y entonces brotaron las gruesas, las definitivas, las terribles palabras, me dijo que no quería volver a verme, me dijo que desapareciera de su vida, que me largara de su casa, por qué me has hecho esto, me preguntó, por qué lo has hecho, yo te quería, te amaba, y lo que ocurrió después, querido diario de los cincuenta peniques, lo que ocurrió después ni siquiera a ti puedo contártelo porque me avergüenzo tanto que aún me tiemblan las manos al recordarlo, las imágenes corren sobre mis ojos como un visor de realidad virtual que no pudiera ser desconectado, castigo de Sísifo, corren las imágenes y se repiten un millón de veces pero aun así sonrío, sonrío porque logré arrancarte de sus manos, sí, logré arrancarte de

sus manos y de sus dedos (te tenía bien apretado contra el pecho) y volé escaleras abajo y en la calle volví a correr como una bestia a la que tuvieran que disparar dardos tranquilizantes, eso hice, y ahora siento una ira y una angustia tan grandes que quiero reventar mi cabeza contra los listones de este banco de madera de la estación de cercanías, la estación de la que saldré para ninguna parte, tus páginas se agotan y también se agotan mis fuerzas porque ni duermo ni como ni soy capaz de respirar serena sino con la agitación del animal acorralado, se acaban las páginas y prometí que escribiría sin pausa hasta la última línea y que luego te arrojaría, que te arrojaría al río sucio y gris e histórico de esta ciudad diabólica, la ciudad que devora criaturas vivas como si fueran larvas, la ciudad que te degüella y te desangra para no arruinar el producto y luego saca porciones de ti, las envasa y las distribuye en una cadena de montaje, carne humana, carne humana, voy a hacerlo, es una promesa, voy a hacerlo, arrojaré el cuaderno al río y también arrojaré mi pasaporte, que es lo único que conservo del antiguo orden, arrojaré mi pasaporte y me sacaré los ojos con la hebilla de la toga y vagaré por los caminos de Tebas contando mi historia (se acaba, el cuaderno se acaba), la historia común de una mujercita oscura pero no tan oscura, una mujercita blanca pero no tan blanca, una mujercita que no sabía si poner los pies en un país o en otro, sobre el pecho de un amante o de otro, en un barrio morisco o en un barrio cristiano, una mujercita inservible para nada de cuanto dicen que deben servir las mujercitas de su clase, y ahora, querido cuaderno de los cincuenta peniques, ahora no quiero que esto termine porque me aterra pensar qué cosas seré capaz de hacer cuando tú ya no estés conmigo, cuando no me obligues a ser prudente, a ser astuta, a recordarme el mensaje de la galleta de la suerte, *silencio, astucia y exilio*, la última cuartilla, la soga en mi garganta, no no no no no, no quiero que termine tan pronto, no quiero que termine cuando recién comprendí por qué lo hice, por qué compré este cuaderno de saldo, me sobrevienen todos los recuerdos, todos, un beso de Marieta, un beso leve en la frente cuando supo que había terminado el bachillerato y que me marcharía, cómo pude olvidar ese beso de hermana, ese beso de misión cumplida y satisfacción, cómo pude olvidarlo, cómo pude olvidar ese beso, mi padre cuando preparaba el coche para irnos de viaje y revisaba las ruedas

y el aceite, y nos llevaba a una casita de alquiler cerca de la playa que tenía jardín y piscina, una piscina, yo daba saltos de alegría, mi madre me arropaba en aquella cama prestada, cerca de una ventana desde la que se veía la luz azul de la piscina, me arropaba y salía al jardín con mi padre y bebían vino y yo me sentía muy sola y muy triste y no podía dormir, y aunque cualquier otra niña se habría levantado para acurrucarse junto a ellos diciendo que no tenía sueño yo era incapaz de hacerlo, era incapaz de molestarles con mi melancolía de niña de ojos abiertos que pensaba, tan decadente, que pensaba que si no podíamos vivir en una casa como aquélla entonces era mejor no saber que existía, no saber que así sería la vida de los ricos o de los que ni siquiera son ricos pero sí más espabilados o más audaces que nosotros, nosotros que nos desecamos en nuestro establo de las revistas ilustradas y la pequeña terraza y el verano de cal y piedra, nosotros, querido cuaderno de la media moneda, media página, sólo media página debajo de esta mano que tiembla, pero cómo si tengo tantas cosas que contarte, no puedes hacerme esto, primero te abandonas sobre aquella mesa provocando la tragedia y ahora te desvaneces cuando más te necesito, dónde guardar estos recuerdos que me golpean las sienes si tú no existes, el recuerdo de cuando iba con mi madre a comprar fruta y pescado, yo tendría seis o siete años, el bullicio de los puestecillos del mercado de abastos, los tenderos que decían que yo era una niña muy guapa y me daban mandarinas, y una vez nos pidió el turno una señora que llevaba a una niña de mi edad en un cochecito de bebés, una niña tan grande como yo pero que tenía horribles cicatrices en la cara, de la nariz le salían dos tubos de plástico prendidos con una pinza, los tubos se conectaban con un respirador que colgaba de las asas del cochecito, y la niña estaba allí, reclinada a mi lado, y pensé que me sonreía y sentí miedo porque era un monstruo, un monstruo mecánico con forma de niña de siete años, dame una tregua, no desaparezcas, escribiré con letra menuda, contaré apenas lo justo, Kristen, pienso en Kristen y pienso que quizá sea la porción más intensa de mi vida, no parecía humana, era un androide, si no fuera por el sudor y la saliva sería una elaboración, manufactura exquisita llamada Kristen, y siento una pizca de orgullo por haber dejado que me follara y por haberlo hecho como lo hice, émbolo, y pienso en Julie Desmoulins y la odio

tanto que ya ni siquiera me compadezco ni me arrepiento, ya no quiero que desaparezcan las imágenes del visor, Julie Desmoulins como un señor feudal que elige desde su montura a una campesina y les tira unas monedas a sus padres y les dice a sus criados que vengan a por ella esta noche, esta noche en la que todo termina y la campesina tiembla junto al fuego y Julie se sacia de ella, el Señor es mi pastor, nada me falta, en verdes praderas me apacienta, me lleva a las fuentes de agua limpia, me guía por el sendero justo y aunque haya riscos y quebradas y angosto sea el paso yo a nada temo porque el Señor me ama y su bondad y su misericordia me acompañan y habitaré en la casa del Señor durante años sin término, las páginas se agotan y sobrevienen todas las palabras, oh querido cuaderno de la media moneda, el amor nunca es suficiente, puedes jugar a engañarte pero es un juego triste, triste, un juego de locos, y es mejor que dejes de llorar o que finjas que no es un juego, un juego inventado para que las chicas sigan entretenidas mientras perseveran en sus ratoneras y tienen crías, chica-comadreja y amor y revistas y verdadera lite, se acaba la página, se acaba, la mañana ha comenzado como la primera mañana y el pájaro ha cantado como el primer pájaro del mundo se acaba se acaba rezad rezad rezad antes de que llegue el tiempo de las cabezas cortadas rezad rezad rezad por la primera mañana del mundo en la que no hubo hombres ni pájaros ni estación de cercanías ni Julie Desmoulins ni dolor ni la angustia de una pantalla encendida en la noche ni una mujer sola en la ciudad automática la ciudad de la media moneda la ciudad del exterminio una mujer sola una mujer María una mujer María llena eres de gracia bendito es el fruto de tu vientre la lite me hizo

Cabezas cortadas

Pablo Gutiérrez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada: SensorSpot - Getty Images

© Pablo Gutiérrez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-322-3437-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



 Seix Barral

Pablo Gutiérrez

Cabezas cortadas

